

La cabra

Jose Luis Adrados Polo

José Luis Adrados

La cabra



Capítulo 1

La cabra.

Siempre he procurado deslizar los recuerdos hasta el papel con prudencia, evitando así caer en imprecisiones. Eso es lo que pensaba antes, no tanto ahora y por eso, en esta ocasión, daré rienda suelta a la memoria, porque ceñirse a la realidad puede ser tedioso y esas imprecisiones de las que antes renegaba dan a los relatos una magia que la verdad les quita. Creo que es legítimo adornar las historias hasta que adquieran el lustre que las hace inevitablemente ciertas, así es la historia de la cabra, tan real como uno quiera que sea.

Estaba yo en Argelia, no por casualidad, pues no es éste un país al que se va sin pretenderlo, lo estaba para un viaje *de aventura*, así los llamamos porque eso les da carácter, no vaya a ser que por sí solo no lo tenga y se quede en viaje sin más. Argelia cuenta con una extensa geografía en la que destaca de una forma sobresaliente su enorme desierto, un paisaje peculiar al que hay que añadir la incertidumbre de unas gentes que ostentan una cultura diferente a la nuestra. Distinta, ni mejor ni peor. En un paisaje tan agreste como aquél cualquier referencia conocida parecía buena, y ver un grupo de cabras a lo lejos era de las mejores. Pero antes de seguir sería conveniente situarnos, Argelia es un país grande, y con cuatro datos y un mapa podremos ubicarnos fácilmente. Estábamos en el norte del país —hablo en plural pues no viajaba solo—, recién pasada la frontera con Marruecos por uno de los escasos puestos fronterizos que comunican los dos países magrebíes, vecinos pero no amigos. Circulábamos por una carretera descarnada paralela a esa línea imaginaria que llamamos frontera, en este caso concreto no tan imaginaria ya que se encontraba jalonada de alambradas y las alambradas coronadas de amenazador espinillo haciendo de esta línea un brochazo bien visible en el paisaje. Viajaba con un grupo de turistas, como yo, a bordo de un autobús destartado con el que pretendíamos cruzar el desierto sahariano hasta lo que conocemos como el África negra, una actividad lenta, incómoda y con algunos peligros, en eso consistía al parecer la aventura. Los organizadores del viaje eran al mismo tiempo nuestros guías, dos españoles, uno de ellos de origen magrebí, y una alemana, novia del español de origen español. Los tres perfectos conocedores de la zona.

Los trámites fronterizos se habían demorado casi todo el día y tras esa tediosa espera iniciamos nuestra andadura por tierras argelinas. Apenas habíamos recorrido cincuenta kilómetros con las últimas luces cayendo sobre el horizonte cuando vimos el rebaño de cabras al que antes me refería. Las cabras ramoneaban tranquilas los escuálidos matorrales que crecían en la cuneta, la imagen podría definirse fácilmente de bucólica, o si se prefiere de pastoril, lo que viene a ser lo mismo. Avanzábamos despacio mirando a un lado y a otro para adivinar el paisaje que se avecinaba. Justo en ese instante varias cabras se precipitaron sobre la calzada. La alemana, que conducía en ese momento, esquivó con gran

pericia a dos de los cápridos, otras tres brincaron por encima del autobús aterrizando limpiamente sobre el asfalto demostrando unas habilidades que habrían sido impagables para un empresario circense. Cuando parecía que el rebaño se disipaba como la niebla al mediodía sin mayores consecuencias, una de las cabras, que quedó rezagada, impactó violentamente contra el faro izquierdo del vehículo haciéndolo añicos. Lo que vino a continuación hizo que la palabra cabriola pareciese una bagatela. La cabra salió despedida a más de cincuenta metros, giró descontrolada con una suerte de enrevesados tirabuzones descritos en el aire, hasta acabar estrellándose contra el duro suelo. Los resultados de la colisión no se hicieron esperar. Por un lado, el cabrero, que surgió de la cuneta gritando como un poseso, del autobús se bajaron nuestros guías, que al ver el destrozo producido por la cabra en el faro se unieron en coro al griterío del otro. Con semejante cruce de gritos resultaba difícil aclararse, máxime si tenemos en cuenta que los gritos se proferían en árabe, un idioma semítico que resulta incomprensible para los que utilizamos las lenguas romances, por fortuna nuestros guías lo conocían a la perfección.

Trataré de resumir lo que allí aconteció una vez que, previa traducción, nos fuimos enterando de lo que pasaba:

El cabrero había enseñado a las cabras —unos bichos muy listos— a acudir a su llamada. Éstas, obedientes y solícitas lo hacían raudo ignorando lo que les deparaba el destino —bueno, quizá no eran tan listas—. Esta triquiñuela solía funcionarle al astuto cabrero, ya que los incautos turistas que por allí pasaban en sus superequipados todoterrenos pagaban un precio desorbitado por la cabra o cabras atropelladas. Para desgracia del cabrero nuestros guías conocían sobradamente la artimaña y le dijeron —en realidad se lo gritaron— que no le pagarían nada por la cabra. Después de varios minutos discutiendo, el cabrero comprendió que le había salido el tiro por la culata y trató de sacrificar a la cabra, que aún respiraba, cortándole el gáznate, como prescriben los mandatos del Corán, para así al menos poder comérsela. Lo que parecía una simple maniobra charcutera estuvo a punto de convertirse en tragedia cuando uno de nuestros compañeros de viaje, poco familiarizado con el *haram* (ley islámica sobre la necesidad de sacrificar previamente lo que se come), se abalanzó sobre el cabrero pensando erróneamente que el cuchillo que blandía era para agredirnos.

Resulta curioso comprobar cómo en los recovecos de la mente humana existe un vacío que no conseguimos rellenar ni con toda la jerga psicológica a nuestra alcance. Nadie hubiera sospechado jamás que aquel cincuentón con sobrepeso y cara de humorista fracasado tuviera un arranque semejante de valor, injustificado y fuera de lugar, pero valor a fin de cuentas. Quizá fue por defendernos de lo que creía un ataque fatal, o por impresionarnos apareciendo como el héroe que no era, ni falta que hacía. Lo cierto es que aquel individuo, errado o no, se ganó el respeto de todos, seguramente más allá de lo que él mismo debió pensar, suponiendo que pensara algo al echarse encima del pobre cabrero que soltó el cuchillo aterrado al ver a esa mole venírsele encima.

Acabamos todos en un hospital.

La suerte quiso que estuviéramos próximos a una ciudad (algo acabado en "drar") lo suficientemente grande como para disponer de unas instalaciones aceptables en donde nos pudieron atender: al cabrero, que sufrió un amago de infarto, y a nuestro infortunado compañero de viaje, que en la escaramuza se le clavó el cuchillo en el culo haciéndole una herida muy fea. Al recordar estos acontecimientos, con esa pátina que el tiempo le pone a todo, no puedo dejar de sonreír: por la expresión del equipo sanitario al vernos entrar de esa guisa en el servicio de urgencias, por nuestras miradas hacia el herido, mezcla de admiración, respeto y vergüenza ajena; por él mismo, que a pesar de no poder sentarse durante el resto del viaje nunca dejó de bromear sobre su postura ante los hechos. Pero lo que sí recuerdo con una nitidez cristalina es lo que sucedió inmediatamente después del altercado. Al salir disparados hacia el hospital haciendo sonar el claxon a falta de sirena y enarbolando pañuelos blancos por las ventanillas del autobús, miré un instante hacia atrás y pude ver casi fundiéndose con la noche a la cabra. La pobre cabra, la volatinera cabra, la puta cabra que ajena a todo y como si nada hubiera pasado, se levantó y nos miró mientras nos alejábamos con esa expresión que sólo una cabra es capaz de esbozar, una mirada acuosa y triste. Si en lugar de pezuñas hubiese tenido manos, estoy seguro de que se las habría llevado al gaznate, con alivio al comprobar que seguía intacto. Después se sacudió el polvo adherido tras el violento aterrizaje y siguió ramoneando tranquila los brotes tiernos que crecían junto a la calzada.

Un día en la playa.

Durante unas vacaciones veraniegas asistí a un... ¿cómo definirlo?, no es fácil. Lo llamaré: acontecimiento. Y si una vez leído el relato alguien encuentra una palabra mejor, no tendré ningún problema en considerar un cambio.

Este acontecimiento sucedió en la costa andaluza, al sur, muy al sur; en su orilla más meridional, sobre la delgada línea incolora conocida como Estrecho de Gibraltar. Un enclave histórico cuyo mar, viniendo desde el este, se abre a lo desconocido flanqueado por dos moles de verticalidad cenicienta. Los griegos las llamaron Estelas de Heracles y los romanos las renombraron más tarde como Columnas de Hércules, cosas de gente antigua empeñada en idealizar dos montes que ya tenían nombre: Kalpe y Abyla. Ahora los conocemos como Gibraltar y Musa, al primero le decimos peñón, porque lo es, y al segundo nuestros vecinos le ponen delante Jbel, o sea, montaña. No son más que nombres, aunque cargados de Historia. Cierto es que estos dos promontorios calizos, idealizados o no, fueron por mucho tiempo límite del mundo conocido. Desde allí se abría un mar sombrío en donde no osaban penetrar los navegantes, un mar peligroso, plagado de monstruos inimaginables que habitaban en la oscuridad de sus fosas abisales. Ahora los peligros son otros y los monstruos viajan con nosotros de la mano. Pero no adelantemos acontecimientos, ni siquiera éste que protagoniza mi historia.

Estaba yo tumbado plácidamente en la playa, disfrutaba de la caricia del sol y del rumor de unas olas que en intervalos precisos lamían la arena

blanca para borrar las huellas que dejan los paseantes. Disfrutaba también de un buen libro, un disfrute grande. Una afición ésta de la lectura, que siempre me ha proporcionado largas horas de discreto deleite. En esta ocasión fue, sin embargo, efímero, pues apenas unos minutos después de iniciada mi lectura vinieron a instalarse junto a mí unas personas que con su animada algarabía la frustraron, una pena. El grupo lo formaban dos mujeres y cinco niños de diferentes edades. El entretenimiento estaba garantizado. Tras acomodarse en la arena con todo el pertrecho (sombrillas, neveras, tumbonas, pelotas...), los niños salieron raudos en pos de las olas; lo normal. Hubo algún grito esporádico de las madres, que de ese modo buscaban prevenir a los más pequeños de los peligros que acechan en la mar. Y en seguida las idas y venidas apresuradas de los chiquillos: de la orilla a la toalla y de la toalla a la orilla, a por un bocadillo, a por agua, a coger un flotador, a dejarlo... Mientras, las madres, dos mujeres de entre treinta y treinta y cinco años, conversaban animadamente sobre temas de actualidad al tiempo que se embadurnaban el cuerpo con crema solar de coco. No es que yo sea cotilla, no creo serlo. Nunca me han interesado especialmente las conversaciones ajenas, máxime si, como en este caso, las imagino banales y por tanto vacías de contenido. Pero privado del placer de la lectura y a falta de otra cosa mejor que hacer, escuché. Pronto empecé a sentirme incómodo con su conversación. Después de alguna frase suelta de escasa relevancia, las dos mujeres dieron un giro a la charla y empezaron a quejarse airadamente por el aumento de inmigrantes que en los últimos años estaban llegando a nuestras costas. Ilegales, puntualizaron. Según decían, los *sin papeles* estaban dejando sin trabajo a los autóctonos porque trabajaban por dos duros y sin contratos. Además, aseguraba la una mientras la otra confirmaba entre aspavientos, habían traído al país delincuencia e inseguridad. Un escándalo. Se referían a ellos como negros y moros, colocando delante la palabra putos, un adjetivo denigrante cuya intención no dejaba lugar a dudas, sobre todo por la coletilla de una de ellas que con cada nueva queja no paraba de repetir: —Y si por eso tengo que ser racista, pues lo soy. *Ea*—. Yo nunca me he considerado especialmente comprometido, ni soy activista de nada pero, evidentemente, empezaba a desagradarme mucho aquel despliegue gratuito de racismo y xenofobia. A punto estuve de levantarme y salir corriendo con mi libro bajo el brazo, pero no lo hice. En lugar de eso me puse a reflexionar, no sé porqué.

Todos tenemos una idea aproximada del significado de estas dos palabras: racismo y xenofobia, las dos suelen aparecer asociadas entre sí, ambas con unas connotaciones poco edificantes.

Para certificar lo que digo transcribiré el significado que el diccionario da de las mismas:

“Racismo. (Masculino). Exacerbación del sentido racial de un grupo étnico, especialmente cuando convive con otro u otros. Doctrina antropológica o política basada en este sentimiento y que en ocasiones a motivado la persecución de un grupo étnico considerado como inferior”.

"Xenofobia. (De *xeno-* y *fobia*). (Femenino). Odio, repugnancia u hostilidad hacia los extranjeros."

Por fortuna estas acepciones rara vez se utilizan en sentido literal, no digo que no haya quien las sienta así, y yo, ciertamente, lo siento por ellos. Pero en la mayoría de los casos usamos estas palabras sin pararnos a pensar, ignorando el significado que con tanto esmero han elaborado nuestros académicos de la lengua.

Siempre me ha molestado el mal uso que hacemos del lenguaje, aunque en este caso, debo decir que nunca me alegré tanto por un hecho tan lamentable. ¿Cuál fue la razón de mi alborozo?, es simple: las muestras de racismo y xenofobia exhibido por las dos mujeres resultaron ser falsas, y ellas ni siquiera lo sabían. Me explico:

El Estrecho de Gibraltar separa dos mares lo mismo que dos continentes, y puestos a decir, diré que separa también promesas, sueños y esperanzas. La proximidad de sus costas siempre ha sido una invitación para los que tratan de alcanzar la opuesta y por este motivo el flujo de personas procedentes del continente africano es constante. Acuden al primer mundo atraídos por la promesa de una vida mejor, acuden engañados, sin duda, pero lo siguen haciendo pues la vida de mierda que encuentran aquí es mejor que la mierda de vida que tienen en sus países de origen. Hacinados en frágiles embarcaciones afrontan una travesía que se intuye corta y a veces, muchas veces, demasiadas, acaba siendo eterna. No abundaré en detalles, no por eludir una realidad incómoda para los que estamos al otro lado, mis motivos tienen que ver con el respeto. Una vez hecha esta aclaración volveré al principio, retomando este relato vacacional que se ha movido por unos derroteros todavía confusos. Mi experiencia playera, ésa que definí como acontecimiento, pudo quedarse en indignada crítica hacia las dos mujeres si no hubiese pasado lo que a continuación pasó. Un suceso que dio a la charla racista un protagonismo inusitado.

Quiso la casualidad que en mitad de la conversación sucediera algo que, aunque relativamente habitual, no dejaba de ser increíble. Unas sirenas ulularon precediendo a la llegada de dos coches de la Guardia Civil, aparcaron al borde mismo de la arena cesando de inmediato el molesto sonido pero no el despliegue de sus luminarias azuladas, que no pararon de girar. Al poco apareció recortada en el horizonte la silueta de un helicóptero, vimos como se acercaba veloz hasta alcanzar nuestra posición, justo sobre nuestras cabezas; el ronroneo inicial de sus aspas pasó a ser un ensordecedor ruido. Semejante despliegue en una playa con bañistas no dejaba indiferente a nadie y el motivo del mismo no se hizo esperar. Siguiendo con la mirada lo que miraban los guardias vimos a lo lejos dos embarcaciones, la primera era una inestable patera abarrotada de gente, la segunda el pequeño barco de Protección Civil que la custodiaba. Pronto nos empezamos a arremolinar todos los presentes en un punto de la playa en el que supuestamente arribarían las embarcaciones. Así fue. A pesar de las instrucciones de la Guardia Civil, que insistía en espantar a los curiosos, todos nos acercamos para ver un espectáculo que resultó ser poco alentador. La patera clavó su quilla en la

arena hasta quedar varada. De ella surgieron como duendes una treintena de personas: hombres, mujeres y niños, subsaharianos en su mayoría; su estado era penoso. A pesar de la agradable temperatura que se disfrutaba en la playa, los recién llegados temblaban como hojas al viento. Algunos con claros signos de hipotermia, otros deshidratados, varios con quemaduras producidas por el sol y por el gasoil de los motores en contacto con el agua salada, todos hambrientos: apenas se tenían en pie. De una forma totalmente espontánea, la gente empezó a ayudarlos a llegar a la orilla, sujetándolos, aupándolos, llevándolos en volandas, cubriéndolos con toallas, camisetas, cualquier cosa que les diera calor. Empezaron a circular botellas de agua, zumos, batidos, bocadillos, patatas fritas, lo que fuese; ante la mirada de guardias y miembros de Protección Civil que, desbordados por las circunstancias, desistieron en su intento de poner orden y dejaron colaborar a la gente.

Al caos reinante vinieron a unirse algunas ambulancias con sus correspondientes equipos sanitarios. En medio de aquel desbarajuste vi a las dos mujeres: las racistas, una de ellas, la que apenas unos minutos antes se quejaba con vehemencia de los inmigrantes se fue derechita hacia una chica negra, apenas una niña. Llevaba en brazos un bebe de pocos meses envuelto en un hatillo de ropa, el niño lloraba con fuerza y la madre, impotente, aún más. Mi vecina racista, a juzgar por lo abultado de sus pechos, debía tener a su vez un hijo lactante. Se plantó decidida delante de un guardia que atendía a la joven madre y sin darle ninguna posibilidad de réplica le dijo:

—Dame al niño, no ves que está *desmayao*.

Cogió al niño sujetándolo con una mano mientras con la otra se abría un lado del bikini, a la vista quedó la magnífica teta y con mañas de madre curtida en esas lides se colgó al niño del pecho. Éste empezó a chupar con fuerza la riquísima leche cesando de inmediato el llanto.

La estampa no podía ser más bella, la diminuta figura color caoba del niño en contraste con la refulgente blancura del pecho desnudo. Un cruce de miradas surgió entre la joven madre y la improvisada nodriza, las dos con una sonrisa, las dos con lágrimas en los ojos.

Yo, que asistía como espectador al acto dije para mis adentros: —Y presume de racista, pobre ignorante, no tiene ni idea de lo que significa esa palabra.

Buba.

Esta historia puede parecer simple, pero al tener como protagonista a un animal se torna en fábula y no debe desdeñarse pues eso la convierte, inmediatamente, en fabulosa.

Buba era una perra, mi perra. Ahora que ya no está puedo contar su pequeño secreto, no lo hice antes para evitarle el bochorno.

Buba no sabía nadar.

Habrà quien piense que esto no es preocupante, ni motivo de vergüenza, pero Buba era una perra Braca, una raza de perros cazadores especialmente dotados para cobrar piezas en el agua: patos, fochas y otras aves de ese entorno; eso convertía a los de su clase en excelentes nadadores y por esa misma razón ella, en momentos bajos, se deprimía

sabiéndose un error de la naturaleza. Muchas veces le dije que nadar no lo era todo y que nosotros, ella y yo, no cazábamos animales, mucho menos patos, ni fochas, ni otras aves de ese entorno, y por tanto nos sobraban sus habilidades natatorias. De nada servían mis argumentos, Buba se arrebuja formando un ovillo, apoyaba el hocico sobre las patas delanteras y se abandonaba durante horas completamente abatida. El día que descubrimos su... anomalía, por poco nos cuesta un disgusto. Andábamos en un río descendiendo su curso por el gusto de hacerlo, saltando de piedra en piedra, Buba tenía veinte meses, una edad hermosa a caballo entre la adolescencia y la edad adulta, era verano y no eludíamos el chapoteo refrescante en las pequeñas pozas por las que pasábamos. Aquél era un río modesto sin el porte de otros ríos más caudalosos, pero de pronto y como si quisiera emularlos desplegó ante nosotros una poza más profunda, sin pensarlo dos veces me zambullí en sus frescas aguas para cruzarla, apenas diez metros enmarcados por la abigarrada vegetación circundante. Buba me siguió echándose al oscuro aguazal y avanzó unos metros favorecida por la inercia de ese impulso inicial, yo seguí adelante despreocupado sin pensar en nada anormal. Un minuto después me volví extrañado por el silencio apenas roto por el murmullo del agua. Regresé a la poza justo a tiempo para ver en su parte más profunda un ligero chapoteo casi extinto, sin dudarlo me tiré al agua y jalando del collar rescaté a Buba del fondo, en dos brazadas alcanzamos la seguridad de la orilla. Una vez superado el susto inicial intentamos aclarar lo ocurrido. Yo le dije tras examinar la superficie del agua que quizá se había formado un remolino por efecto de la corriente, incapaz de alterar mi paso pero suficiente para desestabilizarla a ella, por aquel entonces Buba no llegaría a los treinta kilos. Dimos por buena la hipótesis y seguimos el descenso tratando de olvidar la peripecia. Un kilómetro más allá se abrió ante nosotros un nuevo pozancón, algo mayor que el primero, el río parecía reclamar así el respeto perdido por la escasez de sus aguas. En esta ocasión decidimos no tentar a la suerte y lo cruzamos juntos, Buba por delante y yo pegado a ella por detrás. Desde mi privilegiada posición pude ver con claridad lo que estaba pasando: la perra comenzaba a nadar como lo haría cualquier can, con su estilo característico, ése que los humanos imitamos a veces y llamamos de perrito. Pues bien, apenas habíamos recorrido unos metros cuando comprobé que movía las patas delanteras con normalidad, pero por alguna razón no hacía lo propio con las traseras de manera que, poco a poco, fue perdiendo la horizontal hundiéndose por el culo. Cuando la inclinación se hizo inevitable siguió batiendo las patas delanteras, pero inútilmente ya que lo hacían sin tocar el agua y una vez hundidos totalmente los cuartos traseros se fue al fondo como una piedra. Una vez más evité el hundimiento ayudándola a llegar al otro lado. Cabizbaja, pues entendía que el problema no estaba en remolinos ni corrientes sino en ella, Buba se sacudió de mala gana el agua que la empapaba, yo quise quitarle hierro al asunto y le dije que podía ser un calambre por lo fría del agua, —tan fría no está—, me dijo y era cierto. Quizá es un problema de coordinación, continué, y le aseguré que con un

par de lecciones podría nadar como un pez. Y así quedamos para otro día, dispuestos a enmendar el problema.

El mar se nos antojó un lugar idóneo para el aprendizaje, la uniformidad de la arena y la escasa profundidad en la orilla proporcionaban una seguridad adicional, algo importante pues, aunque no dijo nada, yo sabía que empezaba a mirar la superficie del agua con aprensión. Nos fuimos para adentro, yo decidido, ella resignada, con una mano le sujetaba por debajo del vientre para evitar la zozobra en la parte trasera, con la otra sujetaba el collar, más que sujetar tiraba de él obligándola a entrar en la zona más profunda donde no hacía pie. Todo iba bien, Buba se deslizaba por el agua con suavidad moviendo las patas delanteras rítmicamente, por desgracia no se podía decir lo mismo de las traseras que seguían inertes y en cuanto dejaba de sujetarla se hundía lente pero inexorablemente. El primer intento falló. Sin perder ni un ápice de perseverancia lo intenté con otro método, fuera del agua empezamos a practicar como lo hacían los surfistas, simulando en tierra los gestos que más tarde se han de hacer en el agua. Venciendo su sentido del ridículo, Buba comenzó a mover las patas simulando nadar mientras yo la mantenía elevada por la panza, al mismo tiempo le daba instrucciones sobre la forma correcta de respirar para mantener la coordinación, todo iba como la seda, el método funcionaba.

Cuando estuvimos seguros de tener dominada la técnica pasamos de nuevo al agua. Le sugerí que comenzara en la parte menos profunda, con el agua a la altura de la panza, caminando más que nadando, pero repitiendo los mismos gestos que al nadar y manteniendo la respiración con la cabeza elevada. Perfecto. Gracias a la suave pendiente de la playa fuimos avanzando ganando poco a poco profundidad, hasta que llegó el momento de adentrarse en aguas más difíciles. A pesar de todo lo practicado notaba su nerviosismo así que le prometí que estaría a su lado en todo momento, ya había algunas risitas a nuestro alrededor de gente insensible a los problemas ajenos. Haciendo oídos sordos a las burlas entramos en la zona de riesgo. Buba avanzó unos metros, todo iba bien hasta que vi como el lomo desaparecía lentamente bajo el agua dejando una vez más las patas delanteras agitando el aire: se hundía. La sujeté por el collar y la arrastré de nuevo a la orilla, decepcionados nos sentamos en la arena sin decir nada, aquello iba a resultar más difícil de lo que pensaba.

Al día siguiente volvimos, más por mi insistencia que por la suya, con un flotador de corcho de los que se atan al cuerpo, —me pareció más discreto que los tradicionales con cabeza de pato—, algo fuera de lugar dadas las circunstancias y que podría interpretarse como una ironía. En esta ocasión pensé utilizar el mismo método que se usa con los niños, a medida que perfeccionara la natación iríamos quitando segmentos de corcho al flotador, así de una forma progresiva y casi sin darse cuenta acabaría nadando. Pero me equivoqué. Buba, habitualmente obediente y cordial, se plantó, rehusó probar nuevos métodos, otro tipo de flotadores, o terapias destinadas a superar un miedo cada vez mayor al agua. Me costó aceptarlo pues hice mío su fracaso. Yo, que un principio quise convencerla

de que nadar no era tan importante, reconozco que después me obsesioné con que lo hiciera.

No conseguí que nadara, pero ella sí consiguió hacerme ver mi error. A partir de ese día nuestra relación fue excelente, la que se espera entre un humano y su perro.

Enanos.

Hace años un amigo me contó una curiosa historia sobre enanos. He querido tomar prestada su historia y hacerla mía, como no he podido pedir permiso a su legítimo dueño alguien pensará que lo que voy a narrar es un plagio. No es esa mi intención, desde luego, y estoy seguro de que mi amigo lo verá igual que yo, por tanto, contaré con la fidelidad que la memoria me permita un relato que sucedió hace algún tiempo.

Gaston era ciudadano de Verrières, la pequeña ciudad del Franco Condado inmortalizada por Stendhal, cuya industria relacionada con las serrerías prosperaba gracias a los ingenios mecánicos movidos por las aguas del impetuoso Doubs. Gaston, fiel a la tradición, regentaba una carpintería, una buena carpintería, tanto que sus convecinos le consideraban el mejor carpintero de la comarca, un gran logro en una comunidad como aquella. Y todo a pesar de sus más que evidentes limitaciones, Gaston, el carpintero de Verrières era enano.

A los que, como Gaston, padecían el trastorno conocido como acondroplasia, les llamaban: gente de talla corta o bien gente pequeña, al parecer una forma menos ofensiva de referirse a ellos, aunque la mayoría de los enanos preferían que les llamaran simplemente enanos.

El carpintero realizaba todo tipo de trabajos con madera de abeto, unos árboles abundantes en la región que agrupados en centenares de miles formaban los famosos bosques del Jura. Con su madera Gaston lo mismo hacía alacenas, mesas, sillas, camas, suelos, puertas o ventanas. Todo lo que sus vecinos requerían salía de su carpintería con unas hechuras perfectas y los exquisitos acabados de barnices y ceras. Dada la corta estatura del carpintero, todo en ese taller se ajustaba al capricho de sus medidas. Así, bancos de trabajo, tornos, sierras y fresadoras parecían dispuestas para el disfrute de los niños más que para su auténtica misión, realizar los primorosos trabajos que firmaba el pequeño artesano.

Verrières era una ciudad de pocos habitantes, casi un pueblo; las probabilidades de encontrar otro enano entre sus calles eran escasas, que fuese mujer realmente difícil, casadera y de edad parecida a la de Gaston un auténtico milagro, pero así son estas historias, sorprendentes cuando no directamente increíbles, y en Verrières, contra todo pronóstico, existía una moza de apenas veinte años y poco más de un metro treinta de estatura de nombre Catherine, sobra decir que su amor fue tan inmediato como apasionado. Tras un breve noviazgo, Gaston y Catherine se casaron un domingo de agosto, bajo un intenso cielo azul y con el rumor del Doubs como acompañamiento. A las nupcias acudió todo Verrières, no eran tantos y los enanos allí eran personas muy queridas. Ya casados y celebrados como es debido, se mudaron a la casa que previamente había construido Gaston, una casita de cuento realizada a medida de la pareja. Contaba dos plantas, si bien éstas eran considerablemente más bajas que

las habituales, las puertas corrían la misma suerte no sobrepasando sus quicios el metro cincuenta, la escalera, que haría tropezar a gente de talla normal, resultaba para ellos cómoda y eficaz, todo en esa casa se adaptaba a su peculiar fisonomía.

Aunque eran jóvenes y tenían toda la vida por delante, la feliz pareja se lanzó con entusiasmo a buscar un vástago, una criatura que llenase de alegrías la diminuta casa construida por Gaston. Pasado el tiempo que la naturaleza consideró oportuno, Catherine alumbró un hijo varón, de nombre David, tenía la mirada viva de su padre y el carácter apacible de su madre. La ciudad celebró con júbilo la llegada del nuevo miembro a su pequeña comunidad y pronto se hizo habitual ver pasear a la pareja por sus calles empedradas empujando el precioso carrito de madera fabricado por Gaston, con el pequeño David en su interior.

En esa región como en otras del entorno los fríos inviernos daban paso a primaveras templadas que dejaban los prados tapizados de flores, el deshielo teñía de tonos azulados las aguas del Doubs, más turbulentas que de costumbre por la crecida. Tras las primaveras llegaban los veranos que unas veces se presentaban calurosos y otras suaves, otoños de mil colores y vuelta a los fríos del invierno y a las cumbres nevadas del Jura. Y así un año tras otro. Pasaron varios de estos ciclos con pocas variaciones en el clima y menos aún en la población, que seguía su vida tranquila y Gaston continuaba al frente de su carpintería fabricando magníficos muebles. En ese tiempo Catherine aprendió el arte del barnizado y muy pronto fue capaz de realizar, si cabe, mejores acabados que los anteriormente hechos por su marido. Todo ello sin dejar de lado sus otras obligaciones, pues mientras ayudaba en la carpintería atendía con esmero al joven David, que como dictan las leyes naturales en esas tiernas edades, no paraba de crecer. Y sí, efectivamente, David creció y siguió creciendo y pronto cunas, tronas y tacatacas tuvieron que ser reemplazados por otros, y al poco por otros nuevos, cada vez mayores, hasta que cumplidos los diez años el pequeño David sobrepasaba en estatura a la mayoría de niños de su edad y muy sobradamente la de sus padres.

—El niño no para de crecer —dijo un día Gaston mientras desayunaban viendo a David rebotando la silla por todas partes.

—Tendrás que hacerle una silla mayor —contestó Catherine mirando a su hijo colmada de orgullo.

Todos dieron por sentado, ellos mismos lo hicieron, que David sería enano como sus padres. Es cierto que la Ciencia dice que los nacidos de enanos tienen altas probabilidades de compartir la anomalía, pero David libró ese resquicio que unos llaman porcentaje y otros simplemente azar, dejando en evidencia Ciencia y científicos, y vino al mundo dispuesto a crecer con un entusiasmo inusitado.

En la ciudad empezaron a dejarse oír algunas risitas al paso de la peculiar familia, lógicas por otra parte, sin maldad ni acritud, sin ánimo de ridiculizar ni ofender, pero igualmente molestas a los ojos de quien las padece; así pues, Gaston las recibía de mala gana. Es bien sabido el mal genio que suelen gastar los enanos y aunque Gaston nunca demostró ser

de esa índole, en algunas ocasiones tuvo que contenerse. No sucedía lo mismo con Catherine a la que nada parecía molestar y seguía viendo a David como su pequeño, como su niño diminuto, a pesar de tener ya catorce años y una altura que rozaba los techos de la vivienda.

—Tendrás que suplementar la casa —dijo Catherine viendo al niño deambular por la casa con el cuello doblado para no tocar las vigas de madera del artesonado. Hacía meses que corrieron la misma suerte: silla, mesa, cama y cuanto utensilio era usado por David en aquella vivienda, que poco a poco comenzaba a perder sus atractivas proporciones alternando unos muebles de un tamaño y otros de otro.

Gaston levantó los techos para evitar molestas tortícolis en su hijo, un trabajo fatigoso que implicaba desmontarlos, añadir nuevas tablas a la estructura y vuelta a montarlos. Copió las medidas de las casas normales de la ciudad y al acabar miró su obra con pena, le gustaba su casa de enanos, pero tendría que resignarse a vivir en una de gigantes, —todo fuera por su pequeño David—, pensó, y sonrió pensando aún en David como su pequeño, influenciado sin duda por Catherine.

Pasaron dos años de aparente tranquilidad, Gaston mantenía su prospera carpintería ayudado por su mujer mientras David continuaba creciendo. Al cumplir los dieciséis, David era un muchacho cariñoso, buen estudiante, siempre dispuesto a ayudar en la casa y en la carpintería, y era además grande, muy grande. Cuando Gaston aumentó la altura de los techos lo hizo calculando las medidas de las otras casas, lo que no calculó fue que su hijo, queriendo llevar la contraria a su genética no paraba de crecer, pasaba los dos metros y de nuevo caminaba por la casa con el cuello torcido rozando los techos.

—Tendrás que volver a reformar la casa —le dijo Catherine.

Gaston asintió resignado.

Hasta tres veces tuvo Gaston que levantar los techos de la casa, demostrando no sólo ser un excelente carpintero, demostró también sus dotes como arquitecto y constructor. Cuando por fin paró de crecer, David alcanzaba la sorprendente altura de tres metros, algo increíble, todo un fenómeno que habría terminado como una atracción de feria, de no haber sido por las especiales condiciones que siempre marcaron su entorno, porque a los ojos de Gaston, de Catherine y de toda la ciudad de Verrières, David siempre sería: el pequeño David.

Enamorada.

Ningún libro de relatos está completo sin uno de amor. Esta historia será para algunos de amor verdadero, estoy seguro, habrá otros, sin embargo, que no le concederán tales atributos, sus razones tendrán. Pero, qué es el amor sino un estado emocional que nos convierte en marionetas. Esta es la historia de una marioneta enamorada.

Estaba yo tranquilo en mi casa, una mañana, o una tarde, cuando sonó el teléfono con la insistencia propia de los de su calaña. Al otro lado de la línea me encontré con una vieja amiga: Katia, polaca de Cracovia, amiga culta, inteligente y divertida, directora del Museo de Arte Moderno de aquella magnífica ciudad. Nos habíamos conocido tiempo atrás durante

una de mis exposiciones itinerantes (soy pintor) instalada en su museo cracoviano. Desde entonces manteníamos una sólida amistad a distancia. Katia iniciaba sus vacaciones y tenía previsto pasar unos días en Marruecos, un país tan exótico para un polaco como lo pueda ser Ucrania para un español. De camino al país magrebí pasaría por mi casa para una breve visita, le dije que estaría encantado de recibirla y tan sólo lamentaba la mencionada brevedad. Tras concretar las fechas de su llegada nos despedimos deseosos de volver a vernos.

Katia era una mujer grande, un metro ochenta y setenta y cinco kilos de peso lo acreditaban, tenía una melena desarbolada y rizada, ya entrecana, que no se molestaba en mantener a raya y mucho menos en teñir para ocultar las secuelas de sus cuarenta años. Demasiado inteligente y no muy atractiva, una combinación que solía espantar a los hombres, quizá por eso mi amiga permanecía soltera a pesar de sus extraordinarias cualidades y su simpatía.

Llegó por la tarde en un tren procedente de Madrid, al día siguiente pensaba coger un ferry a Tánger desde Algeciras, no mentía, su visita iba a ser breve, teníamos el tiempo justo para cenar y tener una buena charla de sobremesa. Así lo hicimos. Para compensar tan escaso tiempo prolongamos la noche todo lo que ésta puede dar de sí, hasta la madrugada, y así, sin dormir, pero con el recuerdo vivo de una buena conversación, nos despedimos, ella para el barco y yo a trabajar.

Pasados quince días Katia regresó, repitiendo el proceso a la inversa. De nuevo cenamos y charlamos, para esa ocasión dejamos a un lado el arte, nuestro tema más recurrente, por otro más mundano: el amor. No diré que me sorprendió oír a mi amiga hablando de mariposas en el estómago, todos en algún momento de nuestra vida hemos sentido los dardos de Cupido cercenando nuestras carnes más o menos prietas, pero sus circunstancias diferían notablemente de las habituales. Durante su periplo marroquí, Katia conoció a un muchacho, uno de tantos que en el país vecino se buscan la vida ofreciendo sus servicios al turista, de improvisados guías la mayoría de las veces. Hicham, que así se llamaba el muchacho, era, según la descripción de Katia, tímido, educado y simpático, añadió que vivía en Rabat y también que era de familia humilde. Dijo más cosas de Hicham, muchas más: moreno, delgado, pelo rizado, ojos grandes... concluyó a requerimiento mío con un par de datos importantes: dieciocho años y dispuesto a casarse con ella en cuanto regresara a Marruecos, cosa que haría tan pronto arreglase todo el papeleo.

Tardé un poco en reaccionar pensando que quizá bromeaba, ya dije que mi amiga polaca tenía un sentido del humor un tanto especial. Cuando comprendí que hablaba en serio tuve que interpretar el horrible papel de amigo sensato.

—Ese chico sólo busca salir de la miseria.

—Lo sé.

—Podría ser tu hijo.

—Un hijo muy guapo.

—En cuanto tenga los papeles se marchará.

—Viviré cada minuto con intensidad.

—¿Por qué lo haces?

—Estoy enamorada.

La cordura, el pragmatismo, la madurez, todos los atributos que creemos fundamentales se desvanecen ante la llamada del amor.

Estuvimos largo rato hablando, yo intentando convencerla de algo, no sabría decir de qué, ella eludiendo mis razonamientos y ensalzando las virtudes de su Hicham. Si alguien piensa que mi amiga se había vuelto loca, que iba a hacer el ridículo con aquel muchacho, y que acabaría de nuevo sola y humillada; si alguien lo piensa, se equivoca.

Katia no se había vuelto loca, era plenamente consciente de todo eso y de más cosas. Era consciente de las intenciones del muchacho y las encontraba honestas, era consciente de su físico poco agraciado y de las pocas posibilidades de encontrar un chico guapo que la quisiera, aunque fuese brevemente. Era consciente, en definitiva, de su vida, llena de satisfacciones profesionales, del disfrute de sus privilegiadas amistades (me incluyó, cosa que le agradezco), pero carente de pasiones de otra índole. Era consciente de las noches en soledad y de las camas vacías. Sí, era plenamente consciente de su futuro y por eso, precisamente por eso, estaba dispuesta a vivir con intensidad el presente.

No quise insistir en mis argumentos, los esgrimí con torpeza y en esos lances Katia era una poderosa adversaria. Opté por apoyarla, no estaba muy convencido, pero me parecía más honesto hacerlo, después de todo ¿quién era yo para aconsejarla sobre ese tema? Regresó a Polonia dispuesta a solucionar los engorrosos trámites, ignoro cuan engorrosos fueron, pues desconozco los entresijos de la burocracia polaca, aunque la presumo como todas: lenta, tediosa y completamente inútil.

Volví a la rutina de mi vida y reconozco que durante el mes que vino a continuación no me acordé de Katia ni de su novio Hicham ni de la boda en ciernes, una llamada me sacó del olvido.

—Mañana por la tarde llegaré a tu casa.

Reconocí de inmediato la voz de Katia. Tras concretar los detalles de su llegada colgué. Al parecer mi amiga seguía en sus trece.

Katia pasó por mi casa, estaba radiante, llevaba todo lo necesario para formalizar el matrimonio con Hicham, no pregunté en qué consistía, a mi ignorancia sobre la administración polaca había que sumarle una aún mayor sobre la marroquí, di por sentado que mi amiga no habría dejado ningún cabo suelto en un asunto de tanta importancia. Lo único que me quedaba por hacer era desearle lo mejor, y lo hice de corazón.

Han pasado muchos años, más de los que uno quiere reconocer, durante este tiempo he mantenido mi amistad con Katia, a distancia, como siempre fue, con algunas visitas esporádicas, de aquí parar allá y de allá para acá. Los lectores más curiosos se preguntarán ¿cómo no?, qué fue de aquella aventura. Pues bien, a día de hoy Katia sigue casada con Hicham. El joven marroquí, ya no tan joven, es un reputado escritor con varias novelas traducidas en varios idiomas, su talento afloró tan pronto encontró el ambiente adecuado para ello, y a pesar de los años

transcurridos, mis amigos (incluyo a Hicham porque así lo considero) siguen amándose con la pasión del primer día.

Que nadie se sorprenda, desde el principio dije que éste era un relato de amor, de amor verdadero.

Don Paco.

Don Paco era de esas personas que no pasan desapercibidas, cabría pensar en sus virtudes como una consecuencia de su profesión, don Paco era sacerdote, pero yo, que nunca he sido afecto a lo superficial, descubrí por pura casualidad su verdadera condición.

Don Paco era sacerdote, cierto, o cura, que así se les llamaba antes por coloquial, siempre que delante de esa palabra se colocara otra: señor, dando como resultado: señor cura, sólo los impíos les apeaban el tratamiento en unos años, los sesenta, cargados de historias truculentas sobre los representantes de la iglesia. Pero ésta no es de esas historias, no hablaré de curas lascivos, pervertidos y sodomitas, quizá en otra ocasión.

Nuestro protagonista era el párroco de Santa Eulalia, la parroquia debía su nombre a una niña santa que en los albores del cristianismo fue sometida a trece barbaridades que me abstendré de mencionar, eran otros tiempos, pero como los de ahora no difieren mucho de aquéllos será mejor no dar ideas. Como digo, don Paco dirigió durante largos años dicha parroquia y aunque le doy por muerto, en los sesenta ya calzaba una edad, estoy seguro de que habrá muchos que como yo le recuerden bien. Y no es extraño, don Paco media dos metros, una altura hoy importante y en esos años imponente, siendo cura, perdón, señor cura, doblemente llamativa. Era fiel a los hábitos característicos de su profesión, sotana de arriba a abajo, y por eso, asemejaba en hechuras a los gigantes que danzan en fiestas populares acompañados por sus comparsas, los rotundos cabezudos. Don Paco, además de una monumental altura, tenía el rostro esculpido, el cabello oscuro y recio, el torso enjuto y una voz profunda de tenor, como uno imagina que la tendrá el mismísimo Dios.

La iglesia de Santa Eulalia se alzaba en la parte baja de la ciudad, junto a un jardincito paupérrimo, construida en un románico discreto, humilde diría yo al compararla con otras iglesias cercanas. Por su nave central, entre las bancadas de madera reseca, retumbaban quedos los largos trancos del altísimo cura. Cumplía éste fielmente los requisitos de su rango: captaba nuevos miembros a través del bautismo, confesaba a los pecadores, ofrecía misas diarias, preparaba a los jóvenes para recibir los sacramentos, escuchaba a los afligidos, visitaba a los enfermos y enterraba a los muertos. En definitiva: enseñaba, pastoreaba y santificaba; todo sobriedad, todo firmeza.

Andaba yo un día por la iglesia siendo niño, algo temblón, por lo fría que ésta era, sobre todo en invierno, y por el miedo que me infundía el coloso don Paco. Teníamos la comunión en ciernes y ese sacramento me obligaba a una preparación ineludible. Busqué a don Paco en la sacristía esperando encontrarlo allí, pero no estaba, busqué en el coro, y lo mismo; en mi deambular topé con dos o tres miradas turbias de viejas enlutadas que postradas de hinojos escrutaban más que rezaban. Seguí buscando. Con

desgana me asomé por debajo del confesonario esperando ver los enormes zapatones negros del confesor, pero nada. Me dispuse a partir pensando que ya había buscado bastante, lo suficiente para eludir la regañina de mi madre por no asistir a la catequesis. Fue entonces, cuando al enfilar la salida me fijé en una puerta que hasta ese día me había pasado desapercibida, estaba entornada. La curiosidad, la normal en un niño, me empujó a pegar la oreja a la cuña de luz que de allí salía. De lo que parecía un sótano llegaban difusas varias voces, una no era más que un lamento, de las otras distinguí con claridad la voz gutural del párroco, más gutural que de costumbre por lo profunda de su procedencia. En un impulso inexplicable bajé unas escaleras de piedra desgastada por el pisoteo de siglos. Al finalizar dos tramos de esos escalones pulidos, pude ver una sala abovedada y en uno de los extremos, el más alejado, a dos personas de pie, había una tercera persona acostada en una especie de altar. Desde su atalaya, don Paco miraba al que permanecía inerte, tan sólo un gemido leve ponía de manifiesto su presencia. La otra persona, un señor calvo con gafas, guardaba unos utensilios metálicos en una bolsa, la cordura dictaba salir de allí, pero no hice caso a su llamada y aguanté. Se giró entonces don Paco, quizá alertado por el sonido de mi respiración y al hacerlo pude distinguir la sotana arremangada hasta los codos dejando a la vista sus pálidos brazos completamente cubiertos de sangre, no fue la cordura sino el miedo lo que me hizo salir de allí como alma que lleva el diablo, subiendo las escaleras de dos en dos con el corazón desbocado. Durante los siguientes días fingí diversas dolencias para esquivar las catequesis: toses persistentes, dolores agudos de estómago, cefaleas y vértigos. Mi madre al principio se alarmó por tanta reincidencia, haciendo incluso venir al médico, hasta que atando cabos se percató de la coincidencia de mis males con las clases preparatorias de don Paco. Sin más excusas creíbles y algún coscorrón para animarme, acudí a la iglesia como un cordero acude al matadero, convencido de acabar en aquel sótano degollado en algún macabro ritual oficiado por el sacerdote y su desconocido adlátere. No pasó nada, ni en esa ni en posteriores visitas. Recibí la Primera Comunión y al tiempo la Confirmación. Con el paso de los años me fui olvidando de la desagradable escena y a medida que crecía y me alejaba de la religión, paradójicamente, me fui acercando a la figura de don Paco. Cierto es que los recuerdos son a veces vagos y los de un niño aún más, pero la curiosidad, la misma que me hizo bajar aquel día al aterrador sótano, me ayudaba ahora a esclarecerlos. Supe, preguntando aquí y allá, que a don Paco le llamaban algunos el cura rojo y supe también, porque al final todo se sabe, que en los sesenta la represión contra los enemigos del Régimen era durísima y había quien acababa tirado en un callejón con un tiro en la barriga. Al parecer, entre las muchas ocupaciones de don Paco estaba la de frecuentar los callejones. Qué grande era don Paco.

René

Hubo un tiempo, aún cercano, en el que los viajes fueron una parte importante de mi vida. Era un viajero, definición que dista mucho de otra, la de turista, que algunos consideran homónima, pero yo no.

Un viajero se mueve por el mundo sin dejarse amedrentar por fronteras, idiomas, ni husos horarios, los que fueren. Un viajero se entrega con dedicación y constancia. Ignora las visitas programadas y las prisas que imponen los viajes organizados. ¿Viajes organizados?, para el auténtico viajero, una ofensa.

Con esas ínfulas llegué a Estambul, ciudad antigua y única, y allí me quedé una temporada abriendo un paréntesis en mi trayectoria y en mi trayecto, pues un viajero ha de estar constantemente en movimiento para ser considerado como tal, quedarse en un lugar concreto implica por tanto dejar de viajar. Yo consideré ese alto en el camino como unas merecidas vacaciones.

Estambul es una ciudad de proporciones formidables, populosa y caótica, y de sus gentes se dice que son de carácter bravo, pero diré que, a pesar de esa bravura inherente al turco, de ese bullicio y de ese caos, la ciudad me acogió bien. Para corresponder a semejante muestra de confianza aprendí un poco de su historia, como suelen hacer los turistas y también los viajeros de vacaciones. Visité monumentos, museos, plazas y parques empapándome de su legado: colonia griega primero nombrada Bizancio en honor a un rey, ocupada y destruida más tarde por persas, disputada por atenienses y espartanos, tomada por macedonios, y en los albores del cristianismo renombrada Constantinopla por un emperador romano.

Capital de murallas inexpugnables durante el Imperio Bizantino aguantando incólume los envites de occidente. Cuna de la ortodoxia por siglos, hasta convertirse después de muchas disputas en capital otomana y por tanto musulmana.

No insistiré en su bagaje, pues lo que más me interesa de las ciudades, y ésta lo es y enorme, son las personas. Las que transitan por callejones estrechos, compran en mercados saturados de aromas y rezan en edificios discretos. Esa era la gente que yo buscaba, la gente que esperaba encontrar y para hacerlo necesitaba mezclarme con ellos, como un igual. Dada mi fisonomía nunca tuve problemas. Un viajero ha de saber adaptarse al medio por el que transita y yo había adquirido una habilidad camaleónica para parecerme a los naturales de los países por los que pasaba. Moreno de tez, no muy alto, de pelo oscuro y barba cerrada. Y fue la barba, precisamente, la que me sirvió como excusa para colarme por los entresijos de esa fantástica ciudad.

La barba de días me picaba bastante, lo suficiente como para desahuciarla y suavizar de paso mi aspecto de desaliñado, o de vagabundo, palabra que siempre me ha parecido hermosa a pesar del uso desdeñoso que de ella solemos hacer. Empecé a buscar una barbería para ponerle fin y ya puestos disfrutar de un buen afeitado, uno de esos placeres olvidados que sólo lo son de verdad cuando los ejecuta un profesional y los barberos turcos siempre han gozado de una merecida fama. Busqué entre callejuelas sucias los distintivos que caracterizan esos establecimientos, después de un rato deambulando sin rumbo fijo distinguí a lo lejos un cilindro blanco con oblicuas rayas de colores que nacían y morían en un lento girar, símbolo ancestral y al parecer universal de los que ostentan ese oficio antiguo. Ya cerca de su puerta leí la palabra "Berber" junto a

otras cuyo significado ignoraba, no hablo turco y menos aún lo leo. Entré haciendo sonar una previsible campanita suspendida en el dintel, inmediatamente me llegaron olores de antaño, olores de mi infancia que brotaron con una fuerza sorprendente desde los arrabales de la memoria. Tras una inspiración profunda en la que sentí lociones, colonias y jabones, pregunté en español:

—¿Quién da la vez?

El local era pequeño, minúsculo si consideramos lo que allí había: la sempiterna silla de barbero con sus piezas de fundición, sus porcelanas y sus cueros, elevable, giratoria y preciosa; unos estantes repletos de frascos de cristal, peines, tijeras, cuchillas, perillas de goma para los pulverizadores, palanganas diminutas... y atrapados entre toda la parafernalia esos olores que ya notara al entrar. Tres sillas preparadas una al lado de otra para la espera: de hierro pintado y formica blanca. Fotos de hombres repeinados, presumiblemente famosos. Carteles descoloridos de productos afines a la barbería y completando la decoración flores de plástico dispuestas en humildes jarrones. Como colofón, duplicándolo todo, un gran espejo en el frontal.

—C'est moi —contestó alguien a mi pregunta inicial, ésa que pedía la vez. Giré levemente la cabeza para ver a mi interlocutor, estaba sentado en una de las tres sillas, junto a un hombre de prominente barriga, con una barba negra que se fundía con el resto de su vello corporal dejando apenas espacio a ojos, orejas, nariz y boca.

Me acerqué a los dos hombres, el barbudo y el francés, una deducción lógica la de su nacionalidad teniendo en cuenta su respuesta: "c'est moi". Yo pregunté a mi vez.

—¿Vous cette francés? —dije adivinando su lengua vernácula, y él contestó:

—Oui.

El barbero turco me saludó con respeto indicándome con un gesto la silla vacía y siguió con lo suyo dándome la espalda, pero sin hacerlo en realidad pues nos seguíamos viendo a través del espejo. En ese reflejo contemplaba yo sus maneras de artesano, blandiendo tijeras y peines con destreza, afilando navajas brillantísimas que desprendían el suave aroma del acero gastado de tanto uso. Cortando, igualando, lavando, esculpiendo un rostro nuevo al cliente que, satisfecho, asentía con mirada aprobatoria los últimos toques del barbero.

El barbero era un hombre de edad indefinida, delgado, de rasurado perfecto, pelo engominado y camisola blanca, por supuesto. Una vez acabado el afeitado o el corte de pelo, lo que hubiere, masajeaba espalda y brazos al cliente como conclusión a esa obra tan perfecta como efímera, algo que no había visto jamás en ningún otro sitio y que acrecentaba esa fama de la que yo hablaba al principio.

—¿Habla usted español? —pregunté al francés intentando establecer una conversación que amortiguara la espera.

—Sí, y veo que usted francés —me contestó él.

Iniciamos así una charla bilingüe mezclando las dos lenguas casi inconscientemente, yo con el respeto que me imponía su edad, pasaría los

setenta de largo, y él correspondiendo a la mía, que le iba a la zaga a una distancia prudente.

Se presentó como René, y poniéndose en pie añadió al tiempo que me tendía su mano:

—René Legrand.

Yo hice lo propio desvelando nombre y apellido.

René era hombre de mundo, eso se nota, alto y delgado, mantenía un buen porte, sin los patéticos encorvamientos que acompañan a la vejez, cara surcada y buen pelo, cano, sí, pero abundante, más que el mío. Me contó de su vida. Vivía en Estambul, alternando esta ubicación con otras bien distantes: su Chamonix natal en donde conservaba parte de su parentela incluyendo un hijo y un nieto, ambos guías de las montañas que rodean esa ciudad, considerada por derecho como capital de los Alpes; la otra era Chiclana, pueblecito de Cádiz, costero y menos flamenco que otros cercanos, de allí era su primera esposa, una andaluza de buen ver de la que acabó divorciándose por desavenencias, —según dijo sin añadir ni una coma— y allí vivían dos hijos más con su correspondiente prole. Procuraba pasar unos meses al año tanto en España como en Francia, aunque llevaba quince años establecido en Estambul de donde era su segunda esposa, una turca de origen mongol, guapísima y treinta años más joven que él, de esa unión nacieron Jasmín y Sabine, dos niñas preciosas, lo pude confirmar viendo las fotos que mostró orgulloso, de once y catorce años, que podían pasar, sin que eso supusiera una ofensa para él, por sus nietas.

René presumía, con toda la razón del mundo por lo que yo pude ver, de casanova y aunque ya se consideraba retirado de tales mañas, aún conservaba un encanto ciertamente irresistible. Habló, él más que yo, de su pasado. Fue piloto, primero en el ejército y más tarde en una compañía francesa de aviación. Estuvo en la guerra de Argelia en el 61 entregado a labores logísticas, no quiso entrar en detalles, quizá para evitar esas preguntas incómodas que sufren todos los que han estado en una guerra en el bando que consideramos equivocado. Pero fue ahí, precisamente, cuando despertó mi interés, pues yo conocía bien Argelia, de mis viajes, y aunque hubiese sido una auténtica carambola hablar de amigos comunes, si lo era, sin embargo, hacerlo de lugares y así comenzamos un periplo verbal que nos llevó por toda la geografía argelina. De las ciudades norteñas a los poblados del sur, de los intrincados cañones del Paso de Arak a la majestuosidad de las dunas del Erg Oriental, de las descarnadas montañas del Hoggar a los vergeles irreales de los oasis de El Golea. Mantuvimos esa charla evocadora entre el cuchicheo de la tijera y murmullo quedo de la navaja barbera, entre siseos de pulverizados acuosos y roces de algodón egipcio. Estuvimos así un buen rato, hasta que con un leve barullo que era de esperar, el cliente, el barbudo que ya no lo era se levantó. El barbero sacudió la immaculada pieza de tela blanca y pronunció dos palabras que no necesitaban traducción:

—El siguiente.

Mi nombre es Man.

Mi nombre es Man. No faltará quien piense que soy de un país distinto a éste, lo pensará por mi nombre, claro, pero sobre todo lo pensará por mi aspecto pues soy *de color*, de color negro. Sin embargo, esta pigmentación tan común en otras latitudes no obedece en mi caso a un origen ni exótico ni lejano, y mi nombre, aunque parece alejado de los estándares habituales, en realidad no tiene nada de peculiar, es el resultado de acortar el auténtico: Germán.

Nací en un pequeño pueblo de Albacete, lo mismo que mis padres. Un pueblecito de pocas casas alineadas en cuatro calles, rodeado por una extensa llanura tapizada por campos de labor de un cromatismo cambiante, ocasionalmente verde y las más de las veces de diferentes ocres. Una tierra olvidada y ventosa, condenada a ser plana. Y puesto que esta tierra, cuna de don Quijote, obedece al curioso nombre de La Mancha, diré con una dosis justa de orgullo patrio, que soy manchego. Durante un tiempo realicé trabajos de diversa índole, todos ellos una vez cumplido su cometido fueron pasando a la categoría de *extrabajos*: exbotones de hotel, excobrador de facturas en una papelería, expintor de brocha gorda, excamarero en un chiringuito de piscina, excocinero en el mismo chiringuito, expeón de albañil... y por último exproctólogo. Tan sólo el último de estos trabajos ha tenido cierta relevancia en mi vida, de los demás, puramente circunstanciales, iré desgranando algún detalle según sea oportuno, en cualquier caso, todos pertenecen al pasado. Es mi actual ocupación, a la que me vi abocado sin pretenderlo, la que importa.

Llegué a este mundo como tantos en aquella época, en la penumbra de una alcoba, con un cortinón recio de cuadros escoceses haciendo las veces de puerta. Allí estaba mi madre, espatarrada sobre una cama de hierro niquelado gritando como loca mientras la comadrona, más gritona que ella, le aleccionaba sobre el cómo y el cuándo de los empujones. Las respiraciones también eran supervisadas por la buena señora, sin demasiado éxito, pues, según dicen, los resoplidos que de allí salían recordaban más al bufar de un búfalo que al acto propio de expulsar el aire que solemos practicar los humanos. Todo esto sucedía bajo la atenta mirada de don Ramiro, el médico, que leía el periódico apostado junto a la luz de la ventana echando un ojo de vez en cuando por debajo de sus lentes de ver para asegurarse de que todo estaba en orden. Mientras tanto en el piso de abajo, mi progenitor se paseaba arriba y abajo con los nervios desatados de padre primerizo, fumándose hasta el papel de las paredes para intentar controlarlos.

Mi padre se dedicaba a la cría de caracoles, un negocio innovador dentro de la industria agroalimentaria y también próspero por lo escaso de la competencia, tenía un único inconveniente: era el objetivo perfecto para todos los chistes sobre cuernos. Él era hombre afable y solía reírse con la guasa tantas veces repetida, hasta que nació yo y la broma dejó de tener gracia. Debo aclarar que mis padres eran católicos, de derechas y más blancos que la cal de la pared. Al principio la noticia de mi nacimiento anduvo lenta entre chismorreos lenguaraces, sin echarle mucha cuenta dada la escasa credibilidad de quienes la transmitían (viejas cotillas en su mayoría), más tarde, y ya confirmada por el médico, la noticia corrió

como el fuego en un día de *Solano*. —¡El chico del *Caracolero* es negro!—. La conmoción fue grande y sus consecuencias no se hicieron esperar, poco tiempo después del alumbramiento mi padre se marchó del pueblo al no poder soportar la humillación. De nada sirvieron los intentos de mi madre por defender su honra.

Me crié sin referente paterno y con una madre que, como consecuencia de lo acontecido, quedó algo mermada psicológicamente. Aunque mi madre siempre fue una devota católica y negó hasta el final el supuesto adulterio, al pasar del tiempo dejó de buscar una explicación lógica para lo que había pasado y aceptó la hipótesis del castigo divino sugerida por el párroco. Don Alfio, un hombre con el corazón tan negro como su sotana, se encargó de meterle esa idea en la cabeza a golpe de rosario. A pesar de todos estos inconvenientes fui creciendo fuerte y sano hasta alcanzar la pubertad. Ser adolescente en un pequeño pueblo de Albacete (o de donde sea) no es fácil, sobre todo siendo negro. En aquellos años no abundaba la gente como yo, el único negro que habían visto mis paisanos era José Legrá, un boxeador del peso pluma de origen cubano que ocasionalmente se colaba en los hogares de los españoles a través de la tele, como éstas eran escasas y además en blanco y negro, los pocos que lo habían visto aseguraban que era más negro que un tizón. A los dieciocho años empecé a cuestionarme mis orígenes. Intenté sonsacar algo congruente a mi madre aunque acabé dejándolo por imposible, ya que su retahíla sobre el pecado y sus consecuencias me sacaba de quicio. Nunca acepté, como es lógico, la versión del juicio divino esgrimida por el cura, con querubines sonrosados ejerciendo la acusación y arcángeles emplumados como jurado. Dudé igualmente de la versión paterna de los cuernos (no por boca de mi padre, que seguía desaparecido, pero no le faltaron portavoces en el pueblo para hacerme llegar sus soflamas). Esa inconformidad inherente a la adolescencia me llevó a investigar por mi cuenta y como lo investigado me iba acercando poco a poco al terreno de lo fisiológico, una vez terminado el instituto ingresé en la facultad de medicina para seguir con la investigación, fue precisamente la Ciencia la que deshizo finalmente el entuerto al revelarme lo caprichosa que puede llegar a ser la naturaleza. Esto fue lo que pasó:

Un antepasado de mi madre marchó del pueblo buscando una vida mejor, a América, como tantos en esa época, una vez allí se instaló en la costa caribeña y más tarde imbuido en el ambiente tropical se casó con una mulata, algo habitual entre los inmigrantes en aquellas tierras dada la escasez de mujeres casaderas de raza blanca. Tuvieron un hijo que nació con los rasgos de su madre aunque de tez muy clara, mi bisabuelo. El tiempo fue pasando y la fortuna buscada se mostró reacia a tal encuentro, así que mi bisabuelo, siendo ya un mozo hecho y derecho y tan inquieto como lo fuera antes mi tatarabuelo, quiso buscarla en otras latitudes y se le ocurrió viajar a ese pueblo de España tantas veces mencionado en las charlas familiares. Estaba convencido de encontrar en ese rincón de La Mancha la esquivada fortuna, una idea peregrina que nos lleva a todos a pensar, estemos donde estemos, que es la distancia la que garantiza el éxito en este tipo de empresas. Con ese pensamiento en la cabeza

regresó a España. No encontró lo que buscaba, pero si una parentela que le acogió bien y pasado un tiempo una mujer con la que formó una familia. De esa unión nació mi abuelo, ya completamente blanco y más tarde mi madre, más blanca aún si cabe. Nadie se acordaba ya de aquella tatarabuela mulata descendiente de negros africanos a la que nunca conocieron en persona y cuyos genes, regresivos según dicta la rama de la Ciencia que se ocupa de estos temas, afloraron en mí con inusitada virulencia. Una simple prueba de paternidad hubiese bastado para solucionar el desaguisado, pero no era el tiempo ni el lugar para ese tipo de pruebas y para cuando yo lo descubrí, indagando en mi árbol genealógico aleccionado por un genetista de la facultad, el daño ya estaba hecho. Aunque sin mucha disposición continué con la carrera de medicina, trabajando en lo que me salía para poder costearla, pues en su huida mi padre nos dejó en un cierto desamparo y el dinero no sobraba en casa. Trabajos de fin de semana y vacaciones realizados con el mismo entusiasmo que más tarde demostré por todo.

Acabé la carrera con un aprobado ramplón y sin llegar a entusiasarme mucho con lo estudiado. Estudie medicina lo mismo que podía haber estudiado ingeniero agrónomo o saltimbanqui, nunca tuve vocación de médico, todo eso de salvar vidas y de juramentos hipocráticos a mí me daba igual. Quizá por eso acepté el primer trabajo que me ofrecieron en una clínica privada llamada "El Leve Suspiro", un modesto centro hospitalario situado a las afueras de Madrid. Cubrí la plaza dejada por un especialista norcoreano despedido de mala manera al descubrirse que ejercía la medicina sin la debida titulación. Cuando se hizo eco del engaño, Yoon, que así se llevaba el impostor, se disculpó diciendo que nadie le había preguntado si era médico.

Comencé a trabajar en el Servicio de Digestivo como proctólogo, un nombre muy rimbombante para alguien cuyo trabajo consiste básicamente en meter el dedo en el culo de la gente buscando síntomas de posibles enfermedades, aunque la mayoría de las veces lo que buscaba eran objetos que ellos mismos se habían introducido allí. Se podía encontrar cualquier cosa, desde botellas de Coca Cola a teléfonos móviles. Ejercí la proctología con profesionalidad durante más de veinte años. Huelga decir que además de lo mencionado, realicé colonoscopias, traté hemorroides y todo aquello que entraba dentro de mis competencias. Hace dos años perdí mi trabajo tras una regulación de empleo, después de tantos años palpando culos era yo el porculizado. ¿Y ahora qué? Esta pregunta me persiguió durante varias semanas, el tiempo suficiente como para adentrarme en las procelosas aguas de la autocomplacencia, paso previo para un estado más peligroso, la autodestrucción. El despido me afectó más de lo esperado, lo confieso. Como pasa siempre, no aprecié lo que tenía hasta haberlo perdido y pronto comprendí que mi habitual apatía laboral era mejor que la apatía doméstica a la que empecé a ser proclive. Unos ahorros y la prestación de desempleo correspondiente me otorgaban un estatus de privilegiado frente a otros que engrosaban las filas del paro, así que, en lugar de buscar trabajo me dediqué a mirarme los pies y a rascarme la barriga. Apenas salía de casa, me pasaba el día

viendo en la tele unos programas abominables y comiendo pizzas que me traían desde una pizzería cercana previa llamada telefónica. Como consecuencia de ese desbarajuste emocional y nutricional empecé a engordar. Nunca me había cuidado demasiado, era sedentario, poco dado a los artificios metrosexuales y más bien parco en el vestir; no obstante, siempre mantuve cierto decoro en el trabajo, necesario para no asustar a mis pacientes. Al verme libre de esa obligación me fui abandonando lenta pero inexorablemente. A los kilos que se fueron acumulando a buen ritmo hubo que sumar un desaliño digno del mejor indigente. Procuraba no pararme delante del espejo y mantenía el televisor encendido todo el día para evitar que la pantalla me devolviera mi reflejo. Pasaba muchas horas en internet, buceando más que navegando en fosas abisales plagadas de monstruos marinos. Un día abrí la puerta al repartidor de la pizzería, el chaval era nuevo y al verme dio un respingo que por poco lo manda escaleras abajo, me alargó la pizza receloso y salió zumbando tan pronto recogió el importe del pedido. Realmente mi aspecto dejaba mucho que desear y ser negro no ayudaba mucho a mejorarlo. Si en los años de mi infancia no abundaban los negros y los pocos que había eran por lo general famosos y ricos, en la España del siglo veintiuno las diferencias entre el norte y el sur habían obligado a muchos africanos a buscarse la vida en el vecino rico. Era común verlos pulular por las calles dedicados en muchos casos a actividades poco edificantes. Creo que en ese momento fui consciente de quién era y lo que me esperaba.

Aunque no quería reconocerlo estaba tocando fondo y como médico sabía que las consecuencias de un comportamiento autodestructivo podían ser terribles. Me metí en la ducha siguiendo mi propia prescripción facultativa, para que el agua caliente me devolviera lo que el abandono me había quitado. Me afeité la cara, densamente barbada, y ya puesto seguí con la cabeza, nunca antes me la había afeitado, pero desde que vi a Michael Jordan de esa guisa pensé que a mí también me favorecería. Además, me estaba quedando calvo por la coronilla y las canas me crecían a corros y en lugar de darme el aspecto distinguido de maduro interesante, en mi caso parecían cagadas de paloma. Sin pararme a ver los resultados me puse unas zapatillas que no recordaba haber estrenado nunca, un chándal que apenas me entraba y salí a la calle dispuesto a correr unos kilómetros. Yo no era muy de hacer deporte, pero mis genes regresivos me habían otorgado un físico privilegiado, especialmente diseñado para la carrera a juzgar por los logros conseguidos por los de mi raza en diferentes disciplinas atléticas. Vivía cerca de la Casa de Campo, así que me fui para allá, a buscar mi dignidad perdida entre paseadores de perros, madres con carritos y putas. Después de cinco minutos corriendo volví a casa arrastrando los pies y resollando como un ballenato, al parecer eran mis genes manchegos los que se encargaban de gestionar mi aparato locomotor. En contra de lo que se pudiera esperar no me rendí, seguí corriendo cada día hasta que la actividad física se hizo menos penosa. Cuando conseguí correr media hora seguida sin vomitar empecé a recuperar la talla cuarenta y la autoestima.

Los últimos acontecimientos me animaron para salir de nuevo a la calle, no es que estuviese recluido en casa como un cartujo, lo de salir a la calle era en realidad una metáfora que indicaba un claro cambio en mi actitud. Con el currículum bajo el brazo me presenté en una clínica cercana en busca de trabajo.

Entré con aire decidido hasta la recepción, allí una chica de poco más de veinte años se retocaba la laca de uñas mientras hablaba a través de un pequeño micrófono con auricular conectado a un teléfono móvil, todo ello sin parar de mascar cicle compulsivamente. No sé si me tranquilizó o me preocupó ver que se seguían cumpliendo los tópicos.

—Buenos días, quisiera ver al gerente —dije en un tono que denotaba seguridad.

—No veas, tía, que fuerte... Espera, que tengo uno aquí *planta* —se retiró momentáneamente el micro cubriéndolo con la mano y preguntó:

—¿Qué querías?

No me gustó mucho que me tuteara, pero preferí ignorar su exceso de confianza.

—Le decía que quisiera ver al gerente.

—El señor Martín no está, ¿y para qué lo quieres ver?

—Verá, señorita —dije armándome de paciencia— quisiera dejarle mi currículum.

—Se dice currículum, cu-rrí-cu-lum-vi-te, de todas formas no necesitamos limpiadores ni nada.

Tuve que esforzarme para mantener una sonrisa condescendiente, que la niñata no supo apreciar, antes de decirle:

—En realidad soy médico, ¿y a qué hora volverá el señor Martín?

—No sé, pero déjame el papel a mí y yo se lo doy cuando venga.

Así lo hice sin demasiadas ganas. Al salir pude escuchar a la recepcionista retomando la conversación —... no sé, tía, un negro que dice que es médico y quiere trabajar de limpiador.

Tuve que regresar a casa para buscar otro currículum, esta vez hice varias copias en previsión de sucesos similares al que acababa de tener. Me alegré de haber empezado a hacer deporte, al parecer buscar trabajo exigía estar en buena forma, algo que pude constatar tras varias horas recorriendo la ciudad de clínica en clínica. Fui dejando currículos en cada una de ellas, a recepcionistas, enfermeras, incluso a un celador con acento rumano que parecía estar al frente de la empresa a juzgar por el comentario que hizo después de echarle un vistazo.

—No creo que nos interese.

Por fin, cuando ya me estaba dando por vencido, pude acceder a un despacho. Me recibió el encargado de personal, un tipo bajito con bigote, gafas y frente despejada.

—Veamos...hum... vaya... —treinta segundos de monosílabos y onomatopeyas que desembocaron en un largo suspiro.

Dejó el papel encima de la mesa y se recostó pesadamente sobre su sillón retirándose las gafas para limpiarlas con un pañuelo pulcramente doblado, todo con mucho ceremonial y una parsimonia exasperante, hasta que finalmente se volvió a colocar las gafas, se incorporó ligeramente y dijo:

—¿Esto es todo?

—Pues sí —dije sin entender su pregunta— veinte años en el servicio de proctología, creo que me acreditan como un profesional experimentado.

—Sí, no lo pongo en duda, pero según veo en su currículum no tiene hecha la especialidad, ni cursos, ni seminarios, y no hablemos de algún máster en el extranjero. Por cierto, aquí dice que es usted de Albacete. Pero de Albacete, Albacete —concluyó mirándome de arriba abajo.

Tras diez minutos de charla completamente estéril, salí del despacho con la extraña sensación de haberme pasado los últimos veinte años metido en una cueva. El encargado de personal me dijo que la cosa estaba fatal en la sanidad privada y la poca demanda que había se cubría rápidamente, además, como había mucho paro en el sector sanitario se podían permitir el lujo de contratar por dos duros a médicos jóvenes con varios másteres, con idiomas, conocimientos en informática, incluso con cursos de fontanería y electricidad, por si llegado el caso tenían que hacer labores de mantenimiento. Prometió llamarme si salía algo que se ajustase a mi formación y acto seguido dejó el currículum encima de una mesita auxiliar, sospechosamente cerca de una papelera.

Regresé a casa agotado mental y físicamente, era la hora de comer aunque se me había quitado el hambre. Por primera vez en muchos años era consciente de mi ignorancia, así que me puse delante del ordenador para ponerme al día en todo lo referente a demandas de empleo relacionadas con la sanidad. En la mayoría pedían una especialidad, idiomas, informática, incluso se apuntaba un límite de edad que por supuesto yo superaba con creces. —Clínica Múnich, se busca ginecólogo, imprescindible alemán fluido. Clínica Las Verdes Colinas, se necesita dermatólogo con conocimientos de finlandés. Clínica Agosto, oncólogo con manejo de Java y Excel. Clínica El Desaliento, anestesista entre treinta y cuarenta y cinco años—. Una detrás de otra fui leyendo las diferentes demandas que aparecían en pantalla, ninguna se ajustaba a mis características ni de lejos, al parecer haber estudiado medicina no bastaba para ser médico.

Completamente abatido fui pasando páginas en el ordenador sin que las expectativas de encontrar algo decente mejoraran, al final opté por dejarlo estar, las cosas cambiarían con el tiempo, después de todo la crisis no podía durar mucho y pronto se volverían a precisar médicos sin cualificación para cubrir los puestos que los cualificados rechazaban, porque estos siempre podían aspirar a algo mejor. De las ofertas de empleo pasé a otras páginas que también se relacionaban con mi profesión, al menos tenían algo que ver con la anatomía humana.

Al día siguiente veía las cosas de otra manera. Después de un desayuno equilibrado (decidí tomarme en serio lo del sobrepeso) me senté delante del ordenador con una taza de café humeante y los ánimos bien templados por una dosis adecuada de Lexatin, dispuesto para mandar currículos a todo aquel que estuviera dispuesto a recibirlos. Buscar empleo desde casa era menos cansado y menos humillante. La mayoría de clínicas disponían de página web con su correspondiente apartado para el envío de sugerencias entre las que se debían incluir las de empleo. Así que mandé

una veintena de currículos a otras tantas clínicas de la capital. Esto, que se resume en una simple frase, fue en realidad un trabajo ímprobo que me llevó varias horas realizar, pues era necesario rellenar un formulario absurdamente complejo, adjuntar el currículo, la foto y enviarlo todo. Entonces, cuando creías haberlo conseguido aparecía en la pantalla un mensajito anunciando que una de las casillas no estaba completa o había sido objeto de error, eso obligaba a realizar todo el proceso de nuevo. Si tenía suerte y la conexión a internet no fallaba o iba sospechosamente lenta porque algún vecino me estaba pirateando la *wifi*, entonces y sólo entonces conseguía realizar el envío. Todo ese proceso se culminaba en unos veinte minutos de media para algo que inicialmente calculé me llevaría cinco. Veinte minutos por veinte currículos hacían un total de cuatrocientos minutos, que divididos por sesenta daban la bonita cifra de seis horas y media, con una parada para tomar café, otra para comer, otro café y algún paseo por el pasillo para estirar mi maltrecha espalda, la suma total rondaba las ocho horas. Buscar trabajo se había convertido en un auténtico trabajo. Al terminar me puse el chándal y salí a correr. Tras treinta minutos de una carrera más cansina de lo habitual, decidí volver a mi casa; me duché, me tomé un vaso de leche con galletas y me metí en la cama dispuesto a dormir diez horas seguidas, para conseguirlo necesitaría una dosis no adecuada de Lexatín.

Después de unos días esperando podía hacer un balance descorazonador: de todos los currículos enviados, tan solo dos clínicas se dignaron contestar. Las respuestas fueron negativas, no sé por qué no me sorprendió, redactadas en una jerga amable destinada a mantener la moral alta del rechazado, todo un detalle, aunque su reiteración puede acabar haciendo mella incluso en el más avezado buscador de empleo. Los días se fueron sucediendo sin que hubiese novedades de ningún tipo. Entendí que retomar mi carrera como médico iba a ser complicado, definitivamente me había quedado fuera de juego, tenía que aceptarlo. Barajé la posibilidad de aumentar mi formación, consulté varias academias para hacer algún curso de informática, inglés o chino mandarín, me informé sobre la realización de un máster en proctología, pero su precio era desorbitante y mis dudas sobre su efectividad me hicieron desistir. Empezar a estudiar a los cincuenta me apetecía tanto como someterme a un tacto rectal, así que pasado un tiempo decidí bajar el listón. Empecé a buscar trabajo fuera del sector sanitario, si no podía trabajar en lo mío prefería dedicarme a otra cosa. En una ciudad como Madrid la lista de ofertas era larga, pero si exceptuábamos las ofertas relativas al sector servicios, todas las demás tenían que ver con profesionales cualificados y con acreditada experiencia, sobre todo ingenieros, o bien, para aquellos que habían entregado su vida a las nuevas tecnologías de las que yo era un perfecto desconocedor. Al margen de mis incursiones en internet en busca de inspiración y desahogo, mis conocimientos informáticos eran prácticamente nulos; no sabría distinguir un *megabyte* de una taladradora. Si unos días antes pensaba que encontrar trabajo era difícil, ahora estaba convencido de que era imposible.

Para resumir esta singladura tan descorazonadora diré que, al final y contra todo pronóstico, encontré trabajo. Es cierto que para lograrlo tuve que renunciar a mi profesión; no me costó mucho, la verdad. Renuncié también a mi domicilio y, en resumidas cuentas, a todo lo que había sido mi vida hasta ese momento. Tuve que ajustarme con resignación a la nueva realidad de España y recurrir al autoempleo. Regresé como tantos otros al pueblo, dispuesto a seguir los pasos de mi desaparecido progenitor. Sí, quién me lo iba a decir. Monté una granja de caracoles en el mismo sitio donde antes la montara mi padre, y, si bien, él tuvo que abandonar tan prospero negocio por no poder aguantar las burlas de sus paisanos, en mi caso no hubo tal cosa. Tan sólo una lógica curiosidad por ese vecino negro al que nadie recordaba. De momento todo sigue su curso natural. Y lo de los cuernos, ya veremos.

La caja de cartón.

“Un libro, por caridad”, decía el cartel apoyado sobre la acera.

Pensé que estaba loco, o senil. Quise saber algo más sobre su vida para tratar de establecer una diferencia entre esas dos condiciones, como si eso importase. No pude, pero en el intento aprendí que las cosas no siempre son lo que parecen. Me di cuenta también de que, prácticamente, él y yo éramos la misma cosa.

Se levantaba cada día con las primeras luces. No lo hacía por necesidad, no tenía imperativos horarios ni compromisos que requirieran una asistencia ineludible. Lo único que le esperaba a lo largo de toda la jornada era la lectura de un libro. Una actividad que desarrollaba en una soledad relativa dejando que el fluir de las horas le acompañase. Había dejado a un lado cualquier labor que pudiera desviarle de ese acto íntimo y como era consciente de que en la práctica eso podía resultar imposible, había optado por abandonarlo todo, absolutamente todo. Desde hacía un tiempo que escapaba a su memoria, vivía en un lugar tranquilo, vivía en una caja de cartón.

Esta realidad le había llegado en un momento de la vida en el que solemos fantasear con pequeños lujos, o grandes según los casos, edulcorando el hastío que acompaña los últimos años de nuestra existencia, cuando la jubilación llama a nuestra puerta y tratamos de compensar el deterioro físico inherente a la edad con juguetes para adultos: la autocaravana, el velero, el club de golf... o, simplemente, un sofá con una gran tele delante.

Él, como otros muchos, había soñado con alguno de esos premios después de cumplir con el obligado ciclo de trabajo que nos impone la sociedad, ésa que determina cuándo y cómo debemos adentrarnos definitivamente en la decrepitud, con paso firme y tan temerosos como resignados. En lugar de eso, de lo esperado, se alimentaba con restos de comida rescatados de los cubos de basura, con suerte, de algún bocadillo comprado con las monedas que arroja la conmisericordia, bebía agua de una fuente que le servía además, cuando la hora era prudente, para lavarse y mantener un mínimo de dignidad, y dormía ajeno a todo sobre un banco del parque, en el interior de su confortable caja de cartón.

A pesar de aquel cambio radical, era el mismo de siempre, el mismo inconformista que se conformó y durante años arrastró una vida sin ilusiones y salvo esos sueños de madurez, a los que paradójicamente había renunciado gustoso, nunca tuvo grandes alicientes. Como tantos. Mantuvo un matrimonio anodino, roto desde sus inicios y que, por unas cuestiones o por otras, se prolongó hasta ese mismo momento, puesto que seguía casado. Tuvo hijos que volaron cuando les tocó hacerlo. Mantuvo con ellos una relación aceptable hasta que ésta también dejó de serlo. Por nada y por todo. Casa propia, después de veinte años pagando religiosamente una hipoteca, renegociada y vuelta a renegociar. Un buen coche, también pagado, y una estabilidad que lo permitía todo sin problemas. Era, digámoslo así, un ciudadano modelo de clase media-alta, de esos que consideran un halago que su banquero se refiera a ellos como: *un buen cliente*.

A punto de engrosar las filas del Imsero dijo: basta.

Lo dejó todo, lo material que no le importaba y lo emocional que dejó de importarle. Con lo puesto se marchó, escogió otra ciudad para evitar encuentros incómodos que alterasen el curso natural de las cosas. Convertirse en vagabundo no era tarea fácil, implicaba asumir riesgos considerables que no imaginaba cuando se lanzó a esa suerte de supervivencia compleja e incomprensible. Los camaradas (por llamarlos de alguna forma) que encontró en las calles en una situación similar a la suya, más que compartir competían por un pedazo de infortunio, convirtiéndose a menudo en enemigos feroces dispuestos a todo por dominar un territorio que creían suyo. Unos llegaban allí después de terribles reveses, ruinas materiales o emocionales que les afectaban hasta el punto de destrozar su equilibrio, convirtiéndoles en peleles sin voluntad que, las más de las veces, sucumbían a los designios marcados por el alcohol y las drogas, adentrándose sin remedio en ese profundo pozo de paredes resbaladizas. Puesto que él estaba en la calle por propia voluntad, cuidaba de no cruzarse en el camino de esas personas, no por clasismo o animadversión, tampoco lo hacía por miedo ya que después de meditarlo largamente llegó a la conclusión de que tan sólo podían arrebatarse la vida. Su rechazo era fruto de la apatía, una apatía total y absoluta, que le impedía confraternizar con sus semejantes. Además tenía la seguridad de que no encontraría en ellos afinidades que pudieran compartir, y aunque alguno hubiera, porque son muchos los desheredados de la sociedad y muchos son sus motivos, ni siquiera eso le importaba. Después de una vida dedicada a los demás no deseaba establecer ningún vínculo. Con nadie.

De haber podido se habría marchado a un lugar apartado: una cabaña perdida en la montaña, una ermita en mitad de la nada o una oscura y solitaria cueva; destinos que se le antojaban más acordes con los motivos que le movían. Por desgracia, no estaba capacitado para sobrevivir en un medio que había de ser hostil para alguien que como él, desconocía totalmente los entresijos de la vida campestre. No obstante, sus inquietudes no pasaban por ser las comunes entre eremitas o santones, no tenía razones metafísicas con las que meditar, ni creencias que

permitieran llenar sus días adorando deidades con fervorosas plegarias. Por eso se conformó con un destino más prosaico. Ante todo era pragmático, buscaba la soledad por encima de todo pero necesitaba alimentar el cuerpo y la mente; lo primero lo conseguía fácilmente rehuendo los escrúpulos, lo segundo lo hacía con la lectura y a ésta accedía contraviniendo levemente todo lo expuesto con anterioridad, es decir aceptando algún intercambio dialéctico, procurando que fuese breve y no traspasase lo estrictamente necesario en una transacción de esa naturaleza. Si era tachado de loco por ello, sería porque probablemente lo estaba. La locura no es más que un refugio recurrente al que acudimos cuando todos los demás nos cierran las puertas.

Era por definición un mendigo. Alguien que pide una limosna para satisfacer una necesidad, considerando que las necesidades fisiológicas se podían solventar fácilmente, como pudo comprobar día a día, se centró en las que tenían que ver con la obra impresa. Con un cartel escrito a mano, cuyo enunciado rezaba: "Un libro, por caridad", demandaba aquel hombre atípico su más anhelado sustento.

Dado lo extraño de la petición, puntualmente se veía obligado a aclarar su significado, algo que no dejaba de ser sorprendente porque éste no podía ser más claro. Movidó por ese interés lo aclaraba: pedía un libro, cualquier libro del que tuvieran a bien desprenderse, insistiendo en que no importaba la temática ni el autor, si era prosa o verso, ensayo o ficción. Con los años había aprendido a no ser selectivo, ya lo fue. Ahora leía cualquier texto que cayera en sus manos y de todos sacaba algo, cada vez más.

Así le conocí y, aunque nunca logré el acercamiento que hubiese deseado, pude compartir con él algunos momentos.

A pesar de la extrañeza que causaba entre los transeúntes ver a un pobre, vagabundo y viejo, portando una misiva de esas características, no tardaba en conseguir su objetivo. Unas veces eran personas próximas que sabedores de su constante presencia en esa encrucijada, se acercaban portando algún libro desheredado de los estantes, bien por haber consumido ya lo que contenían sus páginas, bien porque su contenido no les despertaba el más mínimo interés. A veces, eran gentes de paso que por azar llevaban un libro bajo el brazo y, tras unos instantes de lógica duda, lo acababan depositando junto al cartel. No eran pocos los que habituados a verle allí, siempre inmerso en la lectura, se acercaban con un libro recién adquirido en alguna librería cercana y se lo entregaban acuclillados, intentando ponerse así a su altura, quizá movidos por el respeto que otorgan las canas o pensando que, sí, era un loco, pero lleno de erudición. Esperaban pacientes algún leve gesto, una invitación para hacer algún comentario elocuente sobre lo que encerraba el libro regalado, o, simplemente, anunciarle el deseo de que éste fuese de su agrado. Traspasaban de ese modo su labor de meros benefactores para convertirse en cómplices. A veces, contestaba a esos requerimientos con alguna muestra de gratitud, una simple sonrisa que habría de bastar para que el mecenas de turno se diese por satisfecho puesto que eso era todo lo que estaba dispuesto a dar.

La principal premisa que se impuso al vivir así fue renunciar a las posesiones, durante su dilatada existencia pudo comprobar que son ellas, en la mayoría de los casos, las que nos poseen a nosotros. No todos compartían su pensamiento Borgiano, por ese motivo, los mendigos que empujaban carritos de supermercado acumulando posesiones inútiles le parecían una caricatura de lo que antaño habían sido. Y, por ese mismo motivo, retiraba el cartel peticionario cada vez que un libro era depositado junto a él y no lo volvía a colocar hasta no tener la lectura próxima a su conclusión, de esa forma evitaba acumular libros a su alrededor. Lo único que consideraba una posesión era su caja de cartón. Era una buena caja. No resultaba fácil encontrar cajas del tamaño suficiente como para albergar en su interior a una persona de tamaño medio. Las mejores era las utilizadas para embalar frigoríficos. Algunas marcas plastificaban el cartón haciéndolo apto para soportar incluso aguaceros ocasionales. Su consistencia era buena y si pasado el tiempo se estropeaba o desaparecía víctima de los diligentes empleados municipales de limpieza, siempre era posible acudir a una *Gran Superficie* en busca de otra de similares características.

Una buena caja ha de tener grapas que no se oxiden fácilmente, que tengan una buena anchura y estén dispuestas en cantidad suficiente como para asegurar la rigidez del conjunto, si éstas no son lo suficientemente anchas el uso normal (entendiendo por normal el vivir en su interior) daña el cartón hasta romperlo. Esto implica que además de la anchura de las grapas es vital la consistencia del cartón, no todos son iguales. Un buen cartón está formado por sucesivas capas unidas mediante encolado hasta conseguir un grosor adecuado, este grosor se incrementa usando capas de cartón corrugado que le hace ganar en resistencia sin aumentar su peso, algo conveniente cuando se trasporta la caja desde un almacén del extrarradio hasta un céntrico parque. Los cartones plastificados, como ya es sabido, son los mejores para la intemperie aunque la transpiración en esos casos se hace penosa. Una caja ha de comportarse como una segunda piel, debe proteger del frío, del calor, del viento y de la lluvia. Si el tiempo era bueno, abandonaba momentáneamente la seguridad de su caja para disfrutar del cálido sol invernal, dejando que sus rayos le templaran el alma. Era precisamente en esos días soleados, con el gentío inundando los parques, cuando más necesitaba aislarse del mundo. El aislamiento que deseaba no siempre estaba a su alcance, podía ser todo un reto conseguirlo, sobre todo si eran niños los que pululaban a su alrededor y, aunque las madres, temerosas, acostumbraban a prohibir el acercamiento de sus vástagos a los indigentes, los niños escapaban a su celo protector trasladando su algarabía hasta el mismísimo umbral de la caja, en esas ocasiones ni el más audaz novelista de aventuras era capaz de sacarle de esa patulea alborotadora.

En varias ocasiones fue conminado por las autoridades pertinentes para abandonar las calles y acudir a un albergue, en donde supuestamente estaría mejor atendido, máxime tratándose de una persona de edad avanzada. Eran momentos difíciles para él. Si la insistencia era grande y la recomendación se convertía en imposición, se veía obligado a pernoctar

en una de esas instituciones. Al día siguiente se levantaba temprano para buscar un nuevo emplazamiento que despistara a los encargados de preservar las calles de zarrapastrosos como él. Un nuevo parque, o un humilde jardincito, sólo eso necesitaba para seguir con su peculiar existencia.

Con el cambio de ubicación perdía su pista durante algunos días, a veces durante semanas. Pero, con paciencia, siempre acababa encontrándole. Respetaba profundamente su forma de vida, por eso, para no perturbarle, me mantenía en un discreto segundo plano. Mi necesidad por conocer mejor los detalles de su vida, me llevaron a intentar un acercamiento. Lo hice de forma progresiva, como hacemos con un perro apaleado para ganarnos su confianza. Sacaba un libro y, a su lado, lo leía durante el tiempo que me permitiesen mis obligaciones. Así era nuestra relación, una quimera inexistente.

De cuando en cuando desviaba mi mirada buscando la suya, con disimulo. Le observaba mientras leía su última adquisición: La República, El juego de los Abalorios, El Rodaballo, La Nausea... sin decir ni una palabra. Resulta curioso ver cómo cada cual deja el libro que considera fundamental en su vida, para unos una obra filosófica, para otros una novela histórica, acaso un drama romántico. Los libros nos permiten abandonar por unas horas el mundo real, pero a veces, por el contrario, nos hacen ser más conscientes de ese mismo mundo. De alguna forma los libros son el espejo en el que nos miramos, el espejo en el que todos deseamos vernos reflejados. Y así queríamos ser vistos por él, un simple mendigo.

Pasado el tiempo la cantidad de libros leídos fue tan grande, que se vio obligado a confeccionar un listado para evitar repeticiones. Lo situaba junto al cartel para que los viandantes pudieran leerlo. Entonces, si alguien se acercaba con su libro favorito y, tras consultar la lista, comprobaba que su título no estaba incluido, lo depositaba orgulloso por el acierto. Si ese no era el caso y el libro escogido ya formaba parte de los leídos, se retiraba cabizbajo con una sensación agridulce. Dado que el flujo de libros era constante y la lista aumentaba en la misma medida, cada vez eran más los rechazados. Un día para mi sorpresa, fui yo el destinatario de un libro y, sencillamente, lo acepté. Así fue como mi proximidad indujo a los dadivosos a dejar las obras rechazadas en mi sitio, y así empecé a estar en aquel lugar mucho tiempo. Las horas volaban y sin darme cuenta, los días. Las páginas se sucedían a un ritmo vertiginoso, si tenía hambre un libro de cocina me saciaba, si añoraba viajar lo hacía más lejos de lo que nunca pude imaginar a lomos de una guía de viajes, si estaba triste una novela cómica trasformaba mi pena en risa, si me sentía solo buscaba compañía entre los personajes más dispares, siendo uno de ellos, viviendo sus vidas. Sus aventuras, sus amores, sus penas; sus historias las hacía mías, como si hubiesen sido concebidas para tal fin.

Pasaron semanas y después meses y después... no sé, un día desvié la mirada buscando la suya, esperando ver un resquicio de su ser a través de sus ojos vidriosos, esperando una confirmación, esperando la

respuesta que ya conocía. Pero, no vi nada, no recibí nada, había desaparecido; mi inspiración, mi mentor, mi *alter ego* no estaba, tan sólo encontré la caja de cartón, vacía, y a mi lado el cartel escrito a mano: "Un libro, por caridad"

Una historia de perros.

Nací en una capital plagada de monumentos de todas las épocas, de un antiguo imponente, con su calle Real y su Plaza Mayor. Una ciudad hermosa, discreta, una ciudad pequeña, pero ciudad a fin de cuentas. Quizá por eso siempre ansié vivir en un pueblo, rodeado de todos sus atributos, unos atributos únicos que suelen cambiar según sea su carácter: de pescadores si se ubica en una buena costa, pastoril cuando está rodeado de ricos pastos, hortícola en una ribera soleada con sus hileras de chopos enmarcando las fértiles huertas, no sé, hay tantos y tan variados. Yo me decanté por uno diminuto, en la comarca de Ezcaray muy cerca del municipio del mismo nombre, todo inscrito en el idílico valle riojano de Oja. Un otoño, creo que fue en el 87, puse rumbo norte con una idea peregrina en la cabeza: comprar el pueblo.

Conviene aclarar para evitar confusiones que yo no estaba solo en ese *bisnes* y que, además, del pueblo quedaban apenas cuatro ruinas medio escondidas entre la maleza. Sin calles, sin tendidos eléctricos, por no tener ni nombre tenía o quedó relegado al olvido. No quedaba ya, ni visible ni posible de imaginar, ningún atisbo de lo que un día fue un lugar habitado o habitable.

En esos años, los ochenta, era paisaje común ver pueblecitos como aquel dejados a su suerte, una consecuencia derivada del abandono masivo de estos lugares para trasladarse a otros más industrializados llevado a cabo en décadas anteriores. Así los pueblerinos (dicho con todo respeto) pasaron a ser ciudadanos, buscando una vida menos sacrificada aun a costa de hacer no pocos sacrificios. Hubo algunos, entre los que me encontraba yo, que hartos de ciudad empezamos a buscar en lo bucólico una forma de vida más acorde a nuestras inquietudes, un éxodo inverso que nos llevara de vuelta al campo, no era fácil, pero gracias al tesón de los pioneros y al apoyo de algunas instituciones se empezaron a recuperar los pueblos abandonados para devolverles el esplendor perdido. De manera que con más ganas que medios nos juntamos ese otoño un grupo de idealistas en las inmediaciones de Ezcaray para tratar de adquirir un trozo de futuro. Comprar un pueblo puede parecer una misión imposible si no se dispone de una gran fortuna, pero en la práctica era más sencillo de lo que parecía. El terreno sobre el que se asentaba el pueblito pertenecía al municipio de Ezcaray y gracias a una política de recuperación podíamos conseguirlo por una cantidad simbólica siempre y cuando presentáramos un proyecto viable elaborado por un grupo solvente: nosotros.

El grupo era desigual si bien todos teníamos un denominador común que no pasaba desapercibido a los escasos transeúntes con los que tuvimos ocasión de cruzarnos: nuestro aspecto, ése que algunos años después se dio en llamar cariñosamente de *perroflauta*. Es cierto que este apelativo se compone de dos palabras bien distintas: perro y flauta, y que no todos portábamos el instrumento, me consta que la mayoría ni siquiera

sabíamos tocarlo, sin embargo, en lo tocante a los canes todos parecíamos complacidos con su presencia. Sí, todos acudimos a la cita con alguno de estos simpáticos compañeros, unos más grandes, otros más pequeños, unos machos, otras hembras, cachorros y adultos. Una auténtica jauría que originó a los pocos instantes de juntarse una monumental trapatiesta con la que se hacía difícil el entendimiento.

A pesar de estar embarcados en una empresa tan ambiciosa como lo es recuperar un pueblo abandonado, ninguno de los presentes nos conocíamos personalmente. Nos pusimos en contacto a través de una revista dedicada al naturismo, a partir de un anuncio por palabras. Tras ese primer contacto hubo otros, ya por vía telefónica, hasta culminar con esa reunión que nos había llevado a juntarnos en el valle riojano. Éramos ocho en total, cada uno con una procedencia y una peculiaridad, cada uno con su correspondiente chucho.

Es curioso, pero de esa reunión apenas recuerdo nada de lo realmente importante, es decir, del pueblo, de su aspecto, de su ubicación, de sus atributos, esos de los que yo antes hablaba, y menos aún de los trámites siempre engorrosos derivados de su recuperación. Ni siquiera recuerdo bien a los que por unos días fueron mis compañeros de andanzas. De los que sí guardo recuerdo, con una claridad ligeramente enturbiada por el paso del tiempo, es de los miembros perrunos del heterogéneo grupo. El primero del que hablaré era el instigador de todo aquello, el que con su anuncio en la revista nos puso sobre la pista del pueblo. Era un chico algo tímido teniendo en cuenta su papel de promotor. Acudió a la reunión con un perro pequeño y gordo, con un deslucido pelaje de color canela, rabicorto, orejas picudas rematadas con un penacho como las de un lince, feo como un demonio y casi tan viejo como él. El perro, según nos aseguró su dueño, pasaba la veintena de largo, una edad excepcional para un can, un milagro de longevidad que, sin embargo, se había cobrado su tributo. El pequeño animal estaba ciego y sordo, apenas se orientaba guiado por su olfato moviéndose pesadamente debido al sobrepeso. No se separaba ni un milímetro de su dueño al que reconocía supongo que por su olor. Esa circunstancia le obligaba a permanecer enredado entre sus piernas en todo momento, una contrariedad ya que a falta de un sitio mejor celebramos la reunión en la terraza de un bar de carretera, sentados alrededor de una mesa con unos refrescos mediando la charla. Cada vez que uno de nosotros movía los pies bajo la mesa buscando una postura más cómoda, rozaba al chucho involuntariamente, el roce provocaba una violenta reacción en el perro que presa de la confusión lanzaba dentelladas a diestro y siniestro entre aullidos histéricos. Tuvimos que aguantar con estoicismo los furibundos ataques del achacoso can con el resultado de varios mordiscos en las pantorrillas, todo ante la pasividad de su dueño que al estar él exento de las embestidas le dejaba obrar alegando que lo hacía sin mala intención. Por suerte la edad también había hecho mella en su dentadura dejándola escasa y roma, lo que a la postre evitó lesiones de mayor envergadura.

Otro de los miembros del dispar grupo, un italiano de mediana edad, se presentó a bordo de un Citroën Dyane ciertamente destartado. En el

auto destacaba la presencia de un enorme radiocasete ocupando todo el asiento del copiloto, para evitar accidentes relacionados con la inercia y otras leyes de la física, lo mantenía amarrado con una cuerda, el resto del vehículo lo ocupaba un schnauzer gigante, de grandes dimensiones como indica su sobrenombre, y negro, como es preceptivo. Carecía, eso sí, de amputaciones de rabo ni orejas ni corte de pelo característico, algo que hacía difícil su identificación como miembro de esa raza. El perro era formidable aunque pronto demostró ser manso y asustadizo como un cordero, esa condición le llevó a huir en más de una ocasión de un agresivo ratonero, refugiándose bajo nuestra mesa, volcándola de paso y provocando la ira del perro viejo que, cada vez más rabioso, seguía tirando bocados a todo lo que orbitaba a su alrededor.

El ratonero pertenecía a una chica, una rubia de buen ver que disimulaba sus curvas bajo una especie de sari color rojo de buena caída que mostraba la espiritualidad de su portadora al tiempo que ocultaba su fisonomía. Su perro persiguió y mordió sin piedad a cuanto animal se cruzó en su camino, ya fuera perro, vaca, caballo o cabra, por fortuna sus ataques se limitaron a los cuadrúpedos, un hecho que obedecía a su inminente reencarnación en humano, algo que sucedería en breve según nos aseguró la dueña, perfecta conocedora del Samsara perruno.

El cuarto perro congregado era un cruce entre komondor y bobtail, dos razas extraordinariamente lanudas por separado, y que juntas daban como resultado una gran bola de pelo enmarañado. No recuerdo a su dueño o dueña, apenas participó de la reunión, pues a intervalos regulares de unos cuatro o cinco minutos tenía que acudir a socorrer al pobre animal que entre pelea y pelea acababa enredado en la maleza: ora en un zarzal, ora en un seto de aligustres.

Una pareja de restauradores de muebles de Zamora (los únicos que acudieron emparejados y con un niño) tenían, además de oficio y beneficio, un perro labrador de tono claro, grande, pues era adulto y entrado en carnes, como todos los labradores. A pesar de la pasividad inherente a esa raza el perro pareció contagiarse con la algarabía reinante y no paró de ladrar en todo el día, un ladrido hueco y persistente que nos perforaba los tímpanos como si de una trepanación se tratara. Al coro de ladridos se unió el niño, de unos seis años, compitiendo en buena liza con los perros en gruñidos y demostrando ser tan agresivo como ellos, probablemente más.

Un galgo afgano de un tipo delgaducho, un Gos d'Atura de una alfarera de Mataró. Muchos perros, incluido el mío, hembra por más señas, de nombre Mada y hechuras de setter. No hablaré de ella, sería como hablar de mí mismo, pues como es bien sabido los perros acaban pareciéndose a sus dueños o los dueños a sus perros, no recuerdo el orden, lo cierto es que ese mimetismo, esa mutación de ida y vuelta fue la causante de nuestro fracaso. Efectivamente nuestra asociación no llegó a culminar, ese pequeño pueblo no se reconstruyó, sus maltrechas calles no llegaron a empedrarse, sus casas destartaladas mantuvieron la ruina. Nuestro sueño, nuestro empeño renovador, nuestro proyecto de vida nunca vio la

luz debido a un hecho trascendental y a la postre irresoluble: nuestros perros no se soportaban.

La vaca.

Abro la boca y mujo, doy un paso y mis patas delanteras se clavan en el barro como dos estacas de madera, si las moscas me atosigan las espanto con el rabo, un rabo grueso y largo rematado en un pequeño penacho similar a un plumero. Soy una vaca, una vaca de color rojizo, ignoro la raza a la que pertenezco porque hasta hace poco, según creo recordar, yo era un miembro destacado del género homo, de una especie única que ha sobrevivido a los avatares del tiempo: el sapiens. Era por tanto un hombre. Por alguna razón que desconozco ahora soy una vaca, una vaca grande de caderas huesudas, grandes ubres y cornamenta discreta y encima despuntada. Si se trata de una broma, no tiene gracia, ninguna, y eso sin contar que la encuentro absurda pues una transformación coherente se habría producido manteniendo el sexo del transformado, lo más lógico sería por tanto ser toro, no vaca. Al margen de estas consideraciones, pienso que el cambio carece de originalidad. Algo parecido fue descrito hace ya tiempo por un escritor de apellido Kafka que narraba un cambio igualmente ridículo, de hombre a mosca, a mosca u otro insecto, no sé y en el fondo da lo mismo. Lo llamó metamorfosis aun siendo ésta una palabra inexacta para definir ese cambio y lo sería igualmente para definir el mío, es por eso que yo no la uso. La metamorfosis es un proceso biológico por el cual un animal se desarrolla desde su nacimiento hasta su madurez, se producen cambios importantes, cambios estructurales y fisiológicos. Cambios en el tamaño que van acompañados por un significativo aumento celular. Suele darse principalmente en insectos, anfibios, moluscos, crustáceos, celentéreos, equinodermos y tunicados. Dado que Gregorio, protagonista de la historia de Kafka, es animal y mamífero, el uso de este término podría calificarse como mucho de familiar, pero no de científico y como decía antes resulta bastante impreciso. Creo sinceramente que Kafka erró al usar una palabra tan poco apropiada, y no me importa si con su uso el autor buscaba la metáfora, no lo encuentro justificable en ningún caso. Claro que, qué sabré yo, después de todo no soy más que una vaca.

Podría aceptarme tal cual soy, tendría que hacerlo, sería un ejercicio saludable de autoestima. Una percepción evaluativa de mi yo individual, un conjunto de pensamientos, sentimientos y tendencias dirigidas hacia mí mismo, hacia mi manera de ser y de comportarme. Aceptar en suma mi cuerpo y mi carácter. Porque, en definitiva, la autoestima nos afecta y condiciona nuestra manera de actuar frente al mundo y sobre todo nos afecta a la hora de relacionarnos con los demás. Pero, ¿cómo puedo relacionarme con los demás, si los que tengo a mi alrededor son vacas, como yo?, ¿cómo voy a aceptar mi cuerpo si es el de una vaca?, ¿cómo me tengo que comportar?, ¿qué se espera de una vaca? Decidme, porque yo no lo sé. Es difícil, muy difícil aceptarse cuando andas todo el día rumiando, haciendo sonar un cencerro con cada cabeceo, un sonido insufrible que me taladra las sienes, un sonido humillante destinado a tenerme localizado y que agrede directamente a mi libertad. ¿Cómo voy a

aceptarme si mi cuerpo está picado de tábanos y garrapatas y como único alivio he de permitir el trasiego de algún pájaro por mi lomo picoteando esos bichos asquerosos? Y lo más denigrante, andar todo el día con el culo embadurnado con mi propia mierda, rebozado impunemente sin tener la posibilidad de realizar una limpieza digna después de cada deposición, ¿quién puede hablar de autoestima en estas condiciones? No puedo comunicarme con mis semejantes, los hombres me ignoran y me tratan como a un animal y las vacas, aun aceptándome como tal, ¿qué puedo hacer con ellas?, son lerdas y aburridas, sólo piensan en rumiar y su mayor ambición es la de encontrar un buen prado para seguir rumiando. Lo peor llega con el invierno. Cuando llueve he de permanecer por fuerza bajo el aguacero, impertérito, no puedo cobijarme más que bajo algún árbol raquítico. El agua fría me cala hasta los huesos, corre por mi pelaje deslucido y sucio, las gotas resbalan hasta formar regueros que me llegan hasta las ubres, el suelo donde piso es una mezcla nauseabunda de lodo y excremento y yo estoy hundido hasta las rodillas en esa porquería sin poder dar ni un paso. Entonces me quedo quieto, helado, tiritando, abatido y me siento completamente desamparado. En esos momentos envidia incluso a Gregorio, él al menos como insecto podía buscar un lugar calentito donde guarecerse. Es triste ser una vaca, mucho más de lo que imaginaba.

En los días más bajos intento huir de la depresión de la única forma que sé hacerlo. Recorro el alambre de espino que acota los pastizales en busca de un hueco en el vallado por donde colarme (una humillación más) y caminando muy despacio para evitar el sonido atroz de mi cencerro, me acerco hasta el pueblo con una idea clara en la cabeza. Quiero estar cerca de los hombres, añoro su compañía, aunque ellos repudien la mía.

—Ya está otra vez la vaca debajo de la ventana.

—Te dije que no le leyeras libros, y menos a Kafka.

Ulises y el viento.

Un coche de color negro se adentra por un camino de tierra. Es un camino corto que conduce hasta un merendero. El viento fenomenal se lleva la tierra volando junto a hojas, hierbajos y basurillas. Un hombre se baja del coche negro después de aparcar debajo de un árbol en un parquin indicado con un letrero escrito a mano que dice: Parquin del merendero. El hombre del coche negro se acerca al merendero zarandeado por el viento, viste unos vaqueros y un polo oscuro de manga larga. Delgado, con el pelo corto, la barba también muy corta, canoso, de unos cincuenta años, un pequeño zarcillo de oro en la oreja izquierda.

—Un café con leche, por favor —dice el hombre del coche negro.

Sin contestar el hombre del merendero se levanta de una mesa en donde parece arreglar unos papeles y comienza a preparar el café con leche. El viento está desatado.

El hombre del merendero sirve el café con leche y vuelve a sus papeles, es un hombre grande y gordo, con el pelo blanco largo y rizado con grandes entradas en la frente, tiene una barba de chivo sobre la cara redonda y sonrosada, de unos cincuenta años, más o menos la misma

edad que el hombre del coche negro. Lleva una camiseta con manchas que se estira hasta lo imposible para abarcar su inmensa barriga. El hombre del coche negro coge el café y lo tantea apoyando la palma de la mano en el vaso de cristal, está caliente, muy caliente, por su expresión se nota que no le gusta que esté tan caliente. Después de echar el azucarillo y removerlo, busca con la mirada una mesa donde sentarse. El merendero es grande, tiene muchas mesas, todas vacías, es el único cliente. Escoge la más alejada de la barra y tras sentarse saca una *tablet* de un bolso negro de cuero que le cuelga en bandolera. Enciende el dispositivo y empieza a leer una novela. El viento es inclemente. Dos hombres entran en el merendero y entablan una conversación con el hombre del merendero. Llevan ropas de trabajo, parecen gente de campo, pastores o algo así, fuera hay un rebaño de ovejas ramoneando la hierba que crece debajo de los árboles.

—¡Chica levanterá! —dice uno de los hombres.

—Digo —dice el hombre del merendero.

—Pues creo que va a estar así hasta el domingo —dice el primer hombre.

—Hay que ver con el viento éste asqueroso —dice el otro hombre que no había hablado todavía.

—Pues mañana va a estar más fuerte todavía, y ya para el domingo cambia a poniente, lo he visto en el *WindGuru*.

—¿Eso que es del guinguru? —pregunta uno de los hombres.

—Una página de internet, ahí te dicen cómo va a estar el viento —dice el hombre del merendero.

Fuera el viento arrecia, todos los toldos del merendero golpetean insistentemente contra unos hierros puestos para sujetarlos. El hombre del coche negro levanta la vista de su novela, mira los toldos golpeando y después mira a los dos hombres que siguen hablando con el hombre gordo del merendero. Tantea el café con leche, sigue caliente.

—Yo eso de internet, no sé. Sabrán. Pero este levante es lunero y es capaz de estar así todo el mes —dice uno de los hombres.

—Las avispas han hecho los avisperos mirando para el oeste. Este verano va a ser de levante —dice el otro hombre.

Los hombres beben unas cervezas, el hombre del merendero ha guardado los papeles que arreglaba y se levanta para encender la radio. Suena una canción de Supertramp, es raro escuchar en la radio música de ese grupo, ya no se lleva, pero al hombre del coche negro le gusta, es de su época. Fuera las ovejas siguen pastando azotadas por el viento.

El hombre del coche negro sigue leyendo, se ha puesto unas gafas de ver, tienen la montura negra de una pasta gruesa. Pasa las páginas de la novela dejando resbalar el dedo por la pantalla de derecha a izquierda. Alterna la mirada entre la novela, los toldos, los hombres y las ovejas. En la radio suena ahora Lady Gaga.

—Bueno, nosotros nos vamos —dice uno de los hombres.

Después de pagar salen del merendero y se suben a un todoterreno verde que está aparcado al lado de un árbol grande, un chaparro. Una de las ramas del árbol ha crecido en horizontal y cubre parcialmente una de las puertas de entrada al merendero, han colocado un cartel de helados

delante para que la gente lo vea y no se golpee en la cabeza con la rama. El hombre del coche negro mira primero el cartel y luego la rama del árbol.

El hombre del merendero recoge las botellas vacías y limpia la mesa con una bayeta húmeda, está sucia, con manchas, como su camiseta. La cara redonda del hombre brilla bajo una capa de sudor grasiento, su barba blanca de chivo le llega hasta la base del cuello. En la radio habla un famoso locutor que con los años se ha vuelto prepotente.

El hombre del merendero se acerca al hombre del coche negro para recoger el vaso del café con leche vacío. Después de esperar un buen rato se lo ha tomado de dos tragos.

—¿Qué tal la novela? —pregunta.

—La verdad. Una puta mierda —dice el hombre del coche negro.

—Es difícil leer a Joyce con tanto ruido —dice el hombre del merendero y se aleja con el vaso vacío.

El hombre del coche negro baja la vista a la novela, lee una página y la vuelve a levantar.

—¿Cómo sabe que estoy leyendo a Joyce? —pregunta.

—He reconocido un pasaje del Ulises —dice el hombre del merendero.

—Es imposible que lo viera, usted estaba detrás.

—Ya. Lo he visto reflejado en sus gafas, tengo buena vista.

El hombre del coche negro se quita las gafas con un gesto automático, como si esperase encontrar aún el pasaje del Ulises reflejado en ellas:

"Feliz. Más feliz entonces. Un cuartillo agradable era aquél del papel de pared rojo. Dockrell, un chelín y nueve peniques la docena. La noche de baño de Milly. Compraba jabón americano: flor de sauco. Lindo olor el de su agua de baño. Estaba graciosa toda enjabonada."

—¿Cómo puede leer un pasaje reflejado en unas gafas?

—Ah, eso. Es una habilidad que tengo desde chico —dice el hombre del merendero mientras lava el vaso del café con los dedos bajo un grifo.

El hombre del coche negro lee unos minutos más y después apaga la *tablet*, la guarda de nuevo en el bolso de cuero negro y se lo cuelga en bandolera. Se levanta de la silla. El viendo sigue enfurecido. Se acerca a la barra y paga un euro por el café. Sale del merendero y se dirige a su coche. El hombre del merendero recoge el euro y lo guarda en una caja registradora que no estaba cerrada. Mira hacia la calle, algunos papeles vuelan descontrolados después de que el viento los haya arrancado de una papelera. Antes de que el hombre se suba al coche le dice:

—¿Por qué lee el Ulises si no le gusta? —tiene que gritar para ser oído.

—Porque es un libro que hay que leer.

—Ahí tiene usted razón.

El hombre del merendero mira el violento batir de las ramas, los árboles se inclinan, parecen rendirse ante ese ímpetu. Mira, y tras mirar regresa a su rutina en medio de ese escándalo de sonajeras al viento. Se queda limpiando la barra con la bayeta sucia mientras el coche negro se aleja por el camino de tierra levantando una fenomenal polvareda.

La extraña historia del viajero duplicado.

Nunca renuncié al placer del viaje, a su esencia. Un placer que, dependiendo de las circunstancias, puede ser agotador o efímero sin que por ello pierda su carácter enriquecedor. Es por eso que cuando agoté todos los medios posibles tuve que inventar otros que me mantuvieran activo y con la ilusión de viajar intacta. Rescatando viejas formas de percibir el camino. Estando atento a los cambios que en él se producen, a los paisajes y a las personas que se van cruzando en nuestra vida. El último viaje que emprendí fue sin duda el más audaz de todos. Después de haberlo hecho hasta la saciedad por tierra, mar y aire; en tren, barco, avión, bicicleta; en camión, globo, moto, e incluso andando, desgastando suela como hacen los peregrinos; tuve la feliz idea de emprender viaje recuperando un medio de transporte ancestral, uno que llevaba tiempo queriendo sacar de los arrabales de la memoria, que nos une por igual a todos los habitantes de este extenso mundo: el autobús.

Uno de los mayores gozos que encuentra el viajero, al margen del propio viaje, está en la planificación. Escrutar los mapas, trazar itinerarios, contactar con amigos... En esta ocasión prescindí gustoso de todo, pensando que quizá encontraría en la improvisación esa esencia que ya me venía faltando. Y con esas ínfulas me presenté en la estación de autobuses dispuesto a coger el primero que saliese sin importarme su destino, pues sabía que fuese al lugar que fuese, desde allí podría coger otro y luego otro, y otro más hasta completar, caso de proponérmelo, no una, sino varias vueltas al mundo. Así pensamos los viajeros.

La estación estaba ubicada en el centro de la urbe, algo habitual y un aliciente para el viajero ya que le permite deambular por los entresijos de la ciudad que visita apenas desciende del autobús. Ésta, como digo, se hallaba tan céntrica que desde su sala de espera, sentado frente a un ventanal abierto al mundo, se podía ver dibujado el sinuoso perfil de la ciudad. En lo más alto la torre de la catedral, a los lados algunos tejados de edificios ilustres, calles comerciales, jardines... y lo más importante que se puede encontrar en cualquier población, el trasiego de las personas que la habitan.

Compré un billete por un módico precio con la garantía de llevarme lejos, tanto como para considerar ese destino exótico, pues según parece el adjetivo no depende de la peculiaridad sino de la distancia. Iban a ser muchas las horas a bordo y muchas las sensaciones, y por eso mismo empecé a preparar el habitáculo con mañas de viajero experto. Así solemos hacer siempre con los espacios que consideramos nuestros, es decir, dejándolo todo a mano como si a partir de ese momento la reducida parcela asignada fuese poco menos que un hogar. Eso era para mí ese autobús. Igualmente me dispuse a recibir a las personas que ocupaban los asientos contiguos, mis vecinos. Quiso la suerte que el más próximo de todos fuese un viajero como yo. Son cosas que se notan. Era un hombre entrado en años, el pelo cano y las arrugas profundas lo acreditaban. Pero se desenvolvía con las maneras propias de los que aún tienen mucho por vivir. Siempre me ha costado precisar la edad de una persona, pues ésta no siempre se corresponde con los guarismos que aparecen en su partida de nacimiento.

Mi vecino ajustó al instante su espacio, igual que yo había hecho apenas un minuto antes con el mío, y una vez instalado en él me tendió la mano cordial, anunciando de paso su nombre y su condición, como si yo no conociera ambas cosas de antemano.

—Gabriel García Márquez, escritor.

—Pues yo lo mismo—le dije—, pero en mi caso lector —y rematé la frase esgrimiendo un libro.

Vi asomar en su rostro el desconcierto primero y al instante el enojo por lo que parecía una burla a su persona. Antes de que pasara a mayores me apresuré a tenderle mis credenciales en forma de Documento Nacional de Identidad.

—Gabriel García Márquez —leyó en voz baja—, ¡buena broma, carajo! Mientras el autobús arrancaba abandonando su guarida traté de explicar a mi compañero de viaje lo que parecía una casualidad de pasmo, y en parte lo era, por esa coincidencia cósmica, pero no tanto por el nombre en sí, que tenía una razón de ser.

—Mis padres —le conté—, se llaman Juan García y María Márquez, dos nombres tan comunes aquí como lo puedan ser en Colombia. Al nacer yo aprovecharon la combinación resultante y añadieron el nombre de pila del escritor al que tanto admiraban, sin pensar, ni ellos ni nadie, que en algún momento se pudiera producir un encuentro, menos aún en circunstancias tan fortuitas, en un autobús y eligiendo un destino al azar. Ellos pretendían hacerle así un homenaje, aunque para mí —le dije—, ha sido un calvario pues son muchas las chufas que he tenido que aguantar durante años de llevar un nombre que parecía robado. Por suerte o por desgracia —añadí para terminar— hay muchas personas que no saben quién es usted ni lo que hace, y créame que lo digo con pena.

Después de sopesar la veracidad de lo que contaba se agarró el bigote como si ése fuese un buen asidero, mientras tanto, el autobús negociaba ya con el trazado urbano la ruta de salida, dando no pocos bandazos de un lado a otro. Cuando quisimos darnos cuenta rodábamos con suavidad y buen ritmo por una carretera bien asfaltada. El escritor terminó de acoplarse al asiento, retocando aquí y allá los ajustes que le garantizarían el confort durante el viaje. Cuando se supo cómodo sonrió, pude verlo por el rabillo del ojo, y acto seguido se dirigió a mí sin girar la cabeza.

—¿Sabes por qué estoy en este autobús, Gabito?

—Perdone, pero nadie me llama Gabito —le dije sin pretender ser descortés.

—¡Pues a mí sí!, si te has quedado con mi nombre, tendrás que acostumbrarte también al mote —dijo con una severidad que me pareció fingida.

Permanecí unos segundos en silencio y por fin contesté a su pregunta inicial preguntando yo a mi vez

—¿Por qué?

—Los viajes han formado parte de mi vida desde que era un chaval mucho más joven que tú —yo lo era, desde luego, pero ya cuarentón—. Siempre viajé como pude, unas veces por obligación y otras por devoción, y las más de las veces en condiciones de precariedad, en *busetas* de línea que

unían ilusiones tanto o más que pueblos. Eran carros destartados que recorrían cerros de infarto con una sonajera de chapas y cachivaches colgando por todos lados. No eran tan bonitos como estos de ahora, claro, ni tan confortables. Aquéllos eran otros tiempos. Desde hace años mis viajes han perdido el carácter de antaño, un carácter que me sirvió siempre como fuente de inspiración. Pues bien, quiero recuperarlo y no se me ocurre una forma mejor de hacerlo que así, viajando de nuevo en autobús.

Me quedé pensando en lo que me acababa de contar, a punto estuve de decirle que mis motivos eran parecidos, pero me cuidé de hacerlo no fuese a pensar que definitivamente tanta concomitancia fuera mofa. En lugar de eso le conté mi vida, supongo que era lo correcto después de confesarme sus razones y de saber yo su gusto por los relatos. Mi vida tenía sus cosas, nunca me parecieron dignas de mención, pero, ciertamente, yo era un viajero obstinado con muchos viajes a la espalda, y cabía la posibilidad de que alguno pudiera ser de su interés, máxime si como yo pensaba y gracias a la magia de su pluma, podría él convertir mis torpes andanzas en fantásticas epopeyas. Con esa idea le conté de algunos viajes, los que me parecieron más destacables, y también le hablé de las gentes que en ellos había conocido, que fueron muchas y en ocasiones pintorescas. Le hablé de un francés altivo, ya anciano, que fue piloto en una guerra desigual, una de esas guerras olvidadas y tan absurda como otras que no conseguimos olvidar, así me lo contó, con cierto recelo por saberse en el bando equivocado, compartiendo espera para un buen afeitado en una barbería de Estambul. Le hablé de un curandero musulmán de mirada limpia y aura de santo que levitaba sobre el suelo sin aparente esfuerzo, le conocí en un pueblecito de Argelia, en mitad del desierto sahariano, rodeados de dunas de arena blanca y de enfermos que esperaban un milagro. Le hablé de un alpinista polaco, grande y fuerte como un oso y casi igual de peludo, con la nariz enrojecida por el vodka y unos ojillos que se habían vuelto pequeños de tanto guiñarlos en el resplandor de las nieves perpetuas, compartimos asiento y polvareda durante tres días camino del Annapurna, adonde él acudía para escalar la gran montaña y yo por el gusto de sentirme cerca de tanta inmensidad.

Hubo muchos viajes, tantos que yo mismo me sorprendí al narrarlos, algunos de estos viajes los realicé también en autobús, no quedaba otra, pues no había ningún vehículo aparte de éste capaz de llevar pasajeros por lugares tan inhóspitos. Sobre pedregales perennes o atravesando ciénagas, por llanuras desérticas o por escarpados caminos de montaña, en donde hasta las cabras que viajaban atadas entre el equipaje sentían vértigo ante tanto precipicio. Él escuchó con respeto sin intervenir apenas, dejándose llevar con mis historias lo mismo que las carreteras nos llevaban a nuestro destino, fuese el que fuese.

El viaje fue largo, y bien que lo agradecí, pero no pesado, al contrario, nunca me sentí mejor. Tuve la monumental suerte de compartir viaje con personas, con muchas. No importa que mi compañero de asiento fuese casi yo mismo y que por una vez y para la ocasión, obrase yo de emisor

de historias y no de receptor como solía. Las experiencias son siempre de ida y vuelta y ésta lo fue más que ninguna.

Cuando el autobús maniobró para embutirse en su cochera, nosotros ya nos despedíamos con sendos apretones de manos, de esos que hacemos a dos manos y estrujando, como tiene que ser. Al rato nos perdimos cada uno por nuestro lado, por las calles estrechas de esa ciudad a la que el autobús nos había llevado como si cumpliera una promesa. No he vuelto a ver a mi tocayo, pero si algún día me encuentro por casualidad con cierta historia de viajeros expuesta en el escaparate de una librería, puede que el responsable, puede que incluso el protagonista, sea Gabriel García Márquez. Eso seguro.

El viaje.

Para celebrar mi trigésimo aniversario me regalé un viaje a Panamá. En aquellos años viajaba mucho, por negocios y por placer, combinándolos con tal habilidad que a veces no sabía si andaba en lo uno o en lo otro. Había estado en dos ocasiones en el país centroamericano: clima bondadoso, naturaleza insultante y gente afable mezclada de blanco, negro y ocre. Me parecieron buenos argumentos. Suficientes como para repetir.

Mi destino, al igual que el de otros muchos turistas, era el archipiélago de Bocas de Toro. Un enclave paradisíaco situado al noroeste del país, sobre el soñado mar Caribe y su nubosa costa, que no siempre lo estaba y de cuando en cuando regalaba al viajero el azul intenso de su cielo.

Para llegar hasta allí era necesario coger una avioneta desde la capital panameña, pero después de diez horas de vuelo desde España llegué cansado y sin combinaciones para continuar el viaje hacia las Bocas, eso me obligó a permanecer una noche en Ciudad Panamá.

Encontré la capital panameña como siempre, como le gusta mostrarse, grande y populosa; con un parecido cabal al Manhattan neoyorquino, pero más caliente. Un Manhattan tórrido y ligeramente destartado. Una ciudad altiva de hormigón, acero y cristal, que se elevaba hasta el cielo en competencia desleal con las chabolas paupérrimas que se agolpaban sobre los montes circundantes.

Para llegar al centro necesitaría un medio de transporte, opté por el autobús, pero no uno cualquiera. Entre la vorágine del tráfico busqué uno peculiar y casi extinto: un *Diablo rojo*. Tras recorrer la ciudad en sus entrañas dejándome seducir por sus excesos cromáticos en buena compañía, alcancé la zona financiera, en pleno corazón de la capital. Allí me esperaba el hotel. El edificio sobresalía por encima de aquella amalgama de construcciones de la ciudad nueva, rascacielos en su mayoría. No recuerdo su nombre, pues era como otros muchos, moderno y enorme, con un gran vestíbulo abarrotado de turistas procedentes de países tan dispares como sus lenguas, como la mítica Babel. Esa torre bíblica quedaría eclipsada ante la magnitud de ésta.

Ya en la recepción esperé a que se marchara un ruidoso grupo de norteamericanos, con sus corpachones cubiertos por camisas floreadas y sombreros modelo *Panamá* comprados en los mercadillos que crecían a la sombra de los rascacielos. Me acerqué al mostrador para pedir una

habitación, lo hice en español prescindiendo del inglés por parecerme más hermoso el acento que le otorgan los panameños a nuestra lengua y que en el caso de la inglesa no consigo apreciar. La recepcionista, una mujer negra con un cabello liso tan perfecto como antinatural, me pidió el pasaporte, se lo di, tecleó en su ordenador los datos necesarios para confirmar el alojamiento y tras unos minutos de diligencia aderezada con esporádicas sonrisas finalizó el trámite con la entrega de una tarjeta-llave y el deseo de una feliz estancia.

Subí a mi habitación sorteando a los últimos norteamericanos, rezagados en su trájín de arrastrar maletas por los pasillos. Piso treinta, habitación 315. Al entrar en la habitación realicé un ligero escrutinio destinado a valorar la calidad de las instalaciones. No duró más de diez segundos. Una vez finalizada la inspección me senté en la cama para disfrutar de un silencio que había dejado de ser incómodo. Desde el ventanal se podía ver una parte de la ciudad, los rascacielos se fundían con el horizonte selvático, la exuberante vegetación acotaba sin presión a la gran urbe. A lo lejos se apreciaba el brillo plateado de los canales artificiales que desembocaban en grandes lagos, culminando en esas aguas quietas la obra faraónica que cambió para siempre los designios del estrecho país tropical. Miré mi reflejo en el cristal, fijamente, un reflejo cada vez más perfilado y nítido a medida que la noche avanzaba apoderándose del cielo, transformando el ventanal en un enorme espejo.

Al día siguiente volaba en una avioneta hacia el pequeño archipiélago de Bocas de Toro. Las turbulencias movían el aparato a su antojo, como una bolsa de plástico en un callejón sin salida, ante el estupor de los pasajeros y en contraste con la indiferencia del piloto, un mulato serio parapetado tras unas gafas de sol y una gorra de los Lakers. Después de unos interminables minutos, que el nerviosismo se encargó de alargar, llegamos a nuestro destino. El vuelo terminó con un aterrizaje brusco seguido de una espontánea algarabía que nadie pudo reprimir, liberando de golpe toda la tensión acumulada. Al bajar de la avioneta un calor húmedo me sacudió como una bofetada en plena cara, la diferencia con el aire acondicionado del avión hizo que en cuestión de segundos el sudor aflorara por todos mis poros empapando la liviana ropa de algodón: bermudas, camiseta de tirantes y por todo calzado unas chanclas de surfero. Mis anteriores visitas me acreditaban como experto en vestimenta tropical. Todo lo contrario sucedía con el resto de pasajeros, que se ahogaban en su propia sudoración embutidos en pesados uniformes de explorador: pantalones largos de tejido recio estampado de camuflaje, camisas a juego y chalecos llenos de bolsillos para meter quién sabe qué; el conjunto lo completaban unas botas altas de cuero, aptas para aguerridas incursiones por la selva, más exótica en esa parte del país que peligrosa.

De camino al hotel mi cuerpo se fue adaptando, la sombra de las palmeras y la brisa del mar mitigaron en gran medida el calor húmedo del Trópico, hasta dejarme en la piel una agradable sensación.

El hotel estaba situado junto al mar, como todos allí. A caballo entre la arquitectura tradicional de los indios autóctonos y el estilo colonial que los norteamericanos impusieron durante los años que controlaron el país. Construido con maderas rojas robadas al bosque, techos de chapa acanalada pintada de verde y azul que retumbaba como piel de tambor al son de los aguaceros vespertinos. Plataformas de madera ennegrecida por el clima, elevadas sobre postes para que los turistas pudieran pasear amparados de las mareas, para observar desde esa posición privilegiada los escarceos de decenas de cangrejos pintados de colores imposibles, asomaban con timidez desde profundas galerías excavadas en el limo viscoso del manglar. Un hotel confortable plagado de rincones únicos, como regalos para la vista. Un hotel tranquilo, sin las aglomeraciones de otros destinos menos elitistas.

Después de instalarme debidamente, lo que implicaba ducharse con agua tibia y cambiar la ropa sudada por otra idéntica, pero seca, bajé a dar un paseo por la playa medio inundada por la marea.

Caminaba con el agua a la altura de las espinillas, disfrutando con ese paisaje conocido, obligado a realizar un ligero esfuerzo para mover las tibias aguas. Con cada paso se desencadenaba un revuelo de pececillos, se movían alrededor de mis pies entre asustadizos y curiosos. Eran las cinco y media de la tarde y el sol estaba ya muy bajo en el horizonte plagado de nubes rojas. Los pelícanos volaban paralelos a la playa, siguiendo las olas en perfecta formación en busca de peces confiados que atrapaban realizando espectaculares picados.

Mirando el arrebol absorto sin prestar atención a nada más, con mis pensamientos asomando a través de una leve sonrisa, no me fijé en el hombre que caminaba hacia mí con paso firme, cuando estuvo a mi altura sacó un arma y dijo algo que no pude entender, quise preguntar, pero el miedo me lo impidió, entonces me gritó y su grito desapareció engullido por el estruendo, por el ruido brutal del disparó que me propinó a bocajarro en la rodilla derecha.

El dolor fue tan intenso que todo se nubló a mí alrededor. Perdí el conocimiento entre imágenes confusas que pasaban ante mis ojos, como los fotogramas de una película antigua.

Cuando desperté estaba en un pequeño hospital del archipiélago, sumido aún en el abotagamiento de los calmantes, con algo de esfuerzo pude recordar vagamente lo que había pasado. Una figura borrosa, supuse que un médico, me explicó que había estado cerca de morir desangrado, ya que el agua caliente del Caribe favorecía el libre fluir de la sangre. Me dijo, y yo asentí con la mirada incapaz de pronunciar ni un monosílabo, que, por fortuna, un turista escuchó el disparo y avisó al personal del hotel; para cuando llegaron los alarmados empleados la sangre teñía de rojo toda el agua a mí alrededor, cinco minutos más y todo habría acabado.

La gravedad en la rodilla era grande y los médicos decidieron con buen criterio trasladarme a Ciudad Panamá, en busca de facultativos más preparados con instalaciones adecuadas para tratar una herida tan fea. El

viaje en esa ocasión no tuvo turbulencias, la morfina dejó la avioneta sumida en la suavidad de una balsa de aceite.

Al llegar al otro hospital la Policía me estaba esperando siguiendo el protocolo. Me hicieron muchas preguntas que no supe responder, relacionadas con el narcotráfico y con redes de una delincuencia cuya asociación, en ese momento, me parecieron ridículas. Eran dos agentes, jóvenes y de paisano. Cuando descartaron los ajustes de cuentas, los escarmientos y las venganzas, fuesen del tipo que fuesen, se centraron en lo más plausible: un simple atraco. En aquella parte del mundo la vida caminaba de la mano con la muerte y, si bien, no era lo normal, incluso las zonas turísticas más aisladas podían sufrir esa terrible lacra. Un reloj fue el botín que se llevó mi agresor, no llevaba nada más encima: un puto reloj.

Al día siguiente entré en el quirófano para someterme a una de las muchas operaciones que me realizaron en un intento vano por salvar la articulación. Durante las semanas que siguieron a ese desdichado incidente permanecí en el hospital panameño. Descarté viajar a España. Por alguna razón que me costaba entender, prefería quedarme allí, lejos de mi entorno, escondiéndome de la realidad para, de esa forma, no tener que enfrentarme a ella. En cualquier caso, los cuidados que recibí fueron suficientes y me consta que en ninguna parte habrían logrado dejar la rodilla como estaba antes del disparo. Después de maldecir y lamentarme largamente decidí atribuirlo al azar o al destino o a los hados, a cualquier cosa que me resultara intrascendente: la casualidad, la intervención divina, el karma o simplemente un capricho más en mi atribulada existencia.

Cuando la gravedad de la rodilla quedó estabilizada y el reposo entre operaciones se volvió rutina, el tiempo comenzó su discurrir lento. Aguantaba con estoicismo el ir y venir de los compañeros de habitación y el bullicio de sus respectivas visitas. Yo por mi parte no recibí ninguna, nadie se desplazó desde España, era algo que no me preocupaba, de hecho lo prefería. Mis padres eran ya muy mayores y mi reiterada negativa a que viajaran hasta Panamá les hizo desistir; no tenía hermanos, ningún amigo lo era tanto como para tomarse semejante molestia y de las mujeres que pasaron por mi vida no quedó más que el recuerdo. Traté de convencer a mis cuidadores de las ventajas de vivir así, pero en un país caliente como ése no son argumentos que valgan. Al cumplir un mes de hospitalización me habían realizado varias operaciones. Recomponer la rodilla se convirtió en un complicado juego para los traumatólogos que fabricaban, encajaban, soldaban y montaban piezas para devolver la movilidad a la articulación. Mi médico se llamaba Orlando, un venezolano formado en la Cuba de Castro que rezumaba simpatía por todos los poros de su tostada piel.

—Tiene que cuidarse, *pana*. Yo, ya le compuse lo que pude, pero ahora necesita comer para que crezca lo que no alcancé a arreglar.

Ciertamente mi aspecto no invitaba al optimismo, había perdido más de diez kilos, estaba demacrado y de mi cuerpo de buen vividor no quedaba más que el pellejo. Recuperé el apetito y con él el equilibrio necesario

para no zozobrar. La buena comida puso de nuevo el lustre en mis mejillas. Proteínas, hidratos, grasas y azúcares, energía para afrontar la lenta recuperación.

La rehabilitación suponía un suplicio que me enervaba, hasta que pasado el tiempo empecé a realizar una acción parecida al andar. Una vez conseguidas importantes mejoras en el cuerpo, Orlando intentó lo propio con el alma. Para rellenar las muchas horas del día me recomendó algunas lecturas, al principio fui reacio, carecía del hábito, pero su insistencia y su buen criterio de selección hicieron que lo tomara, aunque fuera de prestado. Pronto lo hice mío y las horas empezaron a acortarse como por arte de magia.

Leer me devolvió la cordura en esos momentos difíciles, tumbado en mi cama, empecé a devorar libros sin parar. Leía libros de todo tipo, desde autores españoles, como Delibes o Galdós, que sólo conocía de lecturas obligadas en la etapa escolar y que redescubrí con agrado, hasta los escritores panameños más renombrados, como Manuela Alemán o Berna Burrell, de los que nunca había oído hablar y que me conquistaron con la calidez de su prosa. Todo lo que pasaba por mis manos era engullido con el ansia del que convalece. Comer, leer, convalecer. Seguir adelante.

El tiempo: ése que acostumbra a curarlo todo, ése que asegura con presunción la reparación absoluta, falló en mi caso estrepitosamente. No consiguió dejar la rodilla como estaba antes del incidente. Pero eso ya se sabía. Volví a España tras unos meses de ausencia, para retomar una vida que ya no reconocía como mía. No he vuelto a ver a Orlando ni a ninguna de las personas que durante ese tiempo me ayudaron, y bien que lo lamento. De aquel viaje me traje algunos buenos recuerdos, y una cojera, y un dolor terco. Quedará en mí como una reminiscencia, como un grotesco *souvenir* que certifica el paso por un país exótico, por un destino soñado que igual no acabó siendo lo que debía ser. Ya está hecho. Soy el cojo, el tullido, el incapacitado, el mismo que un día no lo fue, que fue de otra manera.

Ahora leo, leo mucho más que antes, pero eso es todo, no hay otra lectura.

Fenómenos extraños.

Un amigo me dijo una vez que el amor mata. Más tarde y por razones que no vienen al caso, dejó de ser mi amigo. Después se mató. Se cortó las venas. Antes se introdujo en una bañera con agua caliente (para favorecer el libre fluir de la sangre) y antes de eso se atiborró de aspirinas (para evitar que la sangre se coagulara). Todo el proceso tuvo como consecuencia un desangrado lento pero imparable. Por si esto no fuese suficiente, y según reveló la autopsia, se tomó un frasco entero de Orfidales. Sin duda quería morir. Era un suicida en potencia; no, en potencia no, era un suicida en el más amplio sentido de la palabra. A pesar de todo, su muerte me pilló desprevenido y aunque ya no era mi amigo, lo sentí profundamente. Yo seguía apreciándolo.

Mi antiguo amigo dejó este mundo de una manera precipitada, parecía tener prisa por abandonarlo, tanto, que no prestó atención a algunos detalles importantes en los que, sin yo quererlo, me vi involucrado.

Tras el suicidio se armó un pequeño revuelo. Casi siempre es así. La sociedad suele aceptar mal este tipo de fallecimientos. Si buscamos los motivos de nuestra aversión hacia los que transgreden el normal devenir de las cosas (se entiende por normal el morir por causas ajenas a nuestras voluntades), nos encontraremos con una sistemática manipulación llevada a cabo por los poderes fácticos, principalmente la Iglesia Católica, que ve con malos ojos el que cada uno pueda disponer a su antojo de su bien más preciado (pensé que quizá el libre albedrío pudiera justificarlo, pero por lo visto no), y así nos lo ha hecho saber siempre, amenazando incluso con una eternidad en el averno caso de ignorar sus advertencias. No ocurre así en otras culturas, en las que el suicidio se contempla como un final dignísimo cuando la vida ha perdido su sentido y al suicida se le venera con honor. Me gustan esas culturas, en realidad me gusta cualquier cultura que lo sea de verdad.

Al margen de valoraciones personales, mi amigo buscó con ese acto íntimo y tajante una salida a su situación. Y por paradójico que pueda parecer, yo era el único que sabía cuál era esa situación, sí, el único. Algo sorprendente pues como ya he mencionado no éramos amigos. No sé si fue por eso o por lo contrario, pero un buen día volvimos a vernos. Edmundo, ese era su nombre cuando estaba vivo, se me apareció sin previo aviso una tarde soleada en la que paseaba por la playa. La suave brisa traía el olor del mar y refrescaba la piel evitando que el sudor resbalara por ella. Edmundo se situó a mi lado para compartir el paseo. No lo reconocí pues para asegurarse mi atención se materializó con el cuerpo despampanante de una rubia platino. Al principio no pillé la broma, si es que era eso. Después de un par de minutos de trivialidades en los que, razonablemente, pensé que había ligado, Edmundo me confesó quién era y el motivo de su aparición. Dijo estar bastante enfadado y dado que era un muerto, por más que en ese momento tuviera un aspecto excelente, me asusté. ¿Qué es lo que quieres?, pregunté, y él me dijo que hablar. ¿Hablar de qué?, insistí. De lo que ha pasado. Seguimos andando por la orilla del mar con una temperatura muy agradable, nada que ver con el frío glacial que suele anunciar a los que ostentan vínculos con el más allá. Tras una pausa siguió. He venido para que me devuelvas la carta, la necesito para aclarar algunas cuestiones. ¿La carta?, pregunté yo algo sorprendido ¿Qué carta? La que te has llevado, contestó. Como no entendía muy bien a qué se refería tuve que volver a preguntar: ¿Cuándo? No te hagas el gracioso, la carta que estaba sobre mi mesa, la nota de suicidio. Sé que la has cogido tú esta mañana. Mi sorpresa iba en aumento. Mi amigo me visitaba después de muerto, con el aspecto de una hermosa mujer, en la playa, paseando, y me reclamaba su nota de suicidio. Debo aclarar que era cierto que yo cogí esa nota, aunque no fue un acto deliberado como se verá más tarde. Todo tiene una explicación. Pero que él lo supiera me dejó perplejo. Supongo que los muertos pueden saber cosas que para los vivos es complicado, es posible que las vean cuando flotan ingravidos por las alturas, ¿cómo saberlo? Al plantearme esta pregunta en tono resignado me vino a la cabeza otra, la misma en realidad, pero variando el tono: ¿Cómo saberlo?, pues preguntando. Así

que pregunté: ¿Cómo sabes que la cogí yo?, tú no estabas allí. Una sonrisa extraña iluminó su rostro, luego dijo algo que incluso viniendo de un muerto sonó prepotente: Yo lo sé todo. Sí, me lo imagino, le dije por no discutir, pero no entiendo para qué quieres la carta ahora, te suicidaste hace más de un año. Su sonrisa se borró de golpe, sufrió algunos cambios en su fisonomía, de rubia pasó a morena y de tener un buen pecho a ser más bien plana, su altura también varió unos centímetros; por suerte, la playa estaba bastante tranquila a esa hora y nadie se percató de los cambios. Cuando por fin se estabilizó, volvió a preguntar: Eso no puede ser, yo me suicidé esta mañana. Y para ratificar esa afirmación me mostró sus muñecas laceradas. No pretendo contradecirte, Edmundo, le dije, pero te aseguro que fue el agosto pasado, si no me crees lo puedes comprobar fácilmente mirando los obituarios. Ahora vuelvo, me dijo, y desapareció ante mis ojos con la misma presteza con la que había aparecido. Tras ese desconcertante encuentro, analicé todo lo ocurrido. No salía de mi asombro. La visita de Edmundo adoptando la forma de una hermosa mujer, parecía obedecer más a alguna carencia afectiva que los terapeutas no me habían sabido diagnosticar, que a un fenómeno paranormal. A medida que el susto se me iba pasando, y puesto que no tuve nuevas noticias del difunto, fui recuperando el sosiego y con él la certeza de que aquello no había pasado en realidad. Atribuí ese encuentro a una alucinación, quizá provocada por una bajada de azúcar o algo por el estilo ¿Quién sabe? Seguí con mi vida, y como contarla me parece fuera de lugar, callo. Pasó un año desde aquella hipotética aparición, en ese tiempo no volvió a suceder nada relevante, pura rutina. Ya había olvidado por completo el *poltergeist* cuando Edmundo se me volvió a aparecer. Esta vez lo hizo con su verdadero aspecto, algo deteriorado por el tiempo transcurrido desde el deceso y la consiguiente putrefacción. El sobresalto en esta ocasión fue mayúsculo. ¡Joder, Edmundo, tienes que dejar de hacer esto! Él obvió mi queja inicial y dijo: tenías razón, me suicidé hace un año, y no esta mañana como yo pensaba, y, la verdad, eso explica algunas cosas. No quisiera enojarte, sobre todo ahora que tu pinta deja mucho que desear, pero ya no es un año, sino dos. El rostro de Edmundo era un poema. Tras unos instantes en los que parecía reflexionar dijo: Bueno, eso da igual, los periodos no se rigen igual estando muerto que vivo, aquí (por *aquí* se refería al más allá) el tiempo transcurre de otra manera. Es algo que tiene que ver con las diferentes dimensiones, la relación espacio-tiempo y las leyes de la física, no sé, yo nunca he prestado mucha atención a estos asuntos. Lo que para mí son minutos para vosotros, los vivos, son semanas o meses. Siendo así, se va a complicar mucho nuestra relación, le dije. Lo sé, contestó él, pero eso no cambia el motivo de mi presencia aquí (esta vez *aquí* era aquí). ¡La carta!, me apremió. Ah, sí, la carta, contesté cabizbajo. Lo cierto es que ya no la tengo, como comprenderás ha pasado mucho tiempo y no encontré motivos para conservarla. En cualquier caso y según creo recordar, en la carta no había nada que pudiera ser relevante a estas alturas. Edmundo parecía dudar, a pesar de su carne amarillenta y reseca y de sus ojos a punto de caer de las orbitas, su imagen no era la de un espectro sediento

de venganza. En la nota, continuó con esa voz gutural que utilizan los muertos para hablar, dejaba bien claro que me mataba por culpa de un amor no correspondido y no por la mala marcha de mis negocios como dijeron algunos. Yo asentía según iba recordando lo escrito en aquella misiva. También expresaba mi deseo de dejar mis bienes a esa mujer, pues a pesar de ser la causa de mi zozobra, esperaba que, de esa forma, comprendiera cuánto la amaba y, sí, también que se sintiera culpable. Ya sé que es miserable, pero en esos momentos uno no anda muy fino. Quise expresar mi opinión al respecto, pero me cuidé de hacerlo. Por tu culpa no pudieron ver la nota y ahora esa mujer yace en los brazos de otro hombre y por mi casa se pasea el imbécil de mi hermano. Así era, en efecto. Al cabo de unos meses la mujer de la nota se casó con un Guardia Civil y la casa de Edmundo fue heredada por su familiar más directo, un hermano con el que apenas se trataba. Créeme que lo siento, Edmundo, no era mi intención alterar tus últimas voluntades. Pero, a estas alturas, ¿de qué sirve recuperar la nota?, dudo mucho que esa mujer vaya a cambiar su vida y a tu hermano no lo sacas de la casa ni con agua caliente. Han pasado ya dos años, tendrás que aceptar tu destino, sea el que sea. ¡No tendría que aceptar nada si tú no te hubieses metido a fisgar!, me soltó iracundo y al hacerlo su ya deteriorado aspecto empeoró aún más, los dientes aparecían afilados como los de una bestia y de sus ojos y orejas brotaban llamas y serpientes venenosas. Yo retrocedí asustado, como es lógico. Edmundo se percató de mi temor y cambió de nuevo al tiempo que se disculpaba (Edmundo era buena persona, incluso muerto seguía siéndolo): perdona, no controlo mucho estos cambios. Luego añadió más tranquilo: Supongo que tienes razón, de nada sirve lamentarse. Lo que no entiendo es por qué te llevaste la nota, si no recuerdo mal tú y yo ya no éramos amigos. Lo sé, Edmundo, lo sé, y bien que lo he sentido siempre. Como ya te he dicho, no lo hice por fastidiar. Ese día fui a tu casa para recuperar mi cafetera, yo no tenía ni idea de tus intenciones. (Se hace obligado un inciso para aclarar algunas cosas. Puesto que Edmundo, como ser omnipresente, parece conocer los hechos, mi aclaración va dirigida al lector para que sepa lo que pasó y pueda así sacar sus propias conclusiones)

(Aclaración: Edmundo y yo fuimos socios en un pequeño negocio. No abundaré en los detalles del mismo, por ser éstos irrelevantes al caso y porque el negocio en sí no prosperó, tan sólo añadiré que fue precisamente esa sociedad la que, a la postre, acabó con nuestra amistad. Son cosas que pasan. Trabajábamos en su casa por ser ésta más amplia y luminosa. Dado que yo era muy cafetero y él no, compré una Melitta para satisfacer mi adicción a la cafeína. Al romper la sociedad, perdí su amistad y ya no pude recuperarla, pero sí quise al menos recuperar mi cafetera. Por eso fui a su casa. Al entrar (aún conservaba la llave) vi la nota sobre la mesa y casi sin querer empecé a leerla, la curiosidad a veces tiene esos desatinos. No llevaba ni un renglón, cuando, desde el otro lado del pasillo, me llegó el inconfundible sonido de una cerradura que gira, el pestillo de la puerta y por último el chirrido de los goznes, era Edmundo. Temía su reacción al verme allí, así que salí por una ventana (estaba en la planta

baja). Dos días más tarde, y por terceras personas, me llegó la noticia de su muerte y recordando mi precipitada huida recordé también lo de la nota. La encontré hecha un rebusco en un bolsillo de mi pantalón, la debí guardar sin darme cuenta al verme sorprendido. Después de estirla convenientemente la leí en su totalidad, cuál no sería mi sorpresa al ver reflejadas allí sus intenciones junto a sus intimidades, las cuales omito. Esa lectura me hizo sentir mal, incluso me culpé pensando que quizá pude evitar el suicidio. Con el tiempo lo fui olvidando, como se olvida todo). Al final tiré tu carta a la papelera, lo último que me podía imaginar es que ibas a venir a reclamarla. Supongo que te haces cargo, le dije. Edmundo se quedó callado. Un mutismo el suyo desconcertante. Es difícil imaginar lo que pasa por la cabeza de un muerto. Como su silencio empezaba a ser francamente incómodo, aunque no amenazante, aproveché para satisfacer mi curiosidad. Permíteme una pregunta, amigo (me concedí la licencia de llamarle así. Al no hallar en él animadversión me pareció adecuado recuperar ese estatus de antaño): si ya tenías preparada sobre la mesa la nota de suicidio es porque éste era inminente ¿para qué saliste entonces de casa? Muy sencillo, contestó él, lo tenía todo dispuesto: la bañera con el agua caliente y un cuchillo de tamaño medio con la hoja bien afilada, pero en el último momento me faltó el valor, ya sabes, los nervios, así que salí a la farmacia para buscar unos Orfidales. Entiendo, le dije, me imagino lo duro que debe ser matarse. Edmundo asintió, era evidente que ese recuerdo le afectaba, después de todo y según su particular forma de medir el tiempo, lo tenía muy reciente. Una vez recuperado de la primera impresión, (tenía que reconocer que resultaba fascinante poder hablar cara a cara con un espíritu), y puesto que seguía encontrando una buena disposición por su parte, decidí continuar dando un giro a la conversación, ¿quién sabe cuándo tendría otra oportunidad como aquélla? Disculpa mi indiscreción, pero, ¿qué tal es eso de estar en el otro mundo? Pues al margen de los desajustes temporales, no hay mucha diferencia con éste. Pero, entonces, ¿existen el cielo y el infierno? Eso dicen, yo no lo sé. ¿Y dios?, ¿y el demonio? Pues, qué quieres que te diga, yo no he visto a ninguno de los dos. Básicamente, si eres bueno vas al cielo y si eres malo al infierno. Otros afirman que todo eso es una patraña y que ninguna de las dos cosas existe. Pero ¿qué diferencia hay entonces con lo que tenemos aquí? Le dije. Pues casi ninguna, ya te digo. La única diferencia que he notado es en lo personal. Por ejemplo, yo ahora soy camarero y, además, gay. Joder, Edmundo, con lo que tú has sido con las mujeres. Para que veas. En cualquier caso, no me puedo quejar, tengo un novio que me quiere, ya no sufro depresiones y aunque en este mundo carezco de los estudios que antes tenía, me gano bien la vida. Los sueldos son buenos, hay poco paro y apenas llueve. Aquellas confesiones me dejaron atónito, aquel mundo paralelo parecía un chollo comparado con éste; daban ganas de matarse. Aun así, seguía teniendo dudas. Si todo te va tan bien, ¿para qué volver aquí?, las cosas van de mal en peor y, además, ya sabes lo mal vistos que están los fantasmas por esta dimensión. Lo sé, a pesar de todo, tenía una comezón que no me dejaba vivir, si me permites el comentario, no pretendo ser irónico. Los vínculos que nos

unen a nuestras vidas anteriores son muy fuertes y no es fácil deshacerse de ellos. Entonces, todo eso de la reencarnación, es cierto. Sí, claro que lo es, pero salvo algún personaje ilustre que pueda vanagloriarse de su pasado: Napoleón, Einstein, Cervantes..., lo normal es no echarle mucha cuenta. La mayoría de las personas que conozco han tenido vidas anteriores sosas y aburridas y rara vez se acuerdan de ellas. Sin embargo, cuando uno se mata voluntariamente es distinto, eso no se olvida, y puesto que yo no pude justificar mi acto al llevarte tú la nota, necesitaba volver para aclarar el entuerto. Si no, ¿qué sentido tiene matarse? Pensé que no se buscaba un sentido, que era pura desesperación, le dije. Bueno, al principio sí, pero luego, a toro pasado, no se está tan seguro. Hay mucha confusión con todo esto del suicidio. Pero una cosa está clara: de todos los motivos existentes para quitarse la vida, el más recurrente es el que tiene que ver con Cupido. El amor mata, sentenció.

Su reflexión sobre la letalidad del amor me sorprendió, no por ser nueva, no lo era, pues ya me la hizo llegar en vida y con ella he comenzado este relato. La sorpresa tenía que ver precisamente con eso, con el hecho de no haber apreciado con anterioridad la certidumbre aforística de la frase. La suya, como se ha visto, no fue una reflexión sino una constatación. Y ha sido necesaria la intervención directa del difunto para comprenderlo. No es habitual oír hablar a un muerto de sentimientos tan epicúreos, puede que sí de otros como la venganza, la ira o la desolación, que son cosas que se sienten y por tanto sentimientos, pero no de amor. Éste, siempre lo creí patrimonio exclusivo de los vivos, ahora descubro que no. Parece que a todos nos ha tocado sentirlo con intensidad (desde este momento incluyo también a los muertos) y a pesar de comportarse fiel al principio de dualidad absoluta, es decir, ser bueno y malo al mismo tiempo, al final, siempre acabamos refiriéndonos al amor únicamente por sus consecuencias negativas. ¡Qué paradoja! Como si la parte de las mariposas en el estómago careciese de importancia. El amor mata. Es posible que lo haga, sí, al menos en sentido metafórico, pero para mi amigo esa vez fue literal, literalmente fue mortal y ya no hubo nuevas oportunidades. O quizá sí, a juzgar por sus revelaciones de ultratumba. Sólo cuando nos es esquivo somos conscientes de su maltrato y en algunos casos, ni siquiera. Yo también reflexionaba a veces sobre los mismos temas. Sólo a veces. Creo que dejaré de hacerlo, demasiado confuso, más ahora que sé lo que sé. Ha pasado mucho tiempo y no he vuelto a ver a Edmundo, lo más probable es que esté disfrutando de su nueva vida (o muerte o lo que sea) en el otro mundo y haya perdido el interés por éste nuestro tan impreciso.

El triturador de basuras.

Ser joven tiene sus ventajas, es algo que solemos constatar cuando dejamos de serlo, ahora lo sé. También tiene sus inconvenientes, casi siempre relacionados con la lógica falta de experiencia. Todos hemos oído más de una vez en boca de los que ya calzan una edad: "yo volvería a ser joven, pero sabiendo lo que sé ahora". Normalmente los que dicen estas cosas no saben mucho de nada. Lo que contaré a continuación me pasó siendo más joven y no tiene nada que ver con estas reflexiones pues por

unos días me convertí en *el triturador de basuras*, algo que tenía sus ventajas y sus inconvenientes.

Estaba realizando un viaje, un viaje largo, sin rumbo fijo, sin una preparación previa, dejando en manos del destino, precisamente eso, mi destino. Como viajaba en bicicleta y solo, y no dependía de nada ni de nadie, me podía permitir el lujo de cambiar de ruta tantas veces como se me antojase, y así lo hice una tarde que andaba varado por Pamplona, ciudad a la que llegué arrastrado por la corriente. Sentado en un céntrico parque mientras devoraba un bocadillo (la bici da mucha hambre), inicié una conversación con mi vecino de banco. Era joven como yo y por sus trazas adiviné que también viajero, mochilero para ser exactos. La charla se desarrolló en francés ya que mi interlocutor era griego y ni yo conocía su idioma ni él el mío. Una vez encontrada una lengua que nos permitiese el entendimiento se inició un intercambio de impresiones: qué día tan bueno, qué bonita ciudad, qué mochila tan grande, qué bici tan chula... En cuanto acabamos con las trivialidades la charla cambió de rumbo. Mi nuevo amigo me contó que era prófugo del ejército de su país y deambulaba por Europa sin saber muy bien qué hacer, lo que sí sabía era que de volver a Grecia acabaría en la cárcel. Como no tenía mucho dinero se dedicaba a visitar comunas, allí trabajaba a cambio de alojamiento y comida y cuando su estancia empezaba a ser incómoda, bien por prolongada, bien por el motivo que fuese; entonces cogía su mochila y ponía rumbo a la siguiente. Así llevaba un año y mientras no agotase la fórmula, su intención era seguir el tiempo que fuera necesario. Yo había oído hablar de las comunas, sabía que los comunitarios (algunos preferían el término comunero) eran gentes vinculadas en mayor o menor medida a los movimientos hippies de antaño que más tarde derivarían en otros de tendencias naturistas. Se les llamaba también alternativos, new age y cosas por el estilo, casi todo sin un significado muy claro. Algunos se dedicaban a recuperar pueblos abandonados, los rehabilitaban, no sin esfuerzo, y allí comenzaban una vida en perfecta armonía con la naturaleza, todo muy idílico, o bucólico, no sé (puede que sean sinónimos). Mi amigo griego me facilitó la información necesaria para llegar al pueblo recuperado por los comunitarios, se llamaba Aineto. La comuna o comunidad fue bautizada con el mismo nombre que tuvo siempre para evitar equívocos, supuse que con los pueblos vecinos. Subrayé en mi mapa el punto exacto y quedamos en vernos allí cuando terciase. Aineto distaba de Pamplona unos cuarenta kilómetros, siendo los últimos cincuenta de un trazado tortuoso: carreteras perdidas de montaña en el prepirineo navarro. Presumí que el griego llegaría primero haciendo uso del autostop (por esos años una forma efectiva de viajar); yo, si salía temprano, podría llegar a lo largo del día, no era fácil precisar la hora. En cualquier caso no tenía prisa, nadie me esperaba, salvo el griego, y decidí que llegaría cuando llegase.

Esa noche la pasé en un camping, solía hacerlo cuando llegaba a una ciudad lo suficientemente grande como para no sentirme cómodo durmiendo en la calle; en otras ocasiones dormía allí donde me sorprendía la noche, desde un escampado en mitad del bosque, a una cuneta de

carretera. Al día siguiente me levanté con el sol. Desayuné unas lentejas francesas recalentadas (me habían sobrado de la cena y en un viaje en bici uno se acostumbra a no desperdiciar la comida) y un café, tras acudir al baño del camping para realizar mis necesidades fisiológicas, algo que hacía todas las mañanas con precisión de relojero, recogí la tienda de campaña, el saco de dormir, y los cuatro trastos que había utilizado para cocinar, pagué mi estancia en el camping y salí dispuesto a devorar kilómetros por esas carreteras de Dios. Los primeros siempre eran lentos, para ir cogiendo el ritmo, luego, dependiendo de cómo fuese la carretera, aceleraba: con moderación si me enfrentaba a un puerto de montaña o espoleado por el mismísimo diablo si la ruta me era favorable.

Recorrí algunos campos tapizados por todo aquello que da la tierra: girasoles, maíz, trigo, viñedos, algunos frutales, lo normal. Pasé por algunos pueblos, pequeños y anodinos, casi desiertos en las horas centrales del día, ésas en las que el sol pica en el cogote y las moscas tienden a dar más por el culo. Fue a la salida de uno de esos pueblos cuando escuché, procedente de unas matas, un llanto lastimero; parecía de origen animal. Me detuve para curiosear y de paso hacer unos estiramientos, a veces la postura en la bicicleta me ocasionaba dolores en la zona lumbar. Al acercarme a los matorrales los llantos se intensificaron, utilicé un palo para poner distancia entre mi mano y aquello, por si acaso. Aparté las primeras ramas, las segundas y tras acostumbrar la vista a la penumbra, vi una camada de perros recién nacidos, no tendrían más de dos días. Un impulso de lo más tonto me llevó a coger a los cachorros y depositarlos encima de una sudadera, la única que tenía, por cierto. Imposible determinar su raza, no es que me importase. Eran cuatro, todos iguales, cabezones, negros con la panza color canela y un rabo fino parecido al de una rata. Miré por los alrededores por si la madre andaba cerca, pero nada; tampoco vi casas ni granjas ni nada que pudiera indicar una ocupación, humana o perruna. Como era joven e inexperto no tardé en hacer lo que tenía que hacer, vacié la bolsa de viaje que llevaba colocada en el manillar y con la sudadera confeccioné una confortable cama para los cachorros; allí, al calor del habitáculo y con el meneo de la bici al rodar, no tardaron en quedarse dormidos. Paré en el siguiente pueblo para buscar un poco de leche, imaginé que tendrían hambre, en una farmacia compré un pequeño biberón, lo guardé todo en una de las bolsas y salí de allí buscando intimidad. No quería que me viesen de esa guisa, preparando el biberón a unos chuchos. Al cruzar un puente surgió un camino que bajaba hasta el río, era un río de caudal moderado, con una chopera espesa que dejaba un intenso claroscuro, esa ribera me pareció un lugar perfecto para la tarea que me había propuesto. Primero calenté un poco la leche, ignoraba cuál sería la temperatura adecuada, pero supuse que con que estuviese un poco templada valdría. Probé la temperatura dejando caer unas gotas en mi muñeca (lo había visto en algún sitio) y con la torpeza de un padre primerizo cogí al primero de los perros y le enchufé al biberón. Tras unos primeros intentos se enganchó a la tetilla y empezó a chupar con avidez, pronto se hartó y pasó al siguiente, luego al otro y al otro, los cuatro bebieron cantidades similares

y después se durmieron con la lengua todavía asomando por el hocico mientras se revolvían en pequeños espasmos. La misma operación, o parecida, se repitió varias veces en intervalos que no superaban las dos horas. Con esa periodicidad en las tomas mi viaje sufrió una demora considerable y si ya dudaba de llegar en una jornada a la comuna, ahora sabía que no sabía cuando iba a llegar. Al caer la noche busqué, como en otras ocasiones, un lugar tranquilo para dormir. Al coronar un cambio de rasante, un pequeño embalse se abrió ante mí mostrándome con orgullo sus aguas repletas, centelleaban al son de lo que la brisa dictaba. Buen sitio, pensé. Una vereda me llevó hasta la cola del embalse, al borde mismo del agua; allí monté mi tienda de campaña extendiendo telas y hundiendo clavijas en la tierra blanda; atendí a los cachorros y después me preparé una consistente cena a base de lentejas, solas, pues no me quedaba chorizo para acompañarlas. Al acabar me quedé obnubilado mordisqueando una manzana, sentado en una piedra frente a la puesta de sol, ¡qué bonito!, ¡coño! ¡Qué bonito y qué paz! Esa paz no duró mucho, justo cuando el sol se ocultaba en el horizonte privándome de su inmenso arrebol, una nube de mosquitos se abalanzó sobre mí, en cuestión de segundos estaba rodeado por miles de insectos voladores cuya única misión parecía ser devorarme. Después de agitar inútilmente los brazos profiriendo grititos ridículos me fui corriendo hasta la orilla, con una rapidez inusitada amasé lodo y me rebocé como una croqueta toda la superficie de piel que quedaba a la vista, incluida la cabellera. Convertido en una especie de monstruo de serie B me metí en la tienda de campaña cerrando a continuación la cremallera. Toda esa operación la realicé en apenas un minuto. Conseguí aislarme de la nube furibunda justo a tiempo, con la excepción de unos pocos elementos, los más obstinados y agresivos, que lograron colarse en el interior. Los siguientes minutos los pasé dando palmas sin ritmo ni compas para acabar con la avanzadilla. Fue agotador. Aunque estábamos a finales de verano y la temperatura de día era alta, en esa parte del país cercana a los pirineos de noche refrescaba lo suficiente como para dormir sin agobios, incluso con fresquito. Llevaba un saco de dormir fino, suficiente para las condiciones climáticas a las que me solía enfrentar. Esa noche descubrí que el barro, además de tener unos efectos saludables tales como aliviar las picaduras de insectos y mejorar el cutis, produce un descenso de la temperatura corporal considerable. Pasé la noche entre tiritonas incontrolables incapaz de coger el sueño, a eso había que sumar el llanto de los cachorros que cada dos horas, aproximadamente, reclamaban su dosis de leche. Asumí con estoicismo la noche del loro que me esperaba. Apenas vislumbre la mínima claridad que anunciaba el amanecer me dispuse para salir de la tienda, asomé la cara acartonada para cerciorarme de que las hordas enemigas se habían retirado. Me quité la ropa embadurnada de barro y me fui derecho al agua: estaba helada. Tardé más de media hora en deshacerme del barro, sobre todo los pegotones que adornaban mi larga melena. Luego lavé la ropa y esperé envuelto en una toalla minúscula a que el sol saliera y me calentara un poco. En un viaje en bici el equipaje se ha de reducir al máximo, si además se es parco en el vestir como era

mi caso, sobra decir que no tenía más ropa que la que acababa de lavar. Después de esperar una hora larga y en vista de que el sol no calentaba lo suficiente como para secar la ropa, decidí de mala gana vestirme con ella mojada. Constaté lo desagradable que es hacer esto y unos minutos más tarde, en cuanto empecé a rodar y a sentir el viento de cara, constaté también el frío que se pasa cuando uno anda en bicicleta empapado, más incluso que cuando te rebozas con barro. No fue fácil, pero al final logré eludir la hipotermia llegando incluso a pasar algo de calor en las horas centrales del día. Tuve que parar a comprar más leche y seguir con el régimen de tomas impuesto por los cachorros, algo que me impedía rodar con la celeridad que me hubiese gustado. A pesar de todo, los kilómetros se fueron sucediendo uno detrás de otro hasta que, tras consultar el mapa, comprobé que apenas me quedaban veinte para llegar a mi destino. Eran las ocho y media de la tarde, por muy mal que se me diese podía llegar, ignoraba como sería de comfortable la comunidad, pero sólo pensar en la posibilidad de un colchón hacía que se me saltasen las lágrimas, apreté a tope con esa imagen magnífica instalada en mi cabeza. Rodaba por una carretera estrecha, trazada en un largo valle jalonado por altas montañas, un río que discurría paralelo a la ruta aportaba belleza a un entorno ya de por sí bello, el suave bramido del agua resonaba por todo el valle rivalizando con el sonido de los pájaros. Todo ese cúmulo de sensaciones se completaba con una humedad considerable que empezó a calarme hasta los huesos. Estaba oscureciendo y no había ni rastro de la comuna. Volví a mirar el mapa, ya tendría que haber llegado, pensé; también pensé en la posibilidad de que el griego se hubiera equivocado, algo que me hizo mentar a buena parte de su parentela. Desconcertado seguí hasta un cruce que se adivinaba unos metros más allá. Un cartel rotulado a mano con unas florecillas que formaban una flecha anunciaba: "Comunidad de Artosilla", tres kilómetros. Un camino de tierra medio oculto por la densa arboleda invitaba a adentrarse en lo desconocido. —Artosilla, Aineto, qué más da, es una comunidad y está a tres kilómetros—. Empecé a rodar con cautela, el camino era estrecho, difícilmente podrían pasar dos coches caso de cruzarse, eso sin contar que en muchos puntos la vegetación se comía literalmente el camino. En cuestión de minutos la oscuridad fue total, tuve que sacar una linterna que colocada sobre mi cabeza apenas alumbraba un par de metros por delante de la rueda. Volvía a refrescar, los perros lloraban, no veía un carajo. ¿Tres kilómetros?, ¿tres kilómetros?, ¿tres kilómetros? ¿Alguna sorpresa más? Pues sí, los dioses del cicloturismo tenían ganas de juerga. Al salir de una curva cerrada me topé cara a cara con un jabalí que hociaba en la cuneta, un bicho que en la imprecisión de mi escasa luz me pareció del tamaño de una vaca. El puerco pegó un brinco y salió disparado perdiéndose en la espesura, yo pedaleé como un loco en dirección contraria aun a riesgo de estrellarme contra un árbol en aquella oscuridad. Escuchaba al bicho abrirse paso entre los matorrales con la fuerza de un tranvía, por suerte los sonidos se iban perdiendo, lo que indicaba que se alejaba. Mientras, yo hacía lo propio. En el respingo inicial, perdí la posición de la linterna y lo poco que alumbraba lo hacía

ahora a la altura de mi entepierna. En esas circunstancias lo que pasó era cuanto menos previsible, en una acrobacia digna del miembro más volatinero del *Circo del Sol*, salí volando por encima del manillar. Un vuelo corto que terminó conmigo revotando en la cuneta. Por suerte la abundante hojarasca amortiguó parte del porrazo y después de comprobar que salvo algunos arañazos no tenía ningún hueso roto pude continuar, lo único que salió herido fue mi orgullo, ¿ise puede ser más cobarde!? Ese último acelerón me sirvió para vislumbrar en la distancia una luz, también se podía escuchar un ronroneo producido por algún tipo de motor, por fin, tenía que ser la comuna. Ya más sosegado me enfrenté a los últimos quinientos metros (los calculé a ojo), resultaron ser los más empinados y provocaron que empezase a sudar copiosamente por el esfuerzo, un sudor frío y espeso que se fue pegando a mi piel como una capa de pintura. Es presumible que algún lector haya reparado que el título de este relato no se ajusta en nada a lo que hasta el momento he narrado. Cierto, pero ahora llega, como todo en esta vida, lo que imaginamos y lo que no. Alcancé las primeras casas guiado por aquella luz, una triste bombilla que colgaba de una especie de cobertizo formado por chapas onduladas, bajo la techumbre se agrupaban una veintena de personas repartidas a lo largo de una gran mesa construida con varios tableros de aglomerado apoyados sobre unas borriquetas. Una mesa humilde pero que, precisamente por sus dimensiones, parecía competir en grandeza con otras de mayor alcurnia. Por lo que pude apreciar, los allí presentes charlaban plácidamente mientras se tomaban una bebida caliente, como estábamos en una comunidad de tendencias naturistas supuse que sería una infusión, poleo, manzanilla o algo parecido. La charla cesó de golpe con mi aparición, no era para menos. Hubo unos segundos de silencio roto sólo por el ladrido desganado de un perro que dormitaba junto a la mesa. Por fin una chica delgada y alta, más que yo, se levantó de su silla, se acercó unos pasos y me preguntó:

—¿Has cenado?

De aquella pregunta inicial se fueron derivando otras que acabarían formando una conversación, normalita al principio, luego más profunda; mientras, yo devoraba más que comía lo que tuvieron a bien darme, que según dijeron no era otra cosa que el sobrante de su propia cena y aseguraron, quizá por si yo era orgulloso, que si no me lo comía acabaría en la basura. Entre bocado y bocado escruté al personal, ni rastro del griego.

Pasé ocho días en aquella comunidad formada por dos parejas cargadas de niños (ocho o nueve, no era fácil contarlos, se movían mucho) y uno desaparejado, con quien hice buenas migas. El resto, quince para ser exactos, eran unos jóvenes, más o menos de mi edad, que pasaban unos días de voluntariado auspiciado por la diputación foral, ayudando con su trabajo en un programa de rehabilitación de pueblos abandonados. Para mi sorpresa todos pagaban por trabajar allí, extrañas vacaciones me dije. No para ellos según comprobé, pues alternaban el trabajo en el pueblo con excursiones y actividades propias del turismo activo. Todos eran de ciudad y como ellos mismos confesaron las únicas gallinas que habían

visto estaban dentro de un refrigerador envueltas en papel de celofán. Yo no tenía dinero para pagar por mi trabajo (suena raro, lo sé), aun así trabajé tanto como los demás: reparando tejados, construyendo canalizaciones de agua, recolectando fruta..., todo ello en buena armonía y colocado hasta las cejas con una maría muy buena que cultivaba en el huerto el soltero. Además de un suelo donde dormir y una colchoneta que me pareció tan comfortable como una cama en el Ritz, me alimentaron con todo lo que iba sobrando del grupo, que como insistían, habría terminado en la basura, con eso y mi buen comer, fui bautizado como *el triturador de basuras*, un mote que recuerdo con cariño.

Mis perros sobrevivieron y en los días que pasé allí cogieron peso y lustre. No sin pena los dejé al partir, allí vivirían bien, mejor que conmigo. Ahora que ya no soy tan joven sigo sin saber demasiado de nada, así que, para que repetir.

Historias de ida y vuelta.

El cañón de la Perdida daba nombre más a la leyenda que al lugar, sin embargo esa denominación se había hecho tan popular que ya nadie recordaba cómo se llamaba realmente ese pequeño barranco. Yo se lo oí contar a mi abuelo y el seguramente se lo oiría al suyo, en estas tierras el entretenimiento siempre ha tenido en las historias un buen aliado. Así la recuerdo:

Contaban que un día una moza de nombre Hortensia salió a pasear por las afueras del pueblo, algo mustia, pues esa era su naturaleza y enojada también por haber discutido con su novio, quien era, además, el carnicero del pueblo. Un oficio muy respetable, y necesario, eso nadie lo dudaba, ni siquiera Hortensia, pero ese trabajo dejaba en el hombre un fuerte olor a sangre imposible de eliminar que repelía a la moza de una forma irremediable. Hortensia salía a menudo a buscar hierbas aromáticas para colocarlas en bolsitas primorosamente cosidas y así mitigar el olor metálico que, como consecuencia del contacto con la sangre, emanaba el carnicero. No se supo si la discusión fue producida una vez más por los persistentes efluvios y la insistencia de ella en colgarle del cuello las bolsitas desodorantes, pero lo cierto es que Hortensia salió igualmente a buscar con su paseo las hierbas que crecían en las escarpaduras. El cañón no era muy grande, se formó por la acción de un afluente que bajaba seco la mayor parte del año y que desembocaba en el río principal, el que formó el otro cañón, el grande. Hortensia conocía como la palma de su mano cada centímetro del terreno que pisaba y rara vez se adentraba en el cañón principal, pues le aterraban las historias de brujas y hechiceros que siempre habían circulado por el pueblo, sobre todo entre los niños, y si bien, Hortensia era ya una moza casadera de buen ver, era más cierto aún que sus años de niñez andaban todavía cercanos. Fuera como fuese, el caso es que Hortensia no llegó esa noche a casa. Cuando saltó la alarma, todo el pueblo salió en procesión a buscarla, al principio por el pequeño cañón, recorrido éste en poco tiempo, dadas sus dimensiones, siguieron por el grande, y así durante horas, por dentro y por fuera, por el río y por los campos, días y días de búsqueda sin que de Hortensia hubiera ni el más leve indicio, era como si la tierra húmeda del otoño se la

hubiera tragado. Pasó el tiempo, como pasa siempre, y la gente fue olvidando poco a poco a la pobre Hortensia. Un día el carnicero preparaba las armas que definían su oficio para el sacrificio de una oveja, algo habitual por otra parte, un pasar el filo del cuchillo contra la piedra de amolar y así dejar la herramienta dispuesta para un corte limpio y preciso. Contento con el resultado, un filo capaz de cortar un pelo por la mitad, se preparó para inmolar al animal. A punto estaba para la estocada mortal, cuando al mirar a los ojos de la oveja, algo que no eludía pues era hombre de pocos remilgos, distinguió en los ojos del bóvido un matiz familiar. Miró con mayor esmero y dando un respingo que por poco le hace caer de espaldas, pudo ver sin ninguna duda los ojos de la que fuera su amada, —¡Hortensia!—, gritó el carnicero pensando que aquello era una alucinación. Más no lo era y lo realmente alucinante vino seguido, pues al oír su nombre de boca del novio, Hortensia reaccionó y de la oveja que era pasó a ser de nuevo la moza que fue. La respuesta a tan insólito hecho no se hizo esperar, todo el pueblo, con la familia a la cabeza, salieron a su encuentro buscando una explicación para algo que no la tenía. Hortensia les contó que estando, como en otras ocasiones buscando hierbas con buen olor, se mezcló con unas ovejas que subían en dirección al pueblo, paciendo tranquilas las mismas hierbas que ella cogía, sin saber cómo, de repente, se vio convertida en una de ellas y sin poder emitir más que balidos se quedó con esa forma mientras todos se afanaban buscándola como mujer. Una vez aclarado el misterio de la desaparición, por más que aquello no convencía a casi nadie, Hortensia anunció su deseo de no volver a discutir con su novio, asegurándole que desde ese día su olor a sangre dejaría de importarle. Lo que la pobre Hortensia no sabía es que el carnicero, hartado de esperar, había contraído nupcias con una mujer, viuda de un pastor fallecido unos meses atrás, que para más inri era el dueño del rebaño al que perteneció Hortensia. Dicen que Hortensia no soportó el rechazo quedando algo mermada en sus facultades mentales, y habituada como estaba al trato amable de las ovejas, desde ese día no paró de mezclarse con cuanto rebaño se topaba con la esperanza de volver a convertirse en una de ellas. Y también desde ese día el pequeño accidente geográfico pasó a llamarse *Cañón de la Perdida*, y no había moza, ni joven, ni entrada en años, que se atreviera a pasear por él. Ni con ovejas, ni sin ellas.

Un día en la oficina.

Un manotazo certero sobre la mesilla de noche y todo lo que está encima empieza a temblar, todo. Un cenicero hasta arriba de colillas, unas pilas de las medianas, un vaso con agua que tiene algo flotando a media altura. Varios objetos más bailan en círculos, o elipses, o lo que sea, sobre el reducido espacio de la mesilla. Ninguno de esos objetos me molesta especialmente, es el maldito despertador y su desquiciante zumbido lo que me molesta. El ingeniero que diseñó este trasto, porque habrá sido un ingeniero, puede estar contento, ha realizado un excelente trabajo, tanto que no pasa una sola mañana sin que le dedique un recuerdo, a él y a toda su familia.

Al grano, son las siete, las siete en punto, buena hora para levantarse si vives en el Trópico y te vas a coger olas a una playa de arena blanca, conste que yo no me levantaría ni para eso, pero aquí lo hago para ir a trabajar. Las siete, buena hora para que los fracasados se vayan preparando, empieza otra bonita jornada.

Estoy con todo esto en la cabeza, pero al final y como todos los días, decido apagar el despertador, eso sí, dejándolo sonar un poco más a pesar de lo mucho que me molesta, sé que mis vecinos también lo oyen. Ya sufro yo bastante su reiterado fornicio, su dormitorio está pared con pared con el mío. ¡Qué se jodan los vecinos! (en rigor, ya lo hacen) Una vez restregadas las legañas que me impiden enfocar correctamente la visión, lo paro apretando el botón, el de parar el zumbido, está en inglés pero debe poner algo así como: "Parar zumbido". Mucho manotazo, pero al final lo paro apretando el botón porque el despertador en cuestión me costó un dineral y no es plan, desde luego no en mi caso, de andar por ahí dando manotazos a un cacharro que por su elevado precio ha de durar muchos años. Así lo espero y no porque se encuentre entre mis aspiraciones el seguir madrugando. ¡Qué asco de vida!

De la ducha al metro (entre medias hay unas cuantas cosas, lo sé, pero dudo que nadie tenga interés en ellas: vestirse, desayunar...). Yo soy de desayunar en casa, no es por ahorrar, aunque también, es sobre todo porque a las siete sólo encuentro abiertos bares con gente como yo y eso me deprime, me deprime muchísimo. En realidad es la gente la que me deprime, toda la gente, no sólo los que se levantan a las siete y, la verdad, más que depresión es animadversión.

Después de desayunar en casa un café con un bollo haciendo caso omiso de la dieta mediterránea, bajo a la calle para dirigirme a la boca del metro, palabra que ha pasado de homónima a análoga y que no dudo que algún poetastro del antiarte utilice incluso como metáfora, porque efectivamente entrar allí es como meterse enterito en una boca: suciedad, restos de comida y halitosis crónica. ¡Esto sí que es deprimente! Aunque no sean las siete, aunque vayas leyendo lo último del Kenfolet o lo que quieras leer, es realmente deprimente.

Para evadirme de tan lúgubres pensamientos me entretengo viendo pasar las estaciones, un montón de estaciones abarrotadas de gente, una detrás de otra, y otra, y en cada estación una desagradable vocecita enlatada te recuerda dónde estás y que tengas cuidado al salir del andén. Así, si metes la pata ni siquiera los puedes denunciar. Una detrás de otra y tú, o yo, disimulando con el Kenfolet, porque leer lo que se dice leer, a las siete y a base de empujones, se lee poco, poco y mal, que llegas a "Sol" y de las dos páginas que has leído entre empujón y empujón no te acuerdas de nada. Y es que a las siete hay mucho fracasado empujando. Yo empujo todo lo que puedo, con disimulo, sí, pero empujo.

Aquí todos vamos a la oficina que es como vulgarmente se dice que vas a trabajar. Antes ir a la oficina era como para gente destacada, con estudios, ahora todo el mundo va a la oficina; aunque trabajes en una obra poniendo ladrillos, yo preferiría poner ladrillos si supiera ponerlos, que no sé. Lo cierto es que aunque todo el mundo diga que va a la oficina

yo voy de verdad. Debo ser el único fracasado que va a la oficina de verdad, ni siquiera lo puedo omitir sin que pierda una parte de su significado porque uno puede trabajar en una oficina en Hacienda y dices: trabajo en Hacienda, o en el Ministerio, o como lo quieras decir, pero yo trabajo en la Oficina de Patentes y por fuerza tienes que decir *oficina* te pongas como te pongas. Yo a veces digo que trabajo en una obra aunque no sepa poner ladrillos.

Después de varios transbordos salgo del metro. Salgo como esas marmotas de los documentales, documentales americanos supongo. Son unos bichos del tamaño de un perro pequeño, pero que parecen una rata grande, la cuestión es que son una plaga y lo llenan todo de agujeros, así que los granjeros de allí, que serán como los de aquí, se dedican a pegarles un tiro según salen de las madrigueras. Yo salgo igual, mirando al cielo primero y luego a los lados para ver si veo de dónde me va a venir el tiro.

Sigo andando por la acera con cara de no saber por dónde me vienen los tiros. Preferiría hacer cualquier cosa menos ir a la oficina, que es justo lo que estoy haciendo.

Al entrar en el edificio: modernista, que no tiene nada que ver con moderno aunque algún capullo crea que sí, lo primero que uno encuentra aparte de desidia es una amplia sala que hace de vestíbulo. Pasado el vestíbulo se levanta una escalera central que en el primer rellano se hace doble pudiendo subir indistintamente por el lado izquierdo o por el derecho, normalmente usamos un lado ignorando la otra posibilidad, es una extraña fidelidad a un itinerario, como los ratones que usan siempre el mismo camino y si les pones un obstáculo delante se chocan con él. Supongo que lo he visto en algún documental, veo muchos documentales. El itinerario escogido me conduce inexorablemente a una sala llena de mesas con ordenadores. No son las mesas ni los ordenadores lo que me molesta de mi trabajo, ni siquiera es el edificio, aunque no me gusta nada. Es la gente, la gente me supera, no aguanto a la gente en general y a algunos en particular. Aquí trabajamos unas veinte personas. Con una parte de mis compañeros, vamos a llamarlos así, directamente no me trato por lo que a pesar de mi aversión hacia los de mi misma especie no suelen ocasionarme mayores problemas, éstos vienen con los que por desgracia tengo que tratar quiera o no, media docena como mucho y de esos a López es al que menos soporto. Me resulta especialmente insoportable, su presencia me produce tanta satisfacción como una hernia de hiato en plena ebullición. El tipo llega todos los días sonriendo a la oficina, icómo si se alegrara de venir a trabajar! Saluda a todo el mundo con un: buenos días, que suena falsísimo acompañado de un gesto con la mano, todo como muy exagerado, y si es lunes, ijoder, cómo odio los lunes!, además nos suelta lo que ha hecho durante el fin de semana con pelos y señales. Casi siempre que ha estado en Tarifa haciendo *guinsurfin* con unas olas, o un viento, o un no sé qué, pero que siempre implica que ha sido difícilísimo y que no es apto para todo el mundo. Hay que estar fuerte, eso no lo dice él, lo dice una que se llama Lola, pero él asiente así como con modestia. Es que tú estás superfuerte, insiste la tal Lola. Y él

contesta que no, que es sólo técnica y práctica. Y lo dice poniendo una posturita como si se agarrara a algo. A mí el tipo más que fuerte me parece que está gordo, pero será cosa mía. Tampoco le encuentro parecido al Raselcraun. Lola le dice que se parece a Raselcraun. Es que con el pelo así y con ese cuerpo te pareces a Raselcraun, y él contesta: no exageres, es sólo que me cuido. Yo sigo pensando que está gordo, también creo que lo está el Raselcraun ése de los cojones. Será porque mis carnes recubren con escaso entusiasmo un esqueleto de por sí escurridizo.

El caso es que López se pone a saludar y no para. A mí también me saluda igual de sonriente. Estoy seguro que lo hace sólo por fastidiar, sabe perfectamente que me molesta. El tipo se queda quieto antes de sentarse en su silla mirando hacia mi mesa, esperando agazapado como una fiera acechando a su presa. Yo procuro no mirar en su dirección para evitar el saludo. Enciendo mi ordenador y me quedo mirando fijamente a la pantalla durante unos segundos. La pantalla me devuelve mi propia imagen como si fuera un espejo. Aprovecho esos instantes para ajustarme el nudo de la corbata hasta que mi reflejo se transforma en el icono de Microsoft acompañando a una musiquita infame. Es precisamente en ese momento cuando al levantar la vista de la pantalla, ahí está él. Un segundo, menos incluso, una fracción de segundo, es todo lo que necesita, lo justo para que López lance su saludo como un zarpazo certero que me acierta en plena cara. Sonríe y dice: buenos días. Yo le contesto con una especie de mueca que se parece un poco a un saludo, eso es lo más parecido que soy capaz de esbozar. Tampoco lo haría mejor aunque quisiera, que no quiero.

Por fin me siento. Lo hago protegido por el parapeto que me he ido preparando meticulosamente tras años de eficiente funcionariado: el ordenador, diferentes útiles de oficina, una pila considerable de papeles sin archivar y un marco con una foto. La foto es de un suricato. No tengo parientes, ni novia, ni nadie que quiera ver cada vez que giro la cabeza. En realidad no quiero un marco con foto, pero me pareció que cubría un buen pedazo del espacio que quiero cubrir.

A las nueve en punto la Oficina de Patentes se abre al público. Es el final de mi tiempo en soledad relativa. Suelo disfrutar de estos sesenta minutos detrás de mi parapeto haciendo que trabajo, por desgracia a las nueve y unos minutillos la gente entra en mis dominios sin ningún respeto. No puedo decir que lo hacen atropelladamente porque lo cierto es que no hay mucha gente que quiera patentar cosas, pero los que hay son por lo general unos tíos muy raros. La mayoría se creen inventores a punto de cambiar el curso de la Historia con algo que normalmente ya está inventado o es tan inútil como su creador. Casi siempre es gente reincidente que en intervalos de uno o dos años se presentan aquí con algún nuevo engendro. Todo esto no me importaría demasiado si el registro lo hiciera otro, pero por desgracia ése es mi cometido en esta sacrosanta oficina. Ya sé que hay gente muy capaz que ha realizado inventos importantes para la humanidad, como el fuego, la rueda o el vino..., pero en los últimos tiempos nos enfrentamos a una enorme sequía

creadora y aquí no me llegan más que tonterías. Eso me obliga a lidiar día tras día con personas que pierden su tiempo y lo que es peor, hacen que pierda el mío. No es que yo tenga algo mejor que hacer, la verdad, pero ya puestos, preferiría hacer crucigramas, leer el periódico o ver un documental sobre el apareamiento de la foca monje. Así es mi vida, aburrida, y sin esperanzas de que cambie, porque después de darle muchas vueltas al asunto, he llegado a una triste conclusión: Al parecer, ya está todo inventado.

Fin.

El tatuaje.

Me estuve revolviendo inquieto entre las sábanas víctima de un aterrador sueño plagado de monstruos infernales, hasta que, empapado en un sudor espeso y frío, el duermevela dio paso a la vigilia. Llegó con un intenso dolor de cabeza, mareos y náuseas. Estaba confuso, sólo recordaba que la noche había sido larga y excesiva, sí, me excedí claramente con la bebida y con otras cosas, ni siquiera sabía qué *otras cosas*. Me pasaba a menudo. Fui recobrando la consciencia poco a poco hasta que me pude sentar en la cama deshecha para poner en orden los pensamientos y las tripas. Un intenso dolor me atenazaba las sienes, como si una mordaza gigante me estrujara la cabeza tratando de hacerla estallar. Rebusqué en la mesilla un bote de analgésicos, me tragué uno sin pensar y tras un segundo de duda, otro más, dos mejor que uno. Entraron en mi boca y se deslizaron por la garganta buscando paliar ese infierno. La intensa luz de la mañana me hería. ¿Qué hora sería? Tarde.

Unos minutos después el dolor fue cediendo, un poco, lo justo para dejar paso a otras sensaciones, también incómodas, la más molesta de todas: un picor creciente en la base del cuello. Empecé a rascarme, al principio suave, casi con gusto, luego, con desesperación. ¿Qué era aquello? Me levanté de la cama aún mareado, tambaleante, palpando la pared de la habitación para no perder pie. Busqué la puerta del baño con la escasa visión que me permitían mis ojos entrecerrados.

Me coloqué frente al espejo, de lado, con un doloroso giro del cuello buscaba ver la causa de semejante picor. Al forzar los ojos en un ángulo imposible recibí otra oleada de punzante dolor, ¡maldita resaca! No alcanzaba a ver la parte trasera del cuello. Busqué casi a tientas un pequeño espejo de mano en el fondo de un cajón. Coloqué un espejo frente al otro y me situé entre medias, luego lo fui moviendo hasta conseguir visualizar esa parte inaccesible de mi cuello. Y lo vi. ¡No podía ser!

El reducido diámetro del espejo me mostró algo que de ninguna manera esperaba encontrar allí, ¡un tatuaje!, un tatuaje reciente, esa era la causa del maldito picor. Pero, ¿cuándo me lo había hecho? Tan borracho estaba que no podía recordarlo. Tras unos segundos en los que quise distinguir sus formas por si éstas me ayudaban a recordar algo más, lo dejé. De camino vi mi rostro mal afeitado, las ojeras, la palidez mortecina..., esbocé una tenue sonrisa dedicada a todos mis demonios.

Anduve por la casa con el torso desnudo, algo errático aún por la confusión general. Primero al frigorífico, cuestión de prioridades, un largo

trago de zumo para calmar la sed y de paso echar al estómago algo más consistente que el agua. El cuello me seguía picando pero traté de no rascarlo más, se estaba irritando de una manera preocupante. Entre un revoltijo de cojines y ropa sobre el sofá, encontré mi teléfono. Tenía que realizar una llamada.

—¿Jorge? —Escuché un ¿sí?, al otro lado —Jorge, soy yo, Joaquín, ¿qué pasó anoche?, no recuerdo nada después de salir de aquel tugurio.

—No me extraña, tío, llevabas un ciego de muerte.

—Ya, me lo imagino, pero, ¿qué pasó después?

—Bueno yo tampoco estaba muy bien que digamos, pero según creo recordar te dejé en tu casa y luego pedí un taxi para irme a la mía.

—¿A qué hora fue eso?

—Pues, no sé..., oye, luego hablamos. Mi jefe no para de echarme miraditas, que aunque sea domingo, algunos trabajamos, cabrón.

—Espera es que... ijoder! —al otro lado un pitido.

No quería rascarme, aunque dejé una mano apoyada en esa parte del cuello, esperaba que ese gesto me calmara la desazón. Seguía hecho una piltrafa, al menos el dolor de cabeza iba remitiendo y podía pensar con mayor claridad. En ese momento sonó el teléfono, su sonido me trepanó el cerebro.

—¿Sí?

—A ver, tío —era Jorge —he mirado el registro de llamadas y llamé al taxi a las 4, 40 de la madrugada, justo después de dejarte frente a tu casa, y ahora, en serio, tengo que colgar, estoy hasta arriba de curro.

Ni siquiera pude despedirme, colgó. Las 4,40. Si había llegado a casa a esa hora, y borracho, lo único que me cuadraba era meterme en la cama para dormir la mona. Eso quería decir que lo que hubiera hecho, fuese lo que fuese, lo había hecho antes. Estuve a punto de llamar de nuevo a Jorge, pero sabía que no lo cogería, tendría que esperar a que saliera para comer. Eran las 12, 30. Volví al espejo. No podía distinguir muy bien las formas del tatuaje, era una figura circular, pero no lo podía precisar con seguridad, además, después de tanto rascar tenía una rojez importante en toda la zona que hacía muy difícil su visión. Necesitaba un café, eso me despejaría.

Con una taza humeante me fui de nuevo al sofá. Abrí el portátil, pulsé la tecla de encendido y esperé a que el sistema estuviera operativo. Busqué en internet locales en donde se hicieran tatuajes, confiaba en poder obtener alguna información. La lista contenía unos diez locales, es posible que hubiese más, algunos ilegales que no se anunciarían y otros que quizá no figuraban en internet, aún así tenía algo por dónde empezar. Hice algunas llamadas. La mayoría dijeron tener un horario que respetaban escrupulosamente, rara vez atendían a nadie después de las ocho de la tarde. Encontré un par que mantenían abierto hasta más tarde, pero ninguno había trabajado esa noche. Cuando terminé el escrutinio no tenía nada. Desconocía el material que sería necesario para tatuar, pero supuse que hoy en día cualquiera podía tener un equipo en su casa y hacerlo de forma clandestina, incluso uno de los tatuadores a los que llamé me dijo indignado el mucho intrusismo que había en la profesión. Era como buscar

una aguja en un pajar. Yo nunca me había tatuado, es más, siempre me pareció una práctica que no iba conmigo. Tenía amigos con tatuajes de grandes dimensiones y lo respetaba, pero, definitivamente, eso no era para mí.

A las dos en punto volví a llamar a Jorge.

—¿Qué te pasa hoy? Ni mi novia me llama tanto.

—Jorge, necesito que me digas lo que hicimos antes de dejarme en casa, recuerdo vagamente que estuvimos en un bar, pero no mucho más.

—Estás fatal, en serio, tienes que controlarte —hizo una pausa—. En realidad no pasó nada especial. Estuvimos en ese antro de la calle Ancha hasta las cuatro más o menos, bebimos, nos metimos un par de pirulas y ya está. Y de ahí nos fuimos dando un paseo hasta tu casa para que te despejaras un poco, no es por nada, pero tú estabas mucho peor que yo.

—Jorge, a ver cómo te digo esto —es que no sabía cómo decirlo—, te vas a reír.

—Genial, pues venga que lo estoy deseando.

—Me he despertado con un tatuaje en el cuello.

Escuché una carcajada al otro lado del teléfono, yo mismo me contagié de su risa. Tenía que reconocer que aunque era una cagada, la situación era divertida, ridícula pero divertida.

—Vale, vale, no te cachondees —le dije cuando se calmó.

—A ver, repítemelo que no sé si lo entendido bien, que tú, don yo no me hago un tatuaje ni muerto, ¿te has hecho uno estando borracho?

Mantuve un silencio que sólo contribuía a aumentar su hilaridad, y la mía. Nos reímos un rato hasta que ya más sosegados volví a preguntar.

—Bueno, entonces, ¿quién me he hecho el puto tatuaje? Y espero por tu bien que no haya sido cosa tuya.

—Hey, hey, a mí no me metas en tus rollos. Desde luego que conmigo no te lo hiciste. Tú sabrás dónde fuiste después de dejarte en casa.

—Ese es el problema, que no recuerdo haber ido a ningún sitio. Por eso te llamo, ¿estás seguro que no me lo hice estando contigo?

—¿Me estás vacilando?, ¿o qué? ¿Crees que no me acordaría? Tú estarías completamente pedo, pero yo controlaba. Te aseguro que cuando me fui seguías siendo virgen —su tono iba de lo serio a lo jocoso—. Por cierto ¿Qué te has hecho?: ¿*Nasio pa matar?*, ¿*amor de madre?*, ¿o te has decidido por algo gótico?

Mantuve una pausa valorativa destinada a que dejara de reír y cuando consideré que podíamos seguir la conversación con algo más de rigor, le dije que no podía verlo bien. Le expliqué que estaba en la parte de atrás del cuello, en un lugar de difícil acceso y, además, estaba todo enrojecido. Lo único que podía apreciar era una forma más o menos simétrica, como un símbolo y quizá algo escrito, pero era incapaz de leerlo.

—Tío, hazte un *selfie* —sugirió Jorge.

Claro, cómo no se me había ocurrido. Le dije que más tarde le llamaría para contarle y colgué. Con el móvil situado tras el cogote hice varias fotos, hasta que una quedó con la suficiente claridad como para distinguir algo. Para poder verlo mejor pasé la foto al portátil y la mejoré con un programa de retoque fotográfico. Definitivamente la irritación en la piel

hacía muy difícil apreciar los detalles, y lo que parecían ser unas palabras, no sólo no resultaban legibles, ni siquiera parecían estar en nuestro idioma. No se trataba de caracteres chinos o japoneses tan de moda entre los que gustan de tatuarse, no, esto era otra cosa y yo, desde luego, no sabía qué, jamás había visto nada parecido. Minimicé la foto y abrí el Google, seguir buscando tatuadores no me parecía una opción, así que me decidí por lo contrario, un destatuador. Ya estaba harto, daba igual cuándo y cómo me lo había hecho, no lo quería en mi cuello, ni en ninguna otra parte de mi anatomía. Encontré algunos anuncios de eliminación de tatuajes con laser en centros médicos, también había particulares que se anunciaban, incluso había descuentos de tres por dos como en los supermercados. Llamé a uno cuyo precio me pareció razonable para pedir cita, por qué esperar, cuanto antes me deshiciese de él mejor.

El destatuador accedió a verme ese mismo día a pesar de ser festivo. A las cinco de la tarde estaba en la puerta del establecimiento. Tenía una bonita exposición en el escaparate, fotos de individuos profusamente flagelados. Además de los consabidos tatuajes en todas sus variantes, había cuerpos perforados y atravesados hasta la extenuación con todo tipo de *pearcing*; también se podían apreciar prácticas de las que no conocía ni su origen ni desde luego su nombre, eran como pequeñas cicatrices que producían abultamientos en la epidermis, algo parecido a lo que se hacían en algunas tribus africanas para sus ritos iniciáticos de entrada en la edad adulta, o por haber matado un león, no sé. Todo un catálogo de dolorosos elementos decorativos que, para mi gusto, resultaban aberrantes.

—Perdona, ¿eres Julián? —dije abriendo tímidamente la puerta—, hemos hablado por teléfono esta mañana.

—Sí, tú debes ser el del tatuaje en el cuello.

—El mismo —El destatuador era a su vez tatuador y..., bueno, hacedor de todo lo demás con lo que uno podía maltratar su cuerpo. Y como para muestra, un botón, él mismo llevaba sobre el suyo todo lo que ofertaba en su establecimiento. Era difícil encontrar un centímetro de su cuerpo con algo parecido a lo que un día fue una sonrosada piel.

—¿Qué ha pasado, no te lo han hecho bien?, hay mucho chapucero por ahí.

—No es eso exactamente. Verás, ha sido más, cómo llamarlo..., un accidente.

—Ya, no me digas más. Noche de farra, borrachera y izas!, aparece un amiguito no deseado. Ni te imaginas la de veces que pasa. Pero, ¡qué coño!, para mi genial, tengo que rentabilizar la maquinita —debía referirse al laser.

Tras esa breve puesta en antecedentes, me fui despojando de la ropa para que el profesional hiciera una valoración.

—¡Joder!, tronco, qué te has hecho aquí, vaya carnicería.

—Es que me picaba y me he rascado un poco.

—¿Un poco?, tío, esto está en carne viva. Con esta inflamación no puedo

trabajar. Tendremos que esperar a que baje un poco, ponte alguna crema y vuelve en un par de días.

—Vaya, qué contrariedad. Es que yo contaba con librarme hoy mismo de él.

—Pues, ni de coña, tío. De todas formas, para quitar un tatuaje hacen falta de seis a diez sesiones, con varios días entre cada una. Vamos que según el tipo de tatuaje la cosa se puede ir a tres meses.

Maldije para mis adentros, no sé por qué, pero había pensado que esto era como depilarse. Mi interlocutor siguió exponiendo algunos detalles más dejando claro lo complicado del tema, los entresijos de un oficio recién descubierto para mí.

—El número de sesiones puede variar dependiendo de algunos factores: de la extensión, de cómo esté de profundo y también del color de la tinta. Éste... —se acercó más para intentar distinguir algo—, parece tinta negra, eso es una ventaja. Es más fácil de eliminar que las tintas de colores, sobre todo la verde y la azul. Luego depende de la técnica del tatuador y de la cantidad de metal que lleve la tinta.

—Vaya, no pensaba que era tan complejo.

—Pues sí, tronco, lo es. La peña se hace tatuajes a lo loco y luego quiere que desaparezcan como por arte de magia. Esto es muy jodido, pero, tú *tranqui*, que bien hecho no queda ni rastro, eso sí, durante un tiempo te queda la zona muy sensible. Hay que procurar que no te dé el sol y al principio usar unas cremas. De todas formas, ya te digo, en tu caso hay que esperar. ¿Y quién dices que te lo ha hecho?

—Ese es el problema, que no lo sé.

—¡Joder!, si que ibas bolinga —preferí obviar su comentario—. Pues me gustaría saber quién es el autor, porque, aunque con la inflamación no se puede apreciar bien, este tatuaje es la hostia, te juro que no había visto nada igual.

—¿En serio?

—Sí, es..., cómo decirte, especial. Especial y muy raro. En fin, es una pena que te lo quieras quitar, pero haya cada uno. Vuelve en dos días y empezamos.

Salí de allí con cierta decepción, no me hacía gracia tener que esperar. Y esa actitud del tatuador tan..., misteriosa. Un tatuaje es un tatuaje, creo yo. ¿A qué venía tanto rollo? Por fortuna estaba situado en un lugar fácil de ocultar, quizá con un pañuelo al cuello se podía disimular. Es cierto que yo no era de llevar pañuelos y mis amigos lo iban a encontrar extraño. Lo más difícil iba a ser explicárselo a mi novia, ella era tan convencional, al menos no me había tatuado un corazón con el nombre de una antigua pareja. Decidí taponarlo con un apósito hasta que bajase la inflamación, algo lo suficientemente grande como para ocultarlo totalmente, siempre podía decir que me había salido un forúnculo y se había infectado. Nadie quiere ver un forúnculo infectado.

Las cuarenta y ocho horas siguientes pasaron con cierta normalidad. Lo del forúnculo dio resultado, nadie mostró interés por ese apósito tan escandaloso. Gracias a una crema antibiótica, el picor desapareció y poco a poco fue bajando la inflamación. Me hacía las curas yo mismo, aplicaba

la crema y volvía a tapar, desarrollé tal habilidad que ni siquiera necesitaba mirar para realizar la operación. Cuando consideré curada la zona, volví donde el destatuador.

—Hola, ¿supongo que te acuerdas de mí? —pregunté dando por sentado que así era.

—Claro, tío. Perfectamente.

—Pues yo creo que esto ya está bien, si te parece podríamos empezar. Me imagino que para ti será normal, pero yo no me hago a estar tatuado. Vengo de una familia muy tradicional.

—Qué me vas a contar, tronco. Mi padre es juez y mi madre notario, toda mi gente pertenece a la puta alta burguesía. No te imaginas cómo son las cenas de navidad en mi casa cuando aparezco por allí con mi chica.

Por un momento traté de imaginarme la escena y, debía reconocer que, como poco, sería pintoresca y eso que no conocía a su chica, aunque me la podía imaginar. Pero en ese momento lo único que me preocupaba era mi tatuaje, o mejor dicho su todavía existencia, algo que esperaba pasase pronto a ser sólo un mal recuerdo, algo que contar en las reuniones de amigos para echar unas risas. Me quité la ropa y sentado a horcajadas en una silla dejé que me examinara el experto. El destatuador se puso unos guantes de látex y procedió a retirar el apósito.

—Pero..., ¿qué pasa aquí?, hijo puta ¿Me estás vacilando?!

—No te entiendo, ¿a qué te refieres?

—Oye, colega, te vas a reír de tu puta madre —de su tono se deducía que estaba enfadado, pero, ¿por qué? Yo qué le había hecho.

—Te aseguro que no sé lo que pasa —le dije intentando que la cosa no fuera a mayores.

—¿Qué qué pasa?, esto es lo que pasa —colocó un espejo detrás de mí, que en combinación con el que tenía delante, me dejaba una imagen perfecta de toda mi espalda. Al ver yo lo que él veía, se podía entender su cabreo, la cuestión era cómo podía entender yo lo que estaba pasando. Cuando me recuperé del shock inicial, pude balbucear algo sin demasiada coherencia.

—Te juro que..., pero que me está pasando..., yo no...

—Tú lo que estás es chalado, tío, y de mí no se ríe nadie.

—Pero, tiene que haber una explicación para..., esto.

Y *esto* era que, mi tatuaje, ese que apareció sin yo saber cómo, había aumentado de tamaño adquiriendo unas proporciones que empezaban a ser alarmantes. Desde el cuello, la forma original descendía ahora por la espalda abarcando el centro de la columna y ramificándose hacia los dorsales en una suerte de dibujo de perfecta simetría. El destatuador al ver mi cara desencajada comprendió que no le estaba engañando y se acercó para ver lo que, a todas luces, debía ser una broma macabra de algún amigo.

—Todavía no sé si creerte, esto es raro de cojones, pero te voy a dar un voto de confianza. Lo único que se me ocurre es que alguien se las ha apañado para dormirte y hacerte el trabajo. Tío, tú debes relacionarte con una gente muy chungu.

Intenté asimilar sus palabras, no podía creer que eso fuera posible. Mi círculo de amigos era bastante reducido, y, exceptuando a Jorge, que era el más crápula, los demás eran tan mojigatos como yo mismo. En mi trabajo no había nadie capaz de una broma semejante. Trabajaba como pasante en un bufete de abogados, y el más joven de los socios pasaba de los setenta. No, definitivamente, no podía ser nadie de mi entorno. Repasé los últimos días en busca de una explicación, desde que inicié la cura, apenas había estado con nadie, de casa al trabajo y del trabajo a casa, mi novia pasó un par de veces por mi apartamento, apenas cinco minutos. Estaba preparando unas oposiciones y se pasaba el día estudiando, en ese momento lo preferí, le conté lo del forúnculo y puso cara de asco. Todo parecía estar saliendo bien. Las curas me las hacía de una forma mecánica tres veces al día, me retiraba el apósito, me aplicaba la crema y lo tapaba de nuevo, ni me molestaba en mirar. Esa era la clave, no lo había vuelto a mirar desde que me hice el *selfie*. Pero, no tenía ninguna laguna que sostuviera la hipótesis del destatuador sobre una broma de mal gusto.

—Imposible —le dije con rotundidad.

—Pues ya me contarás —se había colocado detrás de mí para examinar el tatuaje.

Por el rabillo del ojo vi cómo cogía una lupa y se acercaba aún más, su silencio me estaba poniendo de los nervios, miraba y palpaba sin hacer ningún comentario, apenas nos conocíamos, pero desde el principio me pareció de esos que no se callan ni debajo del agua. Un par de minutos más tarde, en los que sólo le escuché decir un par de veces un: ¡joder!, casi imperceptible, se volvió hacia mí y me dijo:

—No había visto un trabajo así en mi puta vida.

—¿De qué me estás hablando? —pregunté intentando disimular sin éxito mi creciente nerviosismo.

—Lo que te digo es que yo, con mi equipo, no puedo hacer esto y los colegas que conozco, tampoco. Es más, si alguien pudiera hacer un trabajo así en esta ciudad, lo tendría que conocer.

—¿Qué insinúas?, que me han dormido para hacérmelo y encima me han llevado a otra ciudad —empezaba a estar histérico.

—No tengo ni idea de cuál es tu rollo. Lo único que te digo es que esta técnica no se parece en nada a lo que yo conozco, es como si fuera..., orgánico.

—¿Orgánico?, cómo que orgánico.

—Es que no parece tinta, es más parecido a un lunar, una especie de jodido antojo.

Salí de allí completamente conmocionado para poner rumbo al otro extremo de la ciudad. Me fui en busca de mi médico, esa fue la recomendación que me hizo el destatuador, en condiciones normales no habría hecho mucho caso a semejante colgado, pero tenía que reconocer que en ese momento parecía lo más coherente. La cuestión era cómo plantearía algo así a don Venancio, un ya venerable anciano por más que mantuviera su consulta de medicina general a pleno rendimiento. Tras una llamada le expliqué mi premura sin entrar en detalles y me dijo que

trataría de hacerme un hueco, después de todo era el médico de la familia, más incluso, era un amigo de toda la vida. Por suerte había pedido la tarde libre en el bufete y disponía de tiempo para intentar resolver el entuerto. Con los ánimos por los suelos crucé la ciudad en mi coche, tan ensimismado en mi problema que temí acabar empotrado contra un escaparate. ¡Céntrate!, me dije en voz alta para sacudirme la tontuna de encima. Con la música algo más alta de lo normal, llegué hasta la consulta de don Venancio.

—Don Venancio, gracias por atenderme —le dije en cuanto la enfermera cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué te pasa chaval?, ¿a qué vienen esas prisas? —don Venancio me dio la mano con la derecha mientras con la izquierda me daba un cachetito en el moflete —me conocía desde que nací y todavía seguía tratándome como a un crío.

—Verá, don Venancio, no sé cómo explicar esto. Es más, espero que sea usted el que me lo expliqué a mí.

—Bueno, déjate de tanto misterio y di lo que sea icoño!, que a mi edad he visto ya de todo —el anciano mantenía un buen porte y también su carácter algo cascarrabias.

Sin más comentario que un: tiene razón, mascullado entre dientes, me empecé a quitar la ropa para dejar la espalda a la vista.

—Pero, ¡¿qué te has hecho criatura?! Desde luego es que no entiendo a la juventud, son ganas de joderos la vida. Joaquinito, qué tú eres un chico como Dios manda. A santo de qué viene hacerte esta mamarrachada.

Dejé que don Venancio terminase su perorata, era como un tío para mí, y aquello más que un diagnóstico era una bronca en toda regla. Repasé todo lo que tenía a la vista con tal de no mirarle a la cara, sus títulos y diplomas pulcramente enmarcados, una foto familiar con su mujer y sus hijos, dos cuadros de buena factura, probablemente de algún pintor conocido, la moldura a juego con el papel pintado de la pared, todo un poco anticuado. Miré también las excelentes vistas que tenía desde aquella consulta, media ciudad se levantaba ante mis ojos.

—Es más complicado que eso, don Venancio.

—Explícate —sonó como una orden.

—Yo no me hecho esto, ya sé que suena increíble, pero... creo que está creciendo solo.

—Me tomas por un viejo chocho. Si no fueses quien eres te sacaría de aquí a patadas —don Venancio estaba cada vez más enfadado.

—¡Tiene que creerme!, le juro por mi madre que yo no me lo he hecho

—como permanecía en silencio aproveché para seguir—. Ahora mismo vengo de un experto en tatuajes —obvié explicar qué tipo de experto era—, y me ha confirmado que, técnicamente, no es un tatuaje, no está hecho con tinta, él cree que es orgánico, que forma parte de mí.

—No digas tonterías, tú eres un chico con estudios, ¿cómo puedes creerte semejante patraña?

—Por favor, échele un vistazo, sólo le pido eso.

Don Venancio refunfuñó un poco y, de mala gana, cogió un aparato para examinar el supuesto tatuaje. Estuvo un rato mirando y palpando

diferentes zonas de mi espalda, allí donde el dibujo parecía más enrevesado. Cuando terminó el escrutinio se dejó caer sobre una silla con aspecto de estar abatido. Su cara había mutado y de su inicial arranque de genio, no quedaba nada. Ahora su rostro no expresaba nada, o en todo caso, desconcierto. Con un balbuceo apenas audible empezó a decir:

—No puede ser, no tiene sentido.

—Ve como no le he engañado —en cierto modo me alegraba de que, por fin, me tomara en serio, pero su comentario sólo servía para crearme una inquietud mayor. Pregunté con más recelo que curiosidad.

—¿Qué tengo?

—No lo sé, te aseguro que no lo sé. En mi vida había visto nada parecido. Tiene la misma estructura que... —se quedó callado antes de añadir—. Te voy a mandar a un especialista para que te hagan unas pruebas.

—¿Pruebas?, ¿qué tipo de pruebas? —pregunté cada vez más nervioso.

—Pruebas, icoño!, pruebas —repitió recuperando su mal genio, aunque esta vez me pareció que estaba enfadado consigo mismo—.

Probablemente tengan que hacerte una biopsia.

La palabra biopsia no es la que uno esperar oír cuando va a la consulta del médico, menos aún si los síntomas tienen una extraña forma, según pude apreciar tras pedir a don Venancio que me hiciera una nueva foto. De aquella forma primigenia apenas visible por la inflamación, ahora tenía ante mí algo parecido a un animal mitológico de perfecta simetría y aspecto amenazador, cuya cabeza se ubicaba en la base de mi cuello, el cuerpo se extendía alado sobre mis dorsales y la cola segmentada me llegaba ya hasta el coxis. En las últimas horas había crecido hasta ocupar casi toda mi espalda. ¿Una biopsia?, ¿qué tenía en la espalda y por qué no dejaba de crecer adquiriendo ese aspecto infernal? Don Venancio me preparó un volante con un temblor excesivo en las manos que hacía que su letra fuera poco menos que un garabato. Permanecía en silencio, un mutismo preocupante que superaba al pobre anciano, parecía pensar que llegado al ocaso de su carrera nunca debería haber visto algo semejante. —La biopsia no deja lugar a dudas —mi interlocutor era un médico alto y delgado, embutido en una inmaculada bata blanca.

Parco en palabras, su charla fue breve. Habían pasado cinco días desde que me hicieron la intervención. Para entonces, y con los resultados en la mano, no parecía haber ninguna duda con el diagnóstico. Tampoco lo necesitaba. Cuando el médico se dirigió a mí, todavía sin dar crédito a lo que veían sus ojos, y dijo con la voz entrecortada —melanoma en etapa IV—, yo ya estaba preparado para lo peor. Tumbado en una cama de hospital con dificultades para respirar, traté de buscar entre los despojos de mi memoria algún desatino capaz de justificar una maldición semejante. ¿Qué gran maldad había cometido en mi vida para merecer esto? ¿Qué error tan grave que no se pudiera enmendar? ¿Cuán terrible tuvo que ser mi acto y que necio yo que ni siquiera era capaz de recordarlo? No, no hallaba respuestas y, probablemente, no las hubiera. Nadie las tenía.

Un pijama hospitalario cubría mi cuerpo dejando sólo a la vista mi cabeza, manos y pies, todo ello cubierto con un dantesco dibujo que para

entonces ya abarcaba la totalidad de mi cuerpo. Unas formas nacidas de lo más profundo del averno, un capricho de su ilustre anfitrión que, al parecer, jugaba conmigo para festejar mi entrada en la morada de los ángeles caídos. Pues era allí, y de eso no tenía la más mínima duda, a donde me dirigía inexorablemente.

Algo de acá.

Alanis Morissette (la mejor interpretación de Dios hasta la fecha) suena a todo volumen en el aparato de música del coche, no entiendo casi nada de lo que dice, tan solo algunas palabras sueltas. Aun así, canto a voz en grito hasta desgañitarme, imitando como un loro lo que ella canta. Y gesticulo, y muevo la cabeza de un lado a otro, claro, y también tamborileo con los dedos sobre el volante al ritmo de la canción. Todo eso me hace sentir bien, es mi terapia contra la pertinaz abulia que me persigue allá donde vaya. Nadie puede ver mi actuación dentro del diminuto Yaris de alquiler, conservo un riguroso sentido del ridículo y no me gusta que me vean de esta guisa. De manera que, de momento, sigo haciéndolo mientras subo desde Dominical a Platanillo por esta endiablada carretera jalonada por la exuberante selva tropical. Hace apenas unos minutos calló un fuerte aguacero, pero ahora algunos rayos de sol ya se cuelan entre las nubes y el asfalto brilla, las hojas de los árboles también brillan, de repente todo brilla. Los camiones bajan como locos invadiendo el carril contrario en cada curva, hay que estar atento y tirarse a la cuneta para no acabar aplastado por sus gigantescas ruedas. Y en eso estoy, sorteando ruedas gigantes, cuando por delante, llegando a Barú, veo algo que cruza la carretera, ijoder, es una culebra!, aquí les dicen culebras, pero para mí ésta es una serpiente, una enorme y jodida serpiente. En dos segundos la tengo encima, no voy muy rápido, pero está claro que no voy a poder frenar, y lo de esquivarla ni me lo planteo, sería como tratar de esquivar una tubería tendida en mitad de la puta carretera. Así que, ¡ya está!, le paso por encima, al hacerlo una parte de su cuerpo, puede que la cabeza, impacta en la carrocería y suena como si hubiera atropellado un perro, o un mapache, o un pizote, o lo que sea que se suela atropellar aquí. Miro por el retrovisor para ver cómo ha quedado y, ¡no me lo puedo creer!, se gira y vuelve a meterse en la espesura, ni se ha inmutado. Ya no canto, además la canción ha terminado y ahora suena otra que no me apetece cantar. Todavía estoy impactado por lo de la culebra, o serpiente, o lo que sea, y me doy cuenta de que cuando lo cuente nadie se lo va a creer, así que decido no contarle.

Cuando llego a Platanillo es la hora de comer. Creo que voy a parar en el Súper para comprar una cerveza fría, espero que lo esté, a veces no lo está y aunque el calor no está siendo especialmente insoportable, prefiero que esté bien fría. Al pasar Patricio me llama.

—¡Hey, José!, ¿cómo fue?

Patricio es mi casero, le alquilo una casita justo encima de su restaurante, que está al lado del Súper, en realidad, más que un restaurante es una Soda, aunque él le ha puesto un gran cartel que dice: "Parada Turística". Patricio me está ayudando con algunos trámites que tengo que hacer y por eso pregunta, sabe que vengo de Dominical, del ICE, la oficina donde

se solicitan las instalaciones de electricidad. Giro sobre mis talones sin llegar a entrar en el Súper y le contesto.

—Bien, saqué en el banco el Certificado de Personería, como me dijeron, y lo entregue en la oficina.

—Pura vida —me dice y me tiende la mano. Aún no nos habíamos saludado oficialmente. Aunque sí lo hicimos apenas dos horas antes y lo volveremos a hacer cuantas veces nos veamos a lo largo del día. Aquí la gente se saluda de seguido.

—Pura Vida —contesto yo.

—Qué bueno, que se va arreglando esto —dice retomando lo del papeleo.

—Sí, a ver si puedo dejar todo listo antes de irme.

—¿Y el agua? —pregunta ahora.

—Hablé con Jorge, un hombre muy amable, y ya me dijo que le avise para ver por dónde se mete la tubería y luego habrá que ir a San Isidro a la oficina del AyA a presentar la petición para que no haya ninguna pega.

—¡Qué bueno! —dice Patricio.

—Sí.

Patricio se mete dentro de la Parada y yo, ya que estoy aquí, pienso que quizá me voy a tomar una cerveza, la Parada tiene una especie de kiosquito techado pegado a la carretera que hace las veces de bar.

—Patricio, una cerveza cuando puedas —al final decido que sí, que me la tomo.

Desde dentro me indica con un gesto de la mano que en seguida me la sirve. Patricio es ecuatoriano, aunque lleva aquí más de veinte años, se casó con una Tica y tiene tres hijos. Parece buena gente, no lo conozco mucho, de estos días y un poco de hace unos años cuando aparecí por aquí la primera vez. Tiene más o menos mi edad, pero él tiene el pelo muy negro y sin canas, y también unos rasgos de indio muy marcados, de indio de allá, los de acá son diferentes, aunque en Costa Rica no hay muchos indios y en esta parte del país ninguno.

—¿Imperial? —pregunta al entrar en la barra.

—Imperial —confirmo.

La palpo y compruebo que está bien fría. Aunque ya es la de comer, hoy la Parada está vacía, así que sigo charlando con Patricio de algunas cosas de aquí y otras de allá.

Un coche se para justo a mi espalda, no me giro para mirar, pero en seguida el hombre que lo conduce queda a la vista.

—Pura vida, Robert —dice Patricio que lo conoce.

—Pura vida —dice el recién llegado. Le da la mano a Patricio primero y luego me la da a mí aunque no nos conocemos de nada. Es un hombre mayor, bastante, pero bien conservado, lleva una gorra de beisbol, camiseta y bermudas, un gran bigote completamente blanco le cruza la cara. Tiene un acento muy marcado, supongo que es americano.

—Get me a cold beer.

—¿Pilsen, o Imperial? —pregunta Patricio

—¿It is cold? —pregunta a su vez el americano

—Yes, it is —le dice Patricio.

—Then give a shit, which is.

Patricio se sonríe y le saca la primera que pilla, una Pilsen. El americano le pega un buen trago y se vuelve hacia mí haciendo un chasquido muy ostensible con la lengua. Me pregunta algo que no entiendo y le digo:

—I do not speak English, only Spanish.

—Neither do I —me dice soltando una risotada, creo que ha intentado hacer un chiste —Yo poquito hablo español. Nada, nothing — añade después.

Patricio le explica en inglés quién soy y lo que hago aquí. Él asiente y escucha cómo si le interesase de verdad la explicación. Aprovechamos para presentarnos por nuestros respectivos nombres.

—Robert —dice, y me vuelve a dar la mano.

—José —le digo yo.

—¿Español? —le digo que sí.

—¿Buena cerveza en España?

—Sí, good, igual here, in Costa Rica.

—Ok. Entonces, a mí gusta España —curiosa escala de valores, o quizá no.

—En los Estados, Beer is shit —hace una pedorreta y pone cara de asco. Luego repite —Beer is shit, fucking shit.

—Ya —le doy a entender que estoy de acuerdo con su apreciación, aunque no estoy muy seguro de entender lo que dice.

Patricio va y viene saliendo de la barra para ir a la cocina en donde está su mujer que se encarga de la parte del restaurante, también está su hijo Jeremy echando una mano, aunque pronto se irá a San Isidro a estudiar en el Tecnológico. Ha empezado a llover otra vez, un aguacero fuerte que hace retumbar las chapas metálicas de los tejados.

—¿Cómo llama beer in España? —me pregunta Robert.

No entiendo muy bien lo que me dice, cómo que ¿cómo llama? Patricio llega y le digo que no entiendo a Robert. Le pregunta, el otro contesta y él me traduce.

—Quiere saber el nombre de la cerveza en España, las marcas —dice casi gritando por el ruido del chaparrón.

—¡Ah!, las marcas —por un momento intento memorizar diferentes marcas, pero en seguida me doy cuenta de que da igual lo que le diga así que le suelto un par al azar, las que más me suenan.

—Mahou y Cruz Campo.

Robert repite *¿mau?* con cara de no entender y Patricio le dice: Mouse, y hace con las manos una caricatura de un ratón. Yo ni me molesto en aclarar lo del nombre.

—Buena cerveza —y repite otra vez—en los Estados cerveza fucking shit. Robert lleva viviendo en Costa Rica más de diez años, desde que se jubiló. No quiere saber nada de su país, de los Estados, como él dice, bueno aquí todos se refieren así a los USA. En seguida me empieza a contar cosas de su vida con su particular espanglis, cuando pierdo el hilo de la conversación recurro a Patricio para que me haga la traducción. Así me voy enterando, más o menos. Tiene setenta y cinco años y lleva casado cincuenta y seis, hace un gesto poniendo las dos manos juntas simulando unas esposas y dice:

—Preso fifty-six años, yo un niño, very very young —y vuelve a reirse a carcajadas— Patricio otra cerveza for me and my friend, José.

Intento resistirme, aún no he comido y en ayunas se me sube muy rápido a la cabeza. Aunque, bien pensado, qué más da, no tengo nada que hacer. Además, Patricio ya me la ha puesto delante y no puedo rechazarla.

Robert sigue hablando sin parar, la mitad de las cosas no las entiendo, pero como creo que tampoco es importante lo que dice me limito a asentir y a sonreír cada vez que termina una frase. De algunas cosas sí me entero, por ejemplo, me dice que tiene que volver pronto a casa porque su mujer ha vuelto de los Estados después de seis meses allí, creo que ha estado visitando a sus hijos.

—Otra vez preso —dice y vuelve a poner las manos como si estuviera esposado. Luego me pregunta.

—Tú, ¿casado?

Antes de contestar pongo las manos como él, simulando las esposas y luego hago como que las he roto y le digo:

—Divorciado.

—iOh my god!, my friend is very inteligente —lo dice riendo y mirando a Patricio—otra cerveza for my friend.

Intento decir que no, pero..., va, qué coño, venga esa birra.

Robert fue hippy en su juventud, me explica algo que tiene que ver con la filosofía y que se libró por los pelos de ir a Vietnam y unas cuantas cosas más que me suenan de las películas. Luego me habla de los tópicos aunque él no sabe que para mí lo son, no creo que lo sean para nadie, lo del amor libre, las drogas y el rock and roll. Después de esa época ha ido moviéndose por diferentes sitios buscando la paz, y levanta las manos hacia el cielo, luego vuelve a pederrearse riéndose de sí mismo. No me ha dicho nada de su trabajo y me cuesta imaginar a qué se habrá dedicado.

—¿Where is you from? —pregunto con mi birra de inglés.

—Idaho.

—Ah, yo tengo friends in Idaho —le digo, aunque no sé porque lo hago. Ni siquiera sé en qué parte del jodido Idaho viven y tampoco son tan amigos. Por suerte no pregunta y sigue a lo suyo.

—Primero Arizona, but Arizona mucha gente, y I'm going to Kansas, Kansas más gente, más gente, y yo Idaho otra vez. Now Costa rica, pura vida. Los Estados shit, no más Estados. My wife if, luckily for me —y vuelve a reir—, cada año, three or four months. Perfect.

Me pregunta si fumo porros, y luego le dice algo a Patricio y se ríe de él porque no los fuma. Pero enseguida añade poniendo las palmas juntas como para pedir perdón: —No, just kidding, Patricio mio buen amigo. Patricio hace rato que está a lo suyo y yo ni me molesto en pedir que me traduzca, además, empiezo a estar tan borracho que creo que no lo necesito, entiendo todo lo que me dice perfectamente. El americano cultiva Marihuana en su casa, aquí casi todos los americanos son jubilados y cultivan su propia droga en sus jardines, mezclada entre las demás plantas. Buenas plantas, y grandes, me lo explica haciendo mímica con las manos y luego me pregunta cuánto cuesta la droga en España, antes me

preguntó también por el precio de la gasolina, no sé porqué, pero tiene mucho interés por comparar precios.

—Barata, más que en los Estados —le digo.

—¿Really?

—Sí, totalmente really.

Y le explico que es porque Marruecos está muy cerca y hay mucho tráfico por el sur, claro que también lo hay por el norte y creo que por todas partes, pero eso ya no se lo explico. Al saber que la droga es barata en España, pone cara de niño malo y dice que tiene que viajar a España y, cómo no, me pregunta cuánto cuesta el billete de avión a España. Le digo que no sé muy bien, pero que a mí me ha costado unos seiscientos euros. Se queda pensativo un momento, como si estuviera haciendo cuentas mentales y acaba diciendo que en los Estados cuesta más. A mí me extraña porque yo he volado con una compañía americana haciendo escala en Atlanta y es lo más barato que he encontrado, pero no le digo nada. Un camión pasa levantando una nube de agua pulverizada que nos moja ligeramente a los tres. Ya no llueve pero la carretera sigue empapada. Los zopilotes vuelan otra vez muy cerca, por encima de nuestras cabezas, hay muchos y aunque sean buitres, aquí no se les considera pájaros de mal agüero.

—Patricio, ¿el negocio?, ¿bien? —pregunta el americano, cambiando de tema.

—Bueno, tú sabes, Robert, mucho trabajo.

—Mucho trabajo, mucho trabajo. Siempre tú queja, mucho trabajo —dice mirándome y guiña un ojo— show me your hands.

Patricio se las muestra, es muy paciente con las bromas del viejo. Yo aprovecho para pedir otras dos cervezas, ¡de perdidos al río! Mi amigo Robert protesta diciendo que su mujer le espera para comer desde hace, mira el reloj y dice:

—Two hours, ¡Oh my good! Ya no importante, ahora sólo peligroso.

¿Where my beer is?

Coge la botella de cerveza se la coloca en la entrepierna y le dice a Patricio que mucho trabajo es pajearse y empieza a mover la mano arriba y abajo usando la botella para ser más explícito. Patricio se sonríe y yo también, normalmente esas cosas no me hacen gracia, pero ya estoy pasado de rosca.

Robert se levanta, apura el trago y paga sus rondas, le tiende la mano a Patricio; pura vida, pura vida, a mí lo mismo; pura vida, pura vida, y se va para su coche que está aparcado justo detrás de mí. Es un coche bastante destartado de color azul, un Toyota Land Cruiser antiguo que se parece a los Jeep de la segunda guerra mundial. Tiene un perro dentro, esperando en el asiento del conductor (ni me había fijado), uno de esos perros pequeños, creo que es un Schnauzer. Al ver acercarse a su dueño se revuelve nervioso en el asiento.

—¿Cuando cambiaras de carro, gringo? —pregunta Patricio.

—Cuando me muera —contesta Robert.

Arranca y sale derrapando del aparcamiento. Yo intentaré subir a casa

para dormir un poco. Espero que los murciélagos que viven en mi tejado no alboroten mucho. Creo que hoy no comeré.

(Ideas para un relato)

Últimamente no ando muy fino. El otro día encontré una carta que escribí hace diez años, el destinatario era yo mismo emplazado para esta fecha. Podría decir que fue una casualidad, que la encontré por sorpresa mientras hacía limpieza, pero no es así. En estos diez años no ha pasado un solo día en el que no me haya acordado de esta carta. La escribí como terapia recomendado por mi psiquiatra. Siempre me pareció absurdo, un ejercicio fútil que no servía para nada. Sigo pensando lo mismo. Han pasado diez años y sigo aquí, leyendo estas líneas, y sí, eso significa que estoy vivo, algo que descarté cuando las estaba escribiendo.